Jorge Ordaz

La Perla del Oriente

Finalista Premio Nadal 1993

La Perla del Oriente es un reencuentro con las novelas de aventuras en estado puro, una novela que enlaza con los relatos de Joseph Conrad y con las intrigas de Graham Greene. La novela se centra en las peripecias de un marinero a finales del siglo pasado, en ese momento en que los barcos de vapor estaban ganando la partida a los grandes veleros. El protagonista recuerda las raíces de su vocación marinera, el duro aprendizaje a bordo de varios mercantes y cómo llegó a capitanear la fragata Perla del Oriente en la ruta a Filipinas. Pero tras varias travesías su vida da un giro de ciento ochenta grados y se instala en una Manila colonial, la llamada perla del Oriente, que respira aires independentistas. Allí se verá envuelto en una extraña misión…

Con un ritmo trepidante, Jorge Ordaz recrea una historia de ciclones y calimas, de sospechas y revelaciones, de peligros y pasiones desbordantes. Entre una aventura y otra, las sugestivas memorias del marino nos revelan algunos de los aspectos menos conocidos y novelados de la decadencia última del Imperio español.

De Mindanao a Shanghái, de la Exposición General de las Islas Filipinas en Madrid a las Marianas, *La Perla del Oriente* es una agitada historia de conspiraciones y asechanzas a la vez que un cálido homenaje a las gestas de aquellos majestuosos cascarones que lucharon contra tifones y galernas y que a veces consiguieron alcanzar las nubes con sus velas.

Jorge Ordaz

La Perla del Oriente

ePub r1.0
Titivillus 14-02-2023

Título original: *La Perla del Oriente*
Jorge Ordaz, 1993
Imagen de cubierta: John Sloan, *La estela del transbordador* (fragmento)
Colección: Áncora & Delfín, n.º 705

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mis padres
y a mi hermana Montse

¡Oh, Manila, en la corola
de un casto lirio nacida!
¡gentil princesa dormida
sobre la espuma del mar!

PACÍFICO VICTORIANO, *A Manila*

El pueblo no se queja porque no tiene voz, no se mueve porque está aletargado, y dice usted que no sufre, porque no ha visto lo que sangra su corazón. Pero un día usted lo verá y lo oirá y ¡ay de los que basan su fuerza en la ignorancia o en el fanatismo!, ¡ay de los que gozan con el engaño y trabajan en la noche creyendo que todos duermen! Cuando la luz del día alumbre el aborto de las sombras, vendrá la reacción espantosa: tanta fuerza, durante siglos oprimida, tanto veneno destilado gota a gota, tantos suspiros ahogados saldrán a la luz y estallarán… ¿Quién pagará entonces esas cuentas que los pueblos presentan de tiempo en tiempo y que nos conserva la Historia en sus páginas ensangrentadas?

JOSÉ RIZAL, *Noli me tángere*

I

Hoy, 5 de agosto de 1888, hace tres meses que llegué a Marianas, y todavía me pregunto qué es lo que hago yo aquí, en este archipiélago perdido en medio del océano Pacífico.

Se dice que la distancia atempera las consecuencias de nuestras acciones, pero difícilmente hace olvidar sus causas. Soy perfectamente consciente de las extrañas circunstancias que me han conducido a esta especie de refugio absurdo en los linderos del mundo civilizado, un remoto lugar adonde nadie va por gusto y en el que me encuentro atrapado por culpa de una decisión que nunca debí haber tomado.

Es inútil lamentarse ahora, cuando las cosas han ido por el peor camino que podían ir. Es imposible volver atrás para tratar de enmendar errores y cambiar el rumbo de los acontecimientos. Lo hecho, hecho está.

Lo que necesito es poner un poco de orden en mi mente y en mis recuerdos, con el fin de intentar salir del atolladero en el que me he ido metiendo sin darme cuenta; o mejor, dándome cuenta y no haciendo nada para impedirlo. Por eso me he decidido a escribir estas notas, para que, tal vez, al releerlas, acabe por creerme las cosas que me han sucedido. Además, y si esto no fuera razón bastante, espero que el acto de escribir me ayude a paliar el aburrimiento. Escribir es como hablarse a sí mismo, y una forma de no estar solo y hacer pasar el tiempo; un tiempo que aquí se dilata y se dilata hasta llegar a hacerse insoportable.

Mientras escribo estos renglones oigo, una vez más, el ruido de la lluvia sobre el techo de la casa donde vivo, en las afueras de San Ignacio de Agaña, la capital de las Marianas. (La casa es poco más que un bahay o chamizo de madera de ilfil y cubiertas de hojas de nete). Una lluvia que se repite en forma de chubascos todos los cuartos de lunas, un capricho más con que la meteorología regala a estas islas.

Una vez cese el chaparrón, toda el agua que haya caído desaparecerá como por ensalmo, dejando en el aire, flotando, una incómoda sensación de bochorno. Volverán entonces a salir las omnipresentes hormigas y las plantas habrán crecido un poco más.

Desde que estoy aquí he visto a mi alrededor convertirse en arbustos lo que antes eran solo hierbas. La insolente vegetación acaba invadiéndolo todo, comiéndose cada palmo de esta tierra feraz, a no ser que se eche mano del machete. En estas latitudes la botánica apabulla, y la naturaleza te hace sentir pequeño e indefenso, excepto que llegues a un acuerdo con ella, como parece que han llegado los nativos, felices y despreocupados ellos.

Esta mañana he ido a dar un paseo por el camino que conduce a San Luis de Apra. Tras pasar por los barrios de Anigua, Asan y Tepungan, he llegado hasta el embarcadero de Punta Pití, a unos siete kilómetros. El camino es llano y atraviesa cocales, campos de ñame y algunos esteros donde se cultiva el palay.

Apra tiene unas vistas muy agradables, y uno de los mejores puertos de todo el archipiélago. La península de Orote lo cubre por el sur, la propia isla lo defiende del este, el islote de Cabra o Apapa hace lo propio al norte, y del noroeste se halla protegido por unas grandes restingas. De modo que entre el extremo de Apapa y la punta de Orote, queda solo un canal profundo y limpio, de medio cable de amplitud, y que demora al oeste del puerto. Esta fue la primera tierra mariana que pisé.

En el fondeadero llamado de Caldera chico había tres buques de carrera, de banderas extranjeras. Su mera contemplación me ha hecho recordar tiempos pasados y más felices. En el camino de regreso a Agaña he estado pensando en el modo de salir de la isla, de huir de este escondite que puede acabar convirtiéndose en una trampa.

Tengo que pensarlo.

Anoche vino a verme Benítez. El joven Arcadio Benítez es maestro del colegio de niños. Lleva en Guajan más de siete años, habiendo pasado los cuatro primeros como recluso en el penal. Al terminar su condena se enteró de que la plaza de maestro de escuela estaba vacante, y se ofreció para ocuparla. Lo aceptaron, y desde entonces sigue en el puesto.

Según él mismo me ha contado, lo deportaron a Marianas por

asuntos políticos. Nació en Dalaguete, en la provincia de Cebú, hijo de español y mestiza. Iba para cura, pero se quedó en cajista. Entró a trabajar en la empresa editora del periódico *El Correo de Visayas*. Luego anduvo en reivindicaciones varias y fue detenido a consecuencia de la manifestación que se produjo en Mactan contra el gobernador, por haber este dictado un bando prohibiendo la celebración de las peleas de gallos en los días laborables. Entendió la autoridad gubernativa que aquella bullanga constituía un amago de revuelta de claro trasfondo filibustero. Benítez fue juzgado, junto a otros cabecillas de la manifestación, por «instigación a la subversión» y encontrado culpable. Es un joven afable y tiene una conversación entretenida, lo que en estos pagos es de agradecer. Ahora dice estar a gusto en Agaña, con su empleo, y no añorar los tiempos bulliciosos de Cebú.

Hemos cenado un poco de sopa de mandioca, costilla de cerdo con batata y mangostán de postre. A falta de vino de verdad, hemos tomado vino de nipa. Benítez me cuenta los últimos chismes que circulan por la ciudad, y un suceso sangriento que ha ocurrido en el cuartel de artillería. Un cabo primera ha aparecido muerto en el retrete, mutilado y con los testículos en la boca. Seguramente se trata de una venganza. Estas violencias son, por desgracia, bastante frecuentes. Tampoco son raros los suicidios entre la población penada. Las gentes aquí ya están acostumbradas a este tipo de sucesos.

Hace poco se habló mucho del caso del profesor Jacobsen, un naturalista danés que vivía en la isla de Saypan, un caballero correcto y educado, aunque algo distante, que había venido al archipiélago a estudiar la flora y la fauna. Eso, al menos, es lo que él confesaba. De vez en cuando venía a Guajan a hacer algunas compras y a supervisar el embarque de grandes cajas de madera con los productos de sus exploraciones científicas.

Todo parecía muy normal, hasta que, un día, lo encontraron cerca de la casa donde vivía, colgado por los pies de un alpay, y con la cabeza cortada, totalmente desangrado. En un barracón próximo a la casa se encontraron montones de cráneos indígenas. Al parecer, su verdadero negocio consistía en recolectar calaveras en los cementerios de las islas, con la ayuda de nativos a los que enredaba con cuatro abalorios. Luego las vendía a museos y a coleccionistas

particulares de Europa y América, por las que pagaban grandes sumas de dinero.

Es chocante que tras la idílica fachada que suelen presentar estas islas pueda esconderse tanta podredumbre moral. Pero así es. La belleza oculta a menudo la maldad, y convierte lo que podría ser un paraíso en un auténtico infierno.

Hoy me he acercado hasta Agaña. Hacía días que no bajaba al centro. En la plaza principal —donde se hallan los edificios nobles— había más animación que de costumbre, pues acababa de llegar el buque-correo. Esta vez solo se había retrasado tres días con respecto a lo previsto.

La arribada del buque-correo, procedente de Manila, es la novedad más destacada que puede producirse en estos confines del imperio colonial español. Con él vienen las noticias de Filipinas y de la Metrópoli, provisiones y, lo que es más importante, el situado metálico, el dinero para pagar a la tropa y empleados, las notificaciones de cesantías, los cambios de destino y los indultos para los presos.

Tan pronto he llegado a Agaña me he dirigido a la estafeta de correos y he preguntado al oficial de la ventanilla si había correspondencia a mi nombre. Pasar por la estafeta es algo que hace todo el mundo —me refiero a españoles y extranjeros residentes— siempre que viene el correo de Manila. Aunque no se espere carta alguna le hace a uno sentirse vivo, como si el simple hecho de inquirir fuera ya una afirmación de la propia existencia. Nadie me había escrito. Bien mirado, ¿quién iba a hacerlo?

Antes de volver a casa he pasado por el barracón de Huang, la única tienda que merece este nombre. Huang es un chino de Emuy, un avispado sangley que lleva varios años establecido en Guajan. Cuando vino por vez primera no existía en todo el archipiélago una sola tienda regentada por un particular. Los únicos establecimientos que había eran los almacenes de efectos militares del Ejército y civiles de Hacienda. Desde que está Huang se pueden adquirir artículos que antes solo se conseguían muy raras veces y siempre previo encargo.

Esto da una idea del atraso y abandono en que se hallaba, y se halla, esta posesión de Ultramar. Si la agricultura es de subsistencia, el comercio prácticamente inexistente, la minería es una entelequia

y la industria no se sabe lo que es, entonces, ¿para qué diantre nos sirven las Marianas? Ni siquiera le sacamos partido como escala obligada en la ruta del Oriente a Norteamérica.

Las islas no aportan beneficio de ningún tipo a la Metrópoli. No pagan tributos. Los escasos empleados y tropa de guarnición (no creo que lleguen a doscientos) carecen de lo más común en cualquier pueblo de la Península, por pobre que sea, y malviven de unos magros sueldos que tardan de cuatro a seis meses en percibir. No digamos nada de los presidiarios —alrededor de un millar—, cuya máxima ocupación, a falta de otras más productivas, continúa siendo la de plantar camotes. Tampoco hay gente de oficio: carpinteros, herreros, zapateros, etc… Aquí todos hacen un poco de todo y, en definitiva, nadie hace bien las cosas. No es de extrañar, entonces, que el cambalache y el trapicheo estén a la orden del día.

He aprovechado para comprarle a Huang más cuartillas, tinta, velas, algunas viandas, una caneca de ginebra y el último periódico que le ha llegado de Manila. También he comprado un frasquito de láudano. En otras ocasiones Huang me ha proporcionado, de tapadillo, un poco de anfión, que consigue de los sampanes chinos y de Macao que eventualmente tocan estas costas. Pero esta vez ya se le había acabado, y me he tenido que conformar con el láudano. Menos es nada.

Una vez en casa me he puesto a leer el periódico. Las mismas firmas, los mismos anuncios, casi las mismas noticias de hace tres meses. Todo sigue igual, todo marcha bien.

En la sección de fondos el incansable Quiopquiap insiste en el tema que últimamente le obsesiona: la inmigración china en Filipinas. Hay que tener cuidado, nos advierte una vez más Quiopquiap, porque las consecuencias pueden ser funestas. Así que ya estamos avisados.

Ramírez de Arellano, muy bien, como de costumbre: grave, profundo y funambulesco. Hay que ver los equilibrios que tiene que hacer este hombre para, diciendo lo que dice, tener contentos a todos y no molestar a nadie. Más que un periodista, Ramírez de Arellano es un maestro de la cuerda floja, un gimnasta nato.

Desde Madrid, José Lacalle, alias Atoll, nos envía su crónica política habitual. La situación, viene a decir Atoll, está bajo control. La colonia puede dormir tranquila. Como si no hubiese dormido ya

bastante. También desde la Villa y Corte Javier Gómez de la Serna, Javierito, para quienes lo conocimos en Manila, remite su crónica de sociedad: fastuoso baile en casa del duque de Fernán Núñez, éxito total del último estreno de la joven María Guerrero en el Teatro Español… Lo dicho. Todo sigue igual.

El padre Feito es coadjutor de la iglesia parroquial de Agaña. Es uno de los misioneros jesuitas que más tiempo lleva en la isla y que mejor conoce la historia y las costumbres del país. Anteriormente estuvo en las Palaos, concretamente en Córror, pero tuvo que huir después de ver cómo sus hermanos de misión eran brutalmente asesinados por nativos furiosos. El padre Feito siempre creyó que detrás de la sangrienta rebelión estaban los protestantes, los metodistas alemanes, para ser más exactos, a los que tiene una tirria considerable. Está convencido de que fueron ellos, los «malditos seguidores de Lutero», quienes alentaron a los indígenas para que se rebelasen contra los pocos españoles que había en aquellas islas, y así dejar el camino expedito al protestantismo y a los intereses mercantilistas de Bismarck y sus secuaces.

Ocurrió esto antes de que estallara el conflicto de las Carolinas, en 1882, en el que, como es sabido, el Gobierno español se arrugó y acabó doblegándose ante la prepotencia teutona. El caso es que el padre Feito hubo de salir a escape en una canoa, con los isleños pisándole los talones. Tras varios días de solitaria y errática navegación tuvo la suerte de cruzarse con un clíper australiano, que le socorrió y le dejó en Guajan.

El padre Feito es un experto políglota y un estudioso de las lenguas indígenas. Mi amistad con el padre Faura, del Observatorio Meteorológico de Manila, jesuita también, fue mano de santo para que el padre Feito se ofreciera gustoso a ayudarme a mi llegada a Marianas, y no solo en lo espiritual, sino en lo material, buscándome un cobijo. Además, es uno de los pocos habitantes en toda la isla que dispone de libros, y los intercambios epistolares que mantiene con sus superiores provinciales le suministran una información privilegiada y valiosísima de todo cuanto de interés sucede en el archipiélago filipino. Conoce, porque así se lo he hecho saber, mi situación real y los motivos por los que he venido aquí. Es discreto y se puede confiar en él.

He ido a visitar al padre Feito para devolverle el último libro

que me prestó. Lo encuentro en su despacho, enfrascado, como de costumbre, en sus papeles. Al principio hablamos un rato de cosas intrascendentes. Luego, el padre Feito, acercándome un ejemplar del *Diario de Manila* del pasado mes de julio, que ha recibido en el último correo, me ha dicho: «Lea este suelto, seguro que le interesa». Así lo he hecho. En la última página, bajo el epígrafe de «Noticias al cierre», venía lo siguiente:

> Manila, 18. (*Redacción*).
> Se nos comunica en una nota oficial que ha sido encontrado en extrañas circunstancias el cuerpo sin vida de don Demetrio Garcés. Ampliaremos noticia en próximo número.

No me lo podía creer. Leí la noticia una, dos, tres veces… Primero con sorpresa, luego con incredulidad, finalmente —lo confieso— con alivio. ¡Garcés muerto! No me salían las palabras. Me quedé atontado, como un pasmarote sentado, con el periódico en las manos, sin levantar la vista de la última página. Al cabo de un tiempo, no sé cuánto, el padre Feito ha roto el silencio para decirme: «Supongo que ahora ya no hay nada que le impida regresar a Manila». Esto, al menos, es lo que he creído entender, porque la verdad es que mi atención estaba muy lejos de aquel pequeño despacho parroquial, pues desde hacía unos instantes, mi mente corría veloz repasando, en atropellada sucesión, mis encuentros con Garcés y las fatídicas consecuencias que de estos se derivaron.

Lo cierto es que nunca debí haber hecho caso a Garcés. Si cuando me expuso por vez primera su proposición le hubiese dicho que no, ahora no estaría lamentándome de mi triste sino, y maldiciéndole incluso después de muerto. Poco importa, el daño ya está hecho.

Caí en las redes de Garcés como podía haber caído otro ingenuo o necesitado como yo, en circunstancias parecidas a las mías. Garcés sabía muy bien quién podía serle útil para sus manejos. Me tocó a mí, mala suerte, pero esto no me exime de mi responsabilidad. De nada me sirve arrepentirme de lo hecho, de no haber escapado antes de sus hábiles añagazas. Claro que yo no podía sospechar al principio el sesgo que acabarían tomando los acontecimientos y el alcance peligroso de los mismos. De todos modos, debí preverlo, y, sin embargo, no me tomé la molestia.

Me pregunto si realmente somos dueños de nuestros propios actos, de nuestro destino; si no hay algo por encima de nosotros que, en determinadas y cruciales ocasiones, nos fuerza a tomar decisiones y a emprender erráticos caminos, inclusive en contra de nuestra voluntad. Si miro hacia atrás y observo mi vida pasada tengo la sensación de que toda ella ha estado en función de un único designio que nunca he llegado a conocer. En efecto, si yo no hubiese querido ser marino, seguramente no me hubiera movido de mi tierra, y ahora sería un payés como lo es mi padre y lo fue mi abuelo. Pero me hice piloto, y entre todas las rutas posibles, por todos los mares navegables, fui a escoger, a partir de un momento dado, precisamente la ruta de Filipinas. Todo estaba ya preparado para que, un día, yo me encontrase con Garcés… Pero si he de contar mi historia, mejor será que empiece por remontarme a mis primeros años, cuando vivía en Lliçà
d'Amunt,
el pueblo donde nací.

Yo decidí ser marino el día en que mis padres me llevaron a Barcelona a ver las Ramblas, y acabé descubriendo el mar. Esto fue en 1862. Tenía entonces ocho años.

Antes ya había visto el mar en Canet de Mar, pero no era lo mismo. Una cosa era ver cuatro barcas en la playa, con unos pocos pescadores remendando redes, y otra muy distinta ver en el puerto barcelonés los enormes navíos, de muchos palos, en los que se movían imponentes hombres de mar de pobladas patillas y resplandecientes uniformes. El flechazo, valga la palabra, fue inmediato y contundente.

Tres años más tarde tuve la oportunidad de subir a uno de aquellos impresionantes veleros que tanto me fascinaron la primera vez que los vi. Ocurrió que un tío mío, de Arenys, decidió irse a probar fortuna a Cuba, y mi familia bajó a Barcelona a despedirle.

Fuimos al muelle de la Riba, en la Barceloneta. Era un domingo por la mañana y hacía un día primaveral. En la cubierta del Nuevo Romano —un magnífico velero de tres palos— reinaba una gran agitación. Los marineros hacían los últimos preparativos a las órdenes del contramaestre o nostramo, mientras el capitán y el armador repasaban el inventario de mercaderías.

En aquellos días era costumbre que las familias de los

tripulantes, del grumete al capitán, subieran a bordo del buque para acompañarles en el momento triste, pero esperanzador, de la partida. Eran los momentos emocionantes en que parientes, deudos y amigos deseaban a sus allegados un buen viaje, al tiempo que compartían con ellos los primeros minutos de navegación. Así fue cómo subí por vez primera a bordo de un barco «de los de verdad».

En la cubierta del Nuevo Romano se hallaba dispuesto un almuerzo, preparado por el cocinero del mismo, y compuesto, entre otras viandas, por tortilla, chuletillas a la brasa, pescado frito, bacalao, pejepalo, la tradicional *coca ensucrada* —obsequio por lo general del proveedor de la galleta—, vino, café, tabaco y aguardiente de caña. Mientras todos comíamos en animada francachela, el buque, liberado de amarras, fue saliendo lentamente del puerto. A ese acompañamiento se le llamaba en la parla marinera *donar l'empenta*.

A la altura de Can Tunis, aproximadamente, parte de los invitados regresaron a tierra en el esquife del práctico. Otros, entre ellos nosotros, apurando los últimos instantes, preferimos esperar hasta cerca de la desembocadura del Llobregat. Finalmente, fuera ya de puerto, el remolcador con los últimos visitantes se separó del Nuevo Romano.

Y entonces vi cómo el buque, desplegados los velachos y las gavias de trinquete y mayor, izados el foque y el petifoque de botalón, emprendía lentamente su primera singladura. Me hubiese gustado estar a bordo, como mi tío, para poder viajar al otro lado del Atlántico. Entonces, con toda la convicción de que era capaz, me reafirmé en el deseo de ser marino algún día, y de poder mandar uno de aquellos hermosos y elegantes veleros de tres palos.
Llegado el día, mis padres se opusieron, como era natural, a que yo, su primogénito, se convirtiese en un hombre de mar. Estas cosas estaban reservadas, en todo caso, para los segundones, o para quienes no tenían posibilidades de trabajo en tierra. Yo era *l'hereu* y estaba obligado a seguir el camino de la tradición que se había seguido en la familia desde tiempos inmemoriales.

Entendía la postura de mis padres, pero, contra viento y marea,

mi decisión estaba ya tomada. Al principio se opusieron con fuerza, luego, al ver que mi decisión no respondía a ningún capricho pasajero sino que obedecía a una vocación sincera, continuaron oponiéndose, pero con menos fuerza. Finalmente, ante la persistente tozudez de la que hice gala y ante la evidencia, reconocida tácitamente por mis padres, de que hacerme cambiar de idea era tarea poco menos que imposible y abocada al fracaso, terminaron por aceptar, aunque a regañadientes, mi deseo indeclinable de ser marino.

A mi favor en aquellos momentos de lucha y confrontación, estuvo un primo de mi padre que trabajaba en los astilleros de Salvador Busquets, como *ferrer de mar*. Este pariente, que se llamaba Bartolomé Pons, pero que todos le conocían por el Tomeu de Can Pons, en sus visitas a Lliçà había excitado mi bullente e infantil imaginación hablándome de la importancia naviera de la comarca del Maresme; de los barcos de vela salidos de sus afamados arsenales; de los intrépidos marinos locales que los capitaneaban; de las largas y arriscadas navegaciones a las Américas; de lejanos y exóticos países; del futuro prometedor de la profesión de piloto y de las posibilidades de hacerse rico en poco tiempo.

Lo cierto, sin embargo, era que en la época en que determiné hacerme piloto, la prestigiosa marina de vela catalana —«uno de los orgullos del país», como decía el señor Tomeu— iniciaba ya, tras el esplendor alcanzado en las décadas precedentes, su periodo de declinación irreversible. Y así, cuando en 1869 me marché a Arenys de Mar, para estudiar pilotaje en la Escuela Náutica y de Estudios Agregados, más conocida por el *Estudi dels Pilots*, poco podía pensar que formaría parte de su última promoción.

Por aquel entonces la Escuela Náutica de Arenys se hallaba instalada en el edificio del Hospital Vell, sito en la calle de la Iglesia. La enseñanza del arte de pilotaje constaba de tres cursos y abrazaba todas las asignaturas exigidas para pasar el examen de aspirante a Piloto, a saber: álgebra, geometría, trigonometría plana y esférica, geografía física y política, física experimental, cosmografía, pilotaje y maniobras, y dibujos lineal, topográfico, geográfico e hidrográfico. Para los exámenes de fin de curso, el director señor Monjo, solicitaba el traslado a la propia Escuela de una «comisión examinadora», constituida por profesores de la

Escuela Oficial de Náutica de Barcelona, y nombrada por el rectorado de la Universidad.

Con aplicación suficiente fui pasando, uno por uno, todos los exámenes de la escuela. La verdad es que no me resultó difícil aprobar las diferentes disciplinas teóricas porque, además de gustarme, los profesores no eran excesivamente severos. Parecía haber como un acuerdo no escrito de que ya se encargaría el mar de «suspendemos», llegado el caso; es decir, una vez concluidos los estudios «teóricos», cuando el aspirante a piloto debía afrontar el indispensable período de «prácticas», enrolándose en un buque como «agregado».

Durante cuatro años, de 1872 a 1876, estuve viajando a América, primero como agregado, y luego como piloto; para lo cual tuve que superar todas las pruebas, oficiales y no oficiales, que eran norma o tradición en el duro aprendizaje de todo piloto.

Mi primer viaje como agregado al otro lado del Atlántico —la *Mar Gran*— fue a Nuevitas, con la polacra nombrada Segunda Cantinera, del patrón Lorenzo Andreu, de la matrícula de Mataró. El viaje fue como una seda, todo marchó a pedir de boca. Yo estaba encantado. «Si todo es siempre así —pensaba— el oficio de marino es de los más cómodos que hay». Pero aquello no fue más que una excepción dentro de una regla mucho más azarosa, y pronto tuve la ocasión de ir comprobando que la realidad más común estaba muy lejos de la placidez con que había tenido la suerte de realizar mi primera práctica.

Porque el segundo viaje fue ya un poco más accidentado. Tuvimos que correr un temporal deshecho a la altura de la Bermuda, y llegamos a destino, en La Habana, con muchos días de retraso. En cuanto al tercer viaje fue sencillamente horroroso, y pese a los años transcurridos conservo todavía muy vivo su mal recuerdo.

Fue viniendo de Puerto Rico, en el bergantín-goleta Paquete de Manzanillo, al mando del capitán José Grau, de Masnou, conocido popularmente como «Senyor Papitu».

Sucedió que a las tres semanas de haber salido de Mayagüez el mal tiempo nos tenía muy rezagados, de modo que tuvimos que comenzar a racionar los víveres. Los temporales del nordeste continuaban azotando al barco, hasta el punto de convertir la

navegación en un trabajo ímprobo y penoso. Al cabo de cuatro semanas solo quedaba galleta. Por si fueran pocas las calamidades comenzó a enfermar la gente, muy debilitada ya por el esfuerzo y la escasez de comida. Primero fue el cocinero, luego el piloto y varios marineros y finalmente el nostramo y el capitán.

Nos quedamos en cubierta, para atender las faenas del baqueteado bergantín, el carpintero o *mestre d'aixa*, tres marineros, el mozo o *noi de cambra*, Quimet, que era hijo del nostramo, y yo mismo, que iba de agregado. Así que tuvimos que distribuirnos los seis todas las labores, desde repartir la poca comida que nos quedaba hasta aferrar los juanetes. Yo recibía de vez en cuando alguna orden del postrado capitán, pero en la mayoría de los casos tenía que decidir por mí mismo lo que era más conveniente para el buque.

No tuvimos prácticamente descanso alguno. Los enfermos eran atendidos como bien podíamos, pero el botiquín pronto se mostró insuficiente. Nuestra esperanza era encontrar otro buque que nos pudiera auxiliar, pero no avistábamos ninguno. Entretanto, empezó el personal a desmoralizarse. Un marinero enfermo, enfebrecido y fuera de sí, se tiró por la borda y desapareció. Otros dos murieron.

Por fin divisamos una embarcación. Era una corbeta, cuya nacionalidad no diré por discreción. Le hicimos las señales de rigor, pero prefirió continuar su camino. Más adelante encontramos un vapor holandés, y este nos socorrió surtiéndonos de algunos víveres y medicinas, aunque tuvimos que pagarlos. Al final, pudimos arribar, con penas y trabajos, a Barcelona. Hacía setenta y ocho días que habíamos salido de Puerto Rico.

Al finalizar mi primer periodo de prácticas obtuve el título de segundo piloto. Durante aquellos años crucé varias veces, en ambos sentidos, la Mar Gran, arrastrando toda suerte de peligros e inclemencias: temporales, calmas, nieblas, epidemias, vías de agua… Aquello era en definitiva la mar, aunque lo que yo había soñado de pequeño distaba mucho de lo vivido. Hubo momentos en que lo pasé francamente mal, hasta el punto de echarlo todo a rodar y de abandonar la carrera. Pero resistí y me mantuve en el camino que yo mismo había escogido y por el que había luchado. En verdad, no tenía derecho a quejarme. A lo hecho, pecho.

Había también sus momentos agradables: la llegada a los puertos; la camaradería existente a bordo; el conocer nuevos pueblos y gentes distintas; el reconocimiento, por parte de los patrones, de que habías realizado un buen trabajo… sin contar la relación especial e indefinible que uno llega a establecer con el velero en el que navega.

Veleros cuyos nombres me traen al instante sabores añejos de café negro y ron de caña, en un fondo musical de melancólica habanera: Panchita, Joven Modesta, Bella Antonia, Servandita Pombo, Blanca Aurora, Primera de Cataluña, Cacique, Arrogante Barcelonés, Soberano Tercero, Estrella Matutina, Vigilante, Moniquita…

Las rutas que hice con aquellos buques fueron varias, y muchas las millas recorridas. Una de ellas era la que iba a Montevideo y Buenos Aires con obra de albañilería (ladrillos de La Bisbal y del llano de Barcelona), sal (que recogíamos en Torrevieja y San Pedro del Pinatar) y otras mercancías. En dichos puertos sudamericanos cargábamos tasajo, para después cursarlo a los puertos cubanos: La Habana, Cienfuegos, Santiago. Allí embarcábamos, para el viaje de vuelta, azúcar, melaza, café, ron y tabaco.

Si pasábamos por Puerto Rico cargábamos, además, miraguano. En ocasiones, a fin de completar el cargamento, nos acercábamos a puertos de Norteamérica. En Nueva Orleans, Charleston y Savanah, nos esperaban duelas y algodón; petróleo en Baltimore, y maderas (abeto, tejo, pino americano) en Pensacola, Mobile o Nueva Brunswick (Canadá). Otras veces salíamos con cargamentos de vino, aceite, jabón, etc…, para México. Descargábamos en Veracruz, Laguna o Tabasco, y en Campeche, Carmen o Término nos hacíamos con henequén y palo de tinte para la Península.

La vida a bordo de aquellos buques de vela era, de día y de noche, una continuada alternancia de trabajo y reposo. En efecto, después de cuatro horas de faenas, venían otras cuatro de descanso, y así las veinticuatro horas del día. Los tumos de guardia eran rigurosos, y para facilitar la alternancia nos dividíamos en dos grupos. Si la dotación de la nave constaba, por ejemplo, de doce personas, uno de los grupos o *colles* estaba formado por el capitán y cinco tripulantes, y el otro por el piloto y otros cinco tripulantes; de manera que mientras una *colla* trabajaba y hacía guardia, la otra

libraba y podía descansar. La primera guardia comenzaba a las ocho de la tarde del primer día de navegación, y correspondía al piloto y a su *colla*. A medianoche, el capitán y su gente tomaban el relevo hasta las cuatro de la madrugada, en que volvían a formar la guardia el piloto y los suyos, y así sucesivamente a lo largo de todos los días que durase la travesía, hasta tocar puerto.

Las guardias de noche no eran distintas de las de día, por lo que a servicios se refiere. Las nocturnas, sin embargo, eran reforzadas por un gaviero y un mozo o marinero joven, los cuales velaban por las luces de babor y estribor y hacían las veces de serviola. A la guardia de las cuatro correspondía, antes de acabarla, preparar el café para el desayuno, primero para la gente de popa (la dotación «distinguida») y, luego, con las sobras del primero, a la gente de proa (el resto de tripulantes). Las otras comidas eran el almuerzo, a las once, y la cena, al atardecer.

Los menús eran austeros y repetitivos, compuestos de sopas, escudellas, arroz, patatas, tasajo, pejepalo, bacalao, galleta, judías, garbanzos y poco más. La dotación distinguida —de la que formaba parte— comía en el comedor de popa, junto al camarote del capitán, y nos permitíamos de vez en cuando algunos extras, tales como una tortilla de patatas, un huevo frito con jamón y postres (frutos secos). Las bebidas alcohólicas estaban rigurosamente prohibidas, y las comidas se acompañaban exclusivamente de agua. Cuando el barco hacía escala en algún puerto, el cocinero y el mayordomo se encargaban de renovar las provisiones, y por unos días se podía comer de fresco.

La vida a bordo era, pues, dura y rutinaria. Los días se sucedían unos tras otros con ineluctable monotonía, y esto era considerado una bendición, pues lo contrario significaba, por lo general, peligros o situaciones extremas. Con todo, los domingos eran días algo distintos en los que se salía levemente de la rutina. No había misa, porque normalmente no llevábamos capellán a bordo, pero como era fiesta de guardar la tripulación solo hacía las tareas imprescindibles, pudiendo dedicar gran parte de la jornada a sus entretenimientos: jugar a los dados, asearse, leer, pescar al curricán o simplemente dormir.

En uno de mis viajes de prácticas, me tocó en suerte un patrón de Blanes de tan arraigadas costumbres religiosas, que todos los

días, antes de la refacción vespertina, mandaba rezar el rosario. Además, todos los viernes de Cuaresma se hacía la abstinencia de carne, y en llegando Jueves y Viernes Santo, el silencio tenía que ser absoluto. No se podía hablar —a excepción de las órdenes de maniobra—, se aferraba todo aparejo, se empicaban vergas y hasta la campana que servía para dar los toques de las horas era sustituida por unos palitroques.

A algunas personas, ajenas a la vida de mar, puede sorprender que con tan severas, y a menudo rígidas condiciones de vida en los buques, no se produjeran apenas altercados o intentos de motín. Y es que la disciplina era asumida por todos nosotros como absolutamente necesaria para la buena marcha y organización a bordo del buque. Cada cual conocía a la perfección sus obligaciones y sus deberes, y todos éramos conscientes de lo que podíamos y de lo que no podíamos hacer. Las apuestas y los juegos de azar con dinero estaban totalmente prohibidos. El capitán, no obstante, podía reservarse una cierta benevolencia en determinados casos, y de vez en cuando permitía alguna partida de tresillo (siempre, eso sí, sin dinero de por medio) y dispensaba algunas raciones de vino o de ron. El único vicio oficialmente tolerado, y ampliamente seguido, era el de fumar. Se fumaba mucho y de todo, desde cigarros habanos a tagarninas de Virginia, sin desdeñar la pipa y el tabaco de mascar.

Las diversiones a bordo no eran, por consiguiente, muchas ni muy variadas. Es comprensible, entonces, que cualquier acontecimiento fuera del normal trabajo diario suscitase una gran atención. El encuentro en alta mar con otro buque, por ejemplo. Esta circunstancia era siempre motivo de alegría y curiosidad, en especial si el barco en cuestión era de la misma matrícula o nacionalidad.

En aquellos días, cuando dos buques se encontraban en alta mar el código marítimo prescribía que se preguntasen mutuamente su nacionalidad, destino, procedencia, carga y si había o no novedad a bordo. Para ello se utilizaba el telégrafo de banderas, de acuerdo con las normas internacionales. De noche el intercambio de información se hacía a base de señales de luz, con un fanal, subiendo y bajando la tapa según regla establecida. Una vez cumplimentado el interrogatorio por medio de las luces, se encendía

un fuego de bengala para que los dos buques pudieran reconocerse. Y entonces, bajo el resplandor que anulaba por unos momentos la oscuridad de la noche, los tripulantes de uno y otro buque teníamos tiempo de saludarnos desde nuestros puestos, agitar las gorras, mandamos recados y deseamos suerte en nuestras respectivas travesías. Eran unos breves y emotivos instantes que nos indemnizaban un poco de los rudos trabajos y de las largas soledades. Luego, pasada la fugaz luminaria, se volvía a la normalidad, a la rutina, y los buques seguían solitarios los rumbos previamente trazados, hasta un próximo encuentro.

De los capitanes a cuyas órdenes me cupo la suerte (o desgracia) servir en aquellos años de aprendizaje, recuerdo en especial a dos, y por motivos bien distintos.

El primero es Joaquín Xumetra, de Calella. El capitán Xumetra era conocido por haber tenido más de un problema con sus subordinados, al parecer por su propensión al abuso de autoridad y despotismo en el trato. Muchos marineros evitaban enrolarse en los barcos que él mandaba. Algunos le odiaban. Con Xumetra navegué en la goleta Bella Antonia, y fui testigo de un suceso singular, del que se habló bastante en su día en los ambientes marineros.

Sucedió que durante una travesía de Río de Janeiro a La Habana murió, de una angina de pecho, un marinero de primera con el que el capitán había tenido varios roces y unas cuantas discusiones serias.

(Hagamos un inciso. La muerte de un navegante a bordo solía ser motivo de dolor y tristeza. Los tripulantes, de proa y de popa, pasábamos largas jornadas juntos, en estrecha convivencia. Por lo general acabábamos por conocernos y apreciamos, con todos nuestros defectos y virtudes; aunque bien es cierto que también podíamos terminar por aborrecernos con toda nuestra alma. En cualquier caso, la muerte de un pasajero o tripulante a bordo era un acontecimiento extraordinario, y el difunto se hacía merecedor del respeto de todos. La ceremonia de sepultura a bordo de un velero en alta mar era necesariamente sencilla, pero emotiva. El cadáver era envuelto en el mismo transportín en el que había muerto, y cosido de arriba abajo. Para darle más peso se ponían a la cabeza y a los pies del saco sendas piezas de hierro, tales como pernos o cadenas; asegurándole así al cadáver un descanso horizontal en el

fondo del mar. Durante la ceremonia el capitán mandaba poner el buque en facha, es decir, de proa al viento, a fin de que este se detuviese. Era como un último homenaje al difunto. Toda la tripulación, gorra en mano, se hallaba presente en cubierta. El capitán leía un breve responso y, de seguido, aprovechando una brandada del buque a sotavento, se lanzaba el saco al mar. Luego, el buque continuaba su ruta).

Como era su deber, Xumetra ordenó disponer todos los preparativos para el entierro del marinero fallecido. Pero a la hora de echar el cadáver al mar, y ante la estupefacción de todos los presentes, Xumetra no mandó poner al buque en facha. Aquello era algo más que una equivocación, era una falta de respeto. La inusual y soberbia actitud del capitán fue de inmediato entendida por la tripulación, bastante castigada ya, como una afrenta a su compañero, y a partir de aquí los hechos comenzaron a tomar unos tonos más bien sombríos.

Al capitán Xumetra se le hizo el vacío por completo. Nadie le volvió a dirigir la palabra. Los de la dotación distinguida preferimos abandonar el comedor de popa para no tener que sentarnos con él a la hora de las comidas. Cuando por fin el barco llegó a su destino en Barcelona, a Xumetra le faltó tiempo para ir a notificar al armador los incidentes acaecidos y la, según él, postura levantisca e intolerable de la tripulación. Esperaba Xumetra que el armador le diese a él la razón y que tomase drásticas medidas para con todos aquellos que se atrevieron a desafiarle.

Pero sucedió lo contrario, ya que el propio Xumetra fue despedido. Se había vuelto demasiado problemático. Además, un muerto siempre merece un respeto. A partir de entonces Xumetra cayó en desgracia y no volvió a ser contratado por ninguna compañía. El vacío continuó en tierra, más fuerte aún si cabe que en la mar. Durante un tiempo estuvo de patrón de una embarcación de cabotaje. Al poco dejó de salir a la mar. Yo le vi un día, dando tumbos a la salida de una taberna de la Barceloneta. Me dio pena, pero no me acerqué a él. Estaba acabado. Su salud fue decayendo y acabó sus días en el Hospital del Mar, solo, medio loco y destruido por el alcohol.

El otro capitán de quien conservo viva memoria es el blanense Dámaso Paret, que en paz descanse. El capitán Paret era un hombre

experimentado y muy seguro de sí mismo, a veces demasiado. Realicé con él un par de viajes, los dos en el Soberano Tercero. A diferencia de otros patrones, Paret era abierto y hablador y, como todos, tenía también sus manías. Una de ellas era la limpieza (era muy tiquismiquis), y no permitía, bajo ningún concepto, que se escupiese fuera de las numerosas escupideras que, al efecto, se hallaban estratégicamente diseminadas por todo el barco. Tampoco le gustaba que se orinara por la borda. Argumentaba que cómo se podía hacer una cosa así precisamente al mar, que nos daba de comer.

Un día que estaba de guardia se me acercó el capitán Paret y se puso a hablar conmigo. Después de estar charlando durante más de una hora, acabó dándome unos cuantos consejos para cuando tuviese que mandar un barco.

—Mire, Castellá —me dijo—, lo primero que le conviene saber es que cada buque tiene su propia personalidad. Pues bien, vale más amoldarse a ella que no tratar de imponer la nuestra. Segundo: hay que ser humildes y reconocer que la mar es más fuerte que nosotros. Ahora bien, aunque algunos digan que la naturaleza es sabia, lo cierto es que la naturaleza no piensa, solo actúa; en cambio nosotros, a pesar de no ser sabios, pensamos y obramos en consecuencia. Es una diferencia que, en determinados casos, inclina la balanza a nuestro favor. Tercero: haga valer siempre la autoridad que le confiere el ser el patrón del barco, pero no abuse de ella, y nunca dé una orden que no se pueda cumplir. Cuarto: todos sabemos que el negocio es el negocio, y que aquí estamos para ganarnos la vida, pero en momentos de peligro no hay mercancía que valga la vida de uno solo de los hombres que estén bajo su mando. No lo olvide. Ah, y cuarto: nunca escupa, joven, por la borda a barlovento.

Dicho esto, dio un par de chupadas a la pipa y se marchó a su cabina.

Tuve ocasión de empezar a poner en práctica dichos consejos a partir de 1879, año en que alcancé, tras el examen de rigor, el certificado de «derrota de altura», que me facultaba para ejercer de capitán o «primer piloto de todos los mares». El buque que me tocó en suerte mandar fue el bricbarca Borinquien, perteneciente a la naviera Mir y Cía. Con él realicé dos viajes a América,

afortunadamente sin percance alguno. Luego vinieron más viajes a América, con otros barcos. Poco a poco, viaje tras viaje, fui adquiriendo la experiencia necesaria para llevar a cabo el cometido para el que me había estado preparando durante todos aquellos años.

Sin embargo, al cabo de un cierto tiempo, en mi fuero interno estaba deseoso de cambiar de ruta. Quería conocer otros mares, otros puertos, y creía que había llegado el momento de dar un giro a mi trayectoria profesional.

Y así fue cómo en 1883 salió la oportunidad de hacerme cargo de una fragata dedicada a la carrera de Filipinas. La fragata se llamaba Perla del Oriente, tenía un porte de 390 toneladas y pertenecía a la casa Pladevall Hermanos, de Barcelona. Era una de aquellas sólidas embarcaciones, de magnífica estampa, salidas de las atarazanas de

l'Hereu

Bagué, de Blanes. En cuanto la vi tuve el presentimiento de que me entendería bien con ella, y acepté ilusionado el nuevo puesto.

Hay que decir que la carrera de Filipinas continuaba teniendo, como en siglos anteriores, mucho de riesgo y no poco de aventura. Las comunicaciones con la distante colonia asiática siempre han sido problemáticas y llenas de contingencias. La apertura del canal interoceánico de Suez ha supuesto, en este sentido, un gran avance. De un día para otro, como quien dice, las algo más de 14 000 millas marinas de distancia entre Barcelona y Ceilán por el cabo de Buena Esperanza han quedado reducidas a 5500 por el canal de Lesseps.

No obstante, y en aquellos años en que me inicié de capitán, numerosos buques de carga seguían «haciendo» el cabo, para ir luego en demanda del estrecho de la Sonda o del de Lombok, y a continuación proseguir hasta el mar de la China. De este modo las compañías de transporte evitaban el pago de derechos por el canal, bastante gravosos, logrando con ello economías compensadoras de abatidos fletes. Este era el caso de la Perla del Oriente cuando tomé su mando.

Yo tenía veintinueve años, gozaba de buena salud y estaba lleno de ilusión por el puesto que acababa de conseguir y que abría una nueva etapa en mi vida de marino. Filipinas era un reto, y como tal lo acepté de buen grado. Quería demostrarme a mí mismo, y

también a los demás, que estaba perfectamente capacitado para asumir el mando de la fragata.

Ahora pienso, sin embargo, que más me hubiese valido que Pladevall Hnos. no me hubiera contratado. Me habría sentado muy mal el rechazo, es cierto; mi orgullo habría salido tocado en lo más íntimo, pero con el tiempo se me hubiese pasado el enfado, habría encontrado otros barcos y, sobre todo, me habría ahorrado ulteriores disgustos. Aunque quién sabe si los disgustos no hubieran venido por otro lado.

El caso es que me hice cargo de la Perla del Oriente, y desempeñé lo mejor posible la primera misión que se me encomendó. Hice varios viajes, unos por el Cabo, otros por el canal. De Barcelona llevábamos para los puertos filipinos principalmente vino y manufacturas. De allí traíamos para la Península tabaco en rama, picos de azúcar, abacá obrado, añil tintarrón, clavos de sibucao y efectos de la China.

La fragata respondía a la perfección. Yo me sentía satisfecho del trabajo, la tripulación estaba contenta conmigo y la compañía con todos, nosotros. El negocio parecía marchar estupendamente. Todo iba viento en popa. Hasta que, finalmente, ocurrió lo que, tarde o temprano, podía ocurrir.

Hasta entonces había tenido la suerte de no toparme con uno de aquellos terribles ciclones que asolan con frecuencia el mar de la China, y de los que me habían hablado con temor y respeto los viejos marinos que habían pasado por la experiencia de sufrirlos. Pero sabiendo que algún día podría sobrevenirnos uno de ellos, pensaba con curiosidad no exenta de preocupación cuándo tendría lugar y de qué manera lo encararía.

Pues bien, las respuestas a estos interrogantes comenzaron a despejarse la mañana del 17 de agosto de 1885 cuando, habiendo salido la Perla del Oriente de Hong Kong, y navegando cómodamente de bolina en dirección a Manila, observé a eso del mediodía un curioso cerco o anillo alrededor del sol.

Al principio creía que se trataba de uno de aquellos extraños fenómenos meteorológicos que solían manifestarse por aquellos parajes después de la catastrófica erupción del volcán de la isla de Krakatoa. Pero enseguida me di cuenta de que era otra cosa.

Recuerdo con sorprendente nitidez todas y cada una de las

situaciones que, a partir de aquel momento, se fueron sucediendo con celeridad; las recuerdo como se recuerdan aquellos acontecimientos en la vida de uno cuya importancia real no es percibida en toda su magnitud hasta después de transcurridos algunos años.

Al día siguiente, con la mar llana, aunque cabrilleando mucho, tuvimos algunos ligeros chubascos. La tarde, en cambio, fue buena y soleada, y cuando cerró la noche el viento continuaba siendo galeno.

Sin embargo, a punta de alba del día 19, el agregado señor Tintoré, que estaba de guardia, vino a despertarme a mi camarote para avisarme que el barómetro había bajado

16 mm

por debajo de su altura media, y que se había levantado el oleaje.

Teniendo en cuenta que nos encontrábamos en época de monzones, la situación que se avecinaba presagiaba lo peor. Así que de inmediato hablé con el piloto segundo, con el agregado y con el nostramo acerca de las medidas a tomar, así como de las instrucciones que había que comunicar al resto de la tripulación y a los pasajeros.

Nos pusimos en marcha sin perder un minuto de tiempo. Realizamos las operaciones que se acostumbran a seguir en dichas circunstancias, previas a afrontar el huracán. Al tiempo de finalizar dichas faenas preparatorias la mar era ya muy gruesa y el cielo presentaba un aspecto calimoso. Rechinaban las jarcias y se oía fuerte el sordo ruido de las olas contra el estrave. El barómetro seguía imparable su descenso.

A primera hora de la tarde la calima era muy espesa y se dejaba sentir una fina garúa. El calor era sofocante. Con todos estos indicios precursores no cabía duda de que cada vez estábamos más cerca del ciclón. Excuso decir que mi responsabilidad no había sido nunca tanta y tan grande. Esperaba, confiado que la teoría que me habían enseñado en la Escuela me sirviera de algo, y que los consejos que recibiera de mis antiguos patrones, sobre todo de los señores Paret y Grau, me fueran de alguna ayuda.

A la hora del crepúsculo el horizonte se hallaba traspasado por celajes de vivos colores que corrían al

NE.

De vez en cuando el cielo se iluminaba con amenazadores fucilazos. La mar era muy gruesa y encontrada, y la humedad altísima. El calor continuaba siendo sofocante, hasta el punto que la simple respiración se hacía fatigosa. Entonces fui a mirar el barómetro y comprobé que la aguja había bajado cuatro milímetros más. Entrada la noche alcanzamos el anillo más exterior del huracán. A medianoche el viento refrescó y comenzó a rolar al
NO.
La mar estaba agitadísima.

Durante toda la mañana del día 20 el viento sopló huracanado, la mar era arbolada y el barómetro seguía bajando a razón de unos
2 mm
a la hora. El focus o vórtice de la tormenta corría al N de nuestra posición. El buque se balanceaba peligrosamente y daba fuertes cabezadas, hundiendo la proa bajo el agua.

A media tarde el viento calmó de repente y la presión atmosférica empezó a subir. Habíamos salido del círculo tormentoso. Al cabo de una hora, y a pesar de que la mar continuaba siendo gruesa, dimos vela para mantenernos a rumbo.

Serían las dos de la madrugada cuando sobrevinieron nuevas rachas atemporaladas, volviendo a bajar rápidamente la presión. Entonces comprendí que habíamos alcanzado por segunda vez el ciclón. Durante todo el día 21 siguió arreciando el temporal. El buque sufría mucho y escoraba hasta meter bajo el agua el costado de sotavento. Los hombres hacían lo que podían, unos en las bombas, otros en la caña del timón. Tenían que permanecer atados con cables para que el agua o el viento no se los llevase, y aun así difícilmente lograban mantener el equilibrio.

La Perla del Oriente corría a palo seco. Las olas cruzaban la cubierta, arrastrando consigo las trincas y algunos botes. El desarbolo del buque parecía inevitable. Había que alejarse a toda costa del terrible vórtice.

Mientras todo esto sucedía vertiginosamente, yo apenas tenía tiempo de pensar en otra cosa que no fuera salir de aquella comprometida situación cuanto antes y con el menor riesgo para el barco y para todos cuantos en él íbamos. Una idea, sin embargo, subyacía en el fondo de mis angustiosos pensamientos, y esta idea era que lo que estaba sucediendo era una de aquellas pruebas

cruciales por las que, al menos una vez en la vida, debe pasar todo hombre de mar que quiere ser digno de este nombre; la prueba que, de ser superada con éxito, me alejaría definitivamente del ámbito de las inseguridades juveniles para entrar de lleno, y con pleno derecho, en los firmes terrenos de la madurez.

Entonces, jugándome el todo por el todo, tomé la decisión más importante de las que había tomado hasta aquel momento. Mandé virar para el
SE
y recé para que la cosa saliera bien. Tuvimos suerte. Al cabo de unas dos horas de soportar lo indecible y de creer que, pese a todos los esfuerzos, íbamos a ser pasados por el huracán, comprobé esperanzado que el barómetro, aunque lentamente, había vuelto a subir, y que los vientos amainaban hasta hacerse simplemente frescachones.

Al amanecer del día 22 el cariz del tiempo mejoró ostensiblemente. Aunque la mar seguía siendo gruesa, el viento se había vuelto bonancible. El peligro había sido dejado definitivamente atrás, y yo, sin creérmelo todavía, había superado, en calidad de capitán, mi primer tifón. Aunque averiada, la Perla del Oriente pudo continuar el viaje. No hubo a bordo, a Dios gracias, ningún muerto ni desaparecido.

Cuando al cabo de tres días avistamos Manila no pudimos dejar de manifestar nuestra alegría; y todos, tripulación y pasajeros, estallamos en gritos de júbilo y nos abrazamos unos a otros. Habíamos salido sanos y salvos de un trance verdaderamente difícil. Nos sentíamos como si hubiésemos vuelto a nacer.

La Perla del Oriente se hallaba atracada en el muelle. Yo acababa de cumplimentar los papeles de rigor previos al desembarco y me hallaba acodado en la borda. Entonces vino el nostramo Casacuberta —cuarenta años de navegaciones a sus espaldas— y me dijo en un tono de complicidad y camaradería que solo las gentes de mar entendemos en todo su significado: «Sabía que lo conseguirías».

Le di las gracias con lágrimas en los ojos. Luego bajé al muelle, me di la vuelta y contemplé la vieja fragata, mi Perla del Oriente. Tenía un aspecto lastimoso, como si acabase de salir de una batalla naval. En realidad así era. Sin embargo, conservaba intactos su

buen plantar y su elegancia marinera. Y, de pronto, me entraron unas ganas tremendas de abrazarla y de felicitarla a «ella» también.

Después, entré en la primera taberna que encontré abierta en el puerto, pedí una caneca de ginebra holandesa y bebí hasta emborracharme.

No exagero si digo que en aquellos momentos me sentía el hombre más feliz del mundo. Había tenido el primer tifón y había salido airoso de la durísima prueba. Tenía motivos para estar contento y seguir confiando en mi buena racha.

Para mi desgracia, empero, las cosas comenzaron a torcerse a partir de entonces. Lo que yo imaginaba un camino allanado por la fortuna de que anteriormente había disfrutado, habría de convertirse, en poco tiempo, en un deslizante tobogán de contrariedades que me irían sumiendo en un mar de confusión y desaliento.

La Perla del Oriente había sufrido serios desperfectos que hacían necesaria y urgente una reparación a fondo. La mayor parte de las mercancías se habían perdido o estropeado. Las pérdidas materiales eran cuantiosas.

El representante en Manila de la casa Pladevall Hnos., el señor Aurelio Casabó, ante la importancia de los daños no se atrevió a tomar ninguna medida y me comunicó que no haría nada sin antes consultar con la central de Barcelona. Pero de esta forma podían pasar semanas, incluso meses, hasta que llegase la contestación, y para entonces podía ser demasiado tarde.

El señor Casabó no era un hombre de muchos expedientes, y era claro que la situación le desbordaba por completo. Me ofrecí, para facilitarle la tarea, a realizar una inspección del buque y a redactar un informe pormenorizado en el que haría constar el inventario de los daños y pérdidas, así como las sugerencias acerca de los trabajos de reparación que, en mi opinión, se debían acometer. El señor Casabó se mostró totalmente de acuerdo con la idea y puso a mi disposición todo tipo de facilidades.

Dediqué por entero los siguientes días a la redacción del informe, procurando, en todo momento, ser lo más realista posible. Una vez terminado había que hacerlo llegar a la sede central de la compañía, la cual estaba ya enterada del percance por el cablegrama que, vía Hong Kong, se le había enviado en cuanto

arribamos a Manila.

Creí conveniente entonces que fuera yo mismo quien presentara personalmente el informe a los señores Pladevall; de este modo podría explicarles lo sucedido con conocimiento de causa, y de paso aprovecharía para hablar de mi futuro en la compañía. Planteé la propuesta al señor Casabó y, como era de esperar, le faltó tiempo para proporcionarme un billete, en clase de primera, en el primer barco que partía de Manila para la Península.

Al cabo de cuatro días iniciaba mi regreso a Barcelona en un vapor de la casa Olano, Larrinaga y Cía., el Ciudad de Málaga.

Fue un viaje especial, muy distinto a los que hasta entonces había realizado. Mi situación anímica no era muy boyante. Mi humor había cambiado en pocos días de un inmoderado optimismo tras superar el tifón a un razonable pesimismo después de la inspección del buque. Era la primera vez que viajaba en un barco en calidad de simple pasajero. Era, también, la primera vez que lo hacía en un buque de vapor.

Me invadía una sensación extraña. Acostumbrado al silencio de la vela, el estrépito de los motores y las vibraciones de las planchas de hierro apenas me dejaban dormir al principio, y cuando el buque ponía avante a toda máquina creía que en cualquier instante reventarían las calderas y que saldríamos todos despedidos por los aires.

A veces me dormía pensando que, de un momento a otro, vendría el nostramo o el piloto de guardia a despertarme para informarme sobre un cambio brusco de tiempo o a consultarme sobre la maniobra que debía llevarse a cabo. Me sobraba el tiempo y, a pesar de la rapidez con que navegábamos, tenía la impresión de que los días eran más largos de lo normal.

Singapur, Punta de Gales, Aden, Port-Said…

se fueron presentando a mi vista no tanto como meros puertos de obligada escala, lugares de papeleos y gestiones, de estiba y descarga, sino como atractivas ciudades cuyo auténtico rostro no había tenido la oportunidad de captar en mis anteriores recaladas. Así, disfruté de la acogedora y agradable Singapur, modélica avanzada comercial y timbre de orgullo de los Establecimientos del Estrecho; respiré el dulce e intenso olor a canela en las dársenas de

Punta de Gales, allí donde los elefantes, pintados de colores, hacen las veces de grúas y machinas; aprecié las escasas amenidades de la inhóspita Aden, horno cruel difícil de soportar, donde te asaltan los lugareños montados en camellos ofreciéndote plumas de avestruz; y admiré el empuje del nuevo
Port-Said,
con sus edificios modernos y sus jardines y fuentes que hacen de esta escala un apetecible oasis para el viajero desocupado.

Por lo demás el trayecto transcurrió sin incidencias dignas de resaltar, salvo una pequeña demora en Suez por problemas burocráticos que, al final, se arregló como siempre se arreglan estos imprevistos: sobornando al empleado de tumo.

Lo primero que hice al llegar a Barcelona fue visitar a mi padre y a mi hermana en Sant Andreu de Palomar, adonde se había trasladado mi padre hacía tres años, después de la muerte de mi madre. Lo segundo fue ir a la sede de Pladevall Hnos., en la calle de la Merced, a entregar el informe.

Me recibió don Antonio, el mayor de los hermanos; un viejo lobo de mar metido a naviero gracias —según malas lenguas— a los pingües beneficios obtenidos en su día con la trata de negros. Don Antonio me dijo que leería el informe con atención, pero que necesitaba un par de días para tomar una decisión al respecto, pues antes debía consultar el asunto con su hermano don José, que era quien «llevaba los números».

Al cabo de los dos días estaba de nuevo en las oficinas de Pladevall Hnos.

Teniendo en cuenta el giro que habían ido tomando los acontecimientos en las últimas semanas, no me sorprendí cuando don Antonio, con aire grave, casi compungido, me dijo más o menos lo siguiente:

—Ante todo, querido Castellá, tengo que darle las gracias por la redacción del informe, que he leído con detenimiento y que me parece —mejor dicho, nos parece— digno de encomio. Quiero agradecerle, asimismo, en nombre de la compañía, la dedicación y el buen hacer que ha demostrado usted a lo largo de todo este tiempo que ha estado con nosotros.

Don Antonio hizo una breve pausa, carraspeó ligeramente y continuó diciendo:

—En su informe sugiere usted que la Perla del Oriente sea reparada y aparejada de nuevo. Sostiene usted que el costo total de la operación no sería inabordable por la casa, si se tiene en cuenta que las tarifas de los astilleros filipinos no son elevadas. Da usted a continuación unas cifras que no estoy en condiciones de discutir. Ahora bien…

Hizo otra pausa, esta vez más larga, y volvió a carraspear un poco más. Para entonces yo ya me temía lo peor. No me equivocaba.

—Ahora bien… Le seré franco, Castellá. Sintiéndolo mucho la casa no puede permitirse en la actualidad este gasto. En realidad esta casa no puede permitirse ningún gasto, pues nuestra situación financiera es, lisa y llanamente, de quiebra.

La expresión de mi cara debió de ser lo suficientemente elocuente como para que don Antonio, interrumpiendo su discurso, se dirigiera a mí diciéndome:

—¿Le ocurre a usted algo?

—No, no… Estoy bien, gracias… —balbucí—. Le ruego que siga.

—Muy a nuestro pesar —siguió diciendo don Antonio— vamos a tener que cerrar el negocio. Pensábamos que podríamos aguantar unos meses más, pero es insostenible. Nos hubiese gustado poder decirle otras cosas más alentadoras, pero las circunstancias mandan. De todas maneras hubiese sido su último viaje con la Perla…

Don Antonio se puso en pie y soltó un discurso que ya se lo debía saber de memoria.

—Verá, amigo Castellá, la navegación por mar está cambiando muy deprisa, más de lo que habíamos previsto. Hace tan solo cinco años, cuando esta casa se defendía bastante bien, no sospechábamos que el vapor acabaría ganando la partida a la vela en todos los frentes y en tan corto espacio de tiempo. Ha sido una verdadera convulsión lo que se ha producido en los últimos años, y no dudo que usted habrá tenido igualmente ocasión de percatarse. Ha trastocado muchos negocios y se ha llevado por delante a otras tantas empresas que basaban sus economías en las grandes rutas servidas por los buques a vela. Esto ya se ha acabado. Hay que reconocerlo así, aunque nos duela. Hubiese preferido tener que darle otra clase de noticias, más esperanzadoras, pero hay que tocar con los pies en el suelo… Por cierto, tengo entendido que se le

deben algunos meses de sueldo… Mi hermano y yo hemos pensado, en consideración a su persona y a los servicios prestados a la compañía, abonárselos íntegros, cosa que no podremos hacer seguramente con otros pilotos. Y, por supuesto, no hace falta que le diga que puede contar con nosotros para cualquier recomendación que necesite.

Era muy claro: Pladevall Hnos. estaba en la ruina, y yo en la calle, sin trabajo. Gracias tenía de poder cobrar los sueldos atrasados.

Don Antonio se acercó a mí con afabilidad, me abrazó y me dio unos golpecitos en la espalda.

—¡Ánimo —me dijo—, que al menos usted es joven y fuerte y tiene toda una vida por delante!

Me puse la gorra y me fui hacia la puerta. «No se olvide de pasar por caja», oí que me decía don Antonio. Y entonces, cuando ya estaba a punto de salir de su despacho, me vino a la mente una pregunta:

—Por cierto, ¿qué va a pasar con la fragata?

—Ah, sí, se me olvidaba decírselo —contestó don Antonio—. Hace unos días enviamos instrucciones al señor Casabó, en Manila, instándole a que emprenda las gestiones necesarias para su venta. Dada nuestra situación actual precisamos de dinero contante y sonante, y confiamos sacar alguna ventaja de la Perla, aunque sea a precio de desguace.

Le di las gracias por la información y salí del despacho. Una vez en la calle no sabía adónde ir. Era mediodía y hacía un tiempo espléndido, con un sol radiante y una temperatura agradabilísima. Después de pensarlo unos segundos me encaminé hacia la Rambla.

Entré en un café y me senté a una mesa. Afuera la gente iba y venía de un extremo a otro del paseo; unos con prisa, otros sin ella. Me acordé de la primera vez que mis padres me llevaron a pasear por la Rambla, cuando vi el puerto y los barcos y me propuse ser marino.

Y bien, pensaba, lo conseguí, ya soy marino. ¿Y ahora qué? Estaba sin trabajo y mi porvenir era tan negro como la pez. ¿Qué hacer? ¿Buscar empleo en otra naviera? Era lo más lógico, pero ¿en cuál de ellas? Si Pladevall Hnos. se había ido al garete, ¿cuánto tardarían otras empresas de las mismas características en seguir sus

pasos? Una cosa era innegable: la vela estaba de capa caída. El futuro y el progreso estaban en el vapor. ¿Estaría mi futuro también en el vapor? Pero ¿qué experiencia tenía yo de piloto de buques de vapor? Ninguna. Siendo así, ¿quién podía contratarme?

Recordé que, en el viaje a Barcelona, el capitán del Ciudad de Málaga, señor Olabarrieta, me había comentado el hecho de que las compañías de navegación a vapor dedicadas a las rutas transatlánticas y del Pacífico estaban necesitadas de personal, y buscaban, a falta de profesionales con experiencia en vapores, los servicios de pilotos y patrones de veleros cuya veteranía, pericia, conocimientos y aptitudes para el mando eran de sobra reconocidos.

De hecho, varios compañeros míos de la escuela de Arenys y de otras similares, formados como yo en la vieja tradición velera, se habían pasado ya, con armas y bagajes, a los buques de vapor que hasta hacía poco representaban la competencia. A algunos les había ido bien la permuta, y ahora eran oficiales en la recién creada Compañía Trasatlántica, o en la del Marqués de Campo; otros, sin embargo, no habían podido superar el cambio y habían optado por renunciar a las grandes líneas, dedicándose al cabotaje o a empleos en tierra.

Estos y otros pensamientos se agolpaban en mi mente mientras, sentado en el café, seguía viendo desfilar a la gente por la Rambla.

La verdad es que no me encontraba preparado todavía para dar el gran salto. No me sentía incapaz, pero sí inseguro. Para mí no se trataba solo de cambiar de medio de propulsión, sino de prescindir de toda una filosofía y modo de concebir la vida marítima, adaptándome a otros nuevos y desconocidos moldes; y esto, sinceramente, no me resultaba nada fácil. Pensé que lo mejor sería darme un poco más de tiempo para reflexionar con más calma el próximo rumbo a seguir.

Pero un pensamiento, sobre todos los demás, se me presentaba una y otra vez, insistentemente: el destino de la Perla del Oriente. Era curioso, lo que en principio debía haberme afectado menos a la hora de pensar en mi futuro era, sin embargo, lo que me preocupaba más. No podía apartar de mi mente la imagen de la fragata, maltrecha pero digna, fondeada en algún lugar del puerto de Manila, a la espera de un final que barruntaba mezquino e

impropio de su historial marinero. Lo cierto era que me acordaba de ella y la echaba de menos.

Y estaban, además, los hombres de la Perla, los tripulantes con los que había compartido lo bueno y lo malo y superado la lucha implacable con los elementos. ¿Qué sería de ellos? ¿Qué suerte les esperaba? ¿Qué pensarían de mí, después de haberles dicho que tuviesen confianza, que todo se arreglaría y que estaba convencido de que pronto volvería a tenerlos bajo mi mando?

Es cierto que eran hombres habituados a los cambios de embarcación, a los despidos con cajas destempladas por parte de empresas informales. Con seguridad no tendrían dificultades en encontrar un nuevo empleo. Eran buenos marineros, honrados y trabajadores, y cualquier barco se sentiría orgulloso de tenerlos en su rol. Pero mi sentimiento me decía que tenía que volver a verlos para despedirme de ellos y darles una explicación al margen de lo que la compañía hubiese podido comunicarles. Pensaba que, aunque ya no estuviesen a mi mando, habían sido mis compañeros en uno de los trances más difíciles por los que había pasado, y que si no hubiese sido por ellos no hubiese salido de él. Estas son cosas que no se olvidan.

Cuando salí del café había tomado ya una decisión. Regresaría a Manila. Deseaba ver por última vez a la Perla del Oriente y a su tripulación. Luego, ya vería.

Una semana después me embarcaba en el Barcelona, uno de los grandes vapores, de construcción inglesa, que había adquirido para los servicios de Ultramar la Compañía del Marqués de Campo.
Habíamos salido de Port-Said hacía unas horas y el Barcelona navegaba lentamente por el canal. A uno y otro lado, se divisaban desérticos e interminables arenales. Antes de llegar al apostadero de Kántara, una figura en la orilla llamó mi atención. Era un viejo fellah, pobre y harapiento, que nos observaba con una mirada de profunda tristeza. El fellah, levantando el brazo, hizo un ademán de saludo. Mientras el buque se alejaba poco a poco él seguía saludándonos y observándonos fijamente. Su figura se fue haciendo cada vez más pequeña hasta que desapareció confundida entre las dunas.

Aquel fellah me dio que pensar. Efectivamente, estaba en Egipto, en la tierra de los antiguos y poderosos faraones, pero de los

pasados siglos de esplendor y dominio solo quedaban restos de colosales ruinas semienterradas en la arena del desierto y aquel pobre fellah que veía cómo nosotros, montados en humeantes máquinas a vapor, símbolo del progreso de nuestros días, atravesábamos su milenaria tierra sin apenas detenemos.

Aquel mismo día, después de la cena, me encontraba en cubierta fumando una tagarnina junto a la borda y disfrutando de uno de aquellos crepúsculos de tornasolados colores que se dan por aquellas latitudes. El mar estaba en calma y soplaba una ligera brisa que, dado el calor que a aquellas horas todavía se hacía sentir, se agradecía mucho.

En mi cabeza aún rondaba la imagen del fellah y su tristeza secular. Absorto como estaba en mis cavilaciones no me di cuenta de que alguien se había situado a mi lado.

Su voz sonó rotunda y grave, despertándome de mi ensimismamiento.

—Deliciosa noche, ¿no le parece?

Quien así me hablaba era un hombre de unos cincuenta años, grueso, de mediana estatura. A pesar de que mi estado de ánimo no era muy propicio a la expansión social, no quería pasar a los ojos de mi combarcano por descortés. Sé, por experiencia, que en mar nos volvemos más locuaces y sociables que en tierra, como si necesitáramos de los demás aunque solo sea para aliviar el tedio y hacer más llevaderos los largos y monótonos días de navegación.

Antes de que pudiera responderle, mi vecino había adelantado ya su mano para saludarme, al tiempo que decía:

—Permítame que me presente. Me llamo Demetrio Garcés, para servirle.

Así fue cómo conocí a Garcés.

Le devolví el saludo y me di a conocer. Empezamos a hablar —él mucho más que yo— de lo que generalmente se habla en estos casos: el estado del tiempo, los fastidiosos mareos, la comida a bordo, la incomodidad de las cabinas… Como no podía faltar, en un momento dado sacó a relucir la pregunta sobre el motivo del viaje. Le conté el mío, sin entrar en detalles. Recuerdo bien lo que dijo él.

—Negocios. Telas. Voy a Manila a estudiar sobre el terreno las posibilidades de desarrollo del sector textil y sus perspectivas comerciales. ¿Sabe una cosa? Soy de los que creen que antes de

lanzarse a una nueva empresa hay que calibrar muy concienzudamente los posibles riesgos, si se quiere garantizar un mínimo de éxito. A pesar de todo, estoy persuadido de que en el mundo de los negocios un cierto margen de riesgo no solo es inevitable sino incluso deseable. Por fortuna, o por desgracia, solo triunfan los que se arriesgan. ¿No cree?

Era ya de noche cuando nos separamos. Yo me dirigí a mi camarote y Garcés se quedó en cubierta a «disfrutar un poco de la magia de la noche». Su voluminoso cuerpo, enfundado en un traje de dril blanco, resplandecía a la luz de la luna. Antes de perderle de vista volvió a despedirse, esta vez quitándose el sombrero panamá. Entonces apareció en toda su redondez la cabeza rematada por uno de aquellos complicados peinados, un punto ridículos, que suelen gastar quienes pretenden disimular una calvicie que no acaban de aceptar.

Volví a hablar con Garcés en otras ocasiones a lo largo del trayecto. Su presencia, desde que me había fijado en él, no me pasaba inadvertida. Nos saludábamos —él de una forma más efusiva—, nos intercambiábamos algunas frases de cortesía sobre las incidencias del viaje y, a veces, sentados en el salón, conversábamos sobre Filipinas y la cuestión colonial, cosa que parecía interesarle mucho.

Llegados a Singapur, bajé a tierra, cogí un rickshaw y me fui al Museo, el cual no había tenido aún la oportunidad de visitar, a pesar de que personas instruidas me habían hablado de él con elogio. A la entrada del mismo, coincidí con Garcés.

—Veo que a usted también le interesa la historia de la colonia —dijo Garcés con evidente satisfacción—. Vale la pena, se lo aseguro. Siempre que recalo en Singapur aprovecho para darme una vuelta por el Museo. Hay mucho que aprender de los ingleses, y pienso que no estaría mal que de vez en cuando les imitásemos, aunque fuera un poco. Saldríamos ganando, no le quepa duda.

Fuimos recorriendo juntos diversas salas. Cada dos por tres Garcés hacía comentarios.

—Fíjese, Castellá. Cuando este pedazo de la Indochina fue ocupado por los ingleses, la isla contaba solo con trescientos habitantes malayos. Hoy en día tiene más de cien mil, de los cuales las tres cuartas partes son chinos. Estoy convencido que Singapur es

lo que es gracias a los chinos, que se hicieron cargo del comercio. Sir Stamford Raffles, que no era precisamente tonto en estos asuntos, pronto se dio cuenta de que con los malayos exclusivamente no iría la colonia a ninguna parte, y abrió la puerta de la avanzada a los chinos, infatigables trabajadores que se dedicaron no solo al comercio sino también a la agricultura. Resultado: donde antes no había sino maleza y animales salvajes ahora es un vergel y un emporio comercial de primer orden. Por contra, ¿qué ocurre en nuestras Filipinas? Pues que en cuanto llega una remesa de coolies a Manila enseguida se pone el grito en el cielo, se exclama que adónde iremos a parar y se lanzan soflamas antichinas. Lo malo del caso es que, con frecuencia, el argumento que se esgrime para defender esta postura es la salvaguarda de los intereses de los filipinos. Como si los filipinos, malayos al fin y al cabo, se distinguiesen precisamente por su iniciativa y espíritu de trabajo. Ya sabe lo que dice el proverbio: en Filipinas ni los pájaros cantan, ni las flores huelen, ni las mujeres aman, ni los hombres trabajan. Por cierto, se habrá dado cuenta de que Singapur tiene, además de este interesante Museo, una Biblioteca pública y un Gran Hotel, tres cosas de las que Manila, con muchos más años de presencia colonial por nuestra parte, todavía carece. Lo dicho, no estaría de más tomar nota de los ingleses.

Las opiniones de Garcés sobre los ingleses, malayos, filipinos, chinos y españoles eran harto discutibles, y no eran las primeras, desde luego, que había oído de este tenor. Pero yo no tenía ganas de hablar de estas cuestiones con un pasajero al que apenas conocía, de modo que me limité a asentir o a dar la callada por respuesta.

Poco antes de desembarcar en el puerto de Manila, Garcés vino a despedirse.

—Estoy seguro de que nos volveremos a ver —dijo esbozando una ligera sonrisa.

Sabía muy bien lo que decía.

No he hablado todavía de Manila.

La primera vez que vi Manila me decepcionó. Yo venía quizás con una idea demasiado romántica y novelesca de la vieja capital filipina, y lo cierto es que se me antojó una ciudad más bien triste y desangelada, muy lejos del calificativo de «perla del Oriente» con el

que era piropeada y que, precisamente, traía el buque que comandaba. Me refiero, claro está, a Intramuros, el antiguo recinto amurallado, cuyo aspecto exterior es el de una vasta fortaleza, con sus recias fortificaciones circuidas de fosos, y en cuyo interior las calles aparecen como tiradas a cordel.

Bien es cierto que Manila se hallaba bajo la impresión de un reciente terremoto. Los escombros y cascotes de los edificios derruidos se sumaban a los ocasionados por el anterior temblor de hacía dos años. El silencio era la nota dominante en el interior de la ciudad murada. Sus habitantes se habían puesto a la tarea, no por acostumbrada menos ardua, de reconstruir la ciudad, y en todas partes se respiraba dolor y resignación.

Ya en Manila lo primero que hice fue ir a ver al señor Casabó. El representante de Pladevall Hnos. me recibió con su habitual deferencia, aunque, en el fondo, pareció sorprenderse bastante de verme tan pronto en la capital. Me imagino que, de estar yo en su lugar, hubiese pensado lo mismo. Le expliqué que ya no tenía vinculación alguna con la compañía, pero que deseaba saber qué había pasado con la Perla del Oriente. El señor Casabó pareció tan agobiado por la pregunta como de costumbre.

Me contó que él se había limitado a seguir al pie de la letra las instrucciones que le habían transmitido desde Barcelona. En primer lugar, había procedido a pagar y despedir a la tripulación y, en segundo lugar, había iniciado las gestiones para desprenderse de la fragata. Tenía ya, me dijo, una oferta de compra, pero esperaba la conformidad de Pladevall Hnos. para cerrar el trato. En el entretanto, la Perla del Oriente había sido llevada al puerto de Cavite a la espera de entrar en dique seco.

Le pregunté si era posible saber quién era el comprador. El señor Casabó lo pensó unos instantes, vaciló, apuntó algunas excusas, pero al fin, confidencialmente, se atrevió a decirme: «La Sociedad Hispano-filipina de Carbones».

Hubiese preferido no saber la respuesta. Aquello era un final inmerecido para un velero como la Perla, un final indigno, pues representaba ni más ni menos que convertir la fragata en un sucio pontón, en un depósito flotante de carbón de cok para surtir los vapores.

Di las gracias al señor Casabó y me marché. Una vez más me

encontraba sin saber qué hacer, qué camino tomar. Durante el viaje había alimentado esperanzas y acariciado la idea de que si la Perla del Oriente era vendida a otra naviera, aún era posible que yo pudiese continuar en ella, aunque no fuese de capitán. Pero la respuesta del señor Casabó había desbaratado totalmente mis planes.

Mi sensación en aquellos momentos era que había tocado fondo. Me encontraba abatido y varado en Manila al igual que un derrelicto. Vagué sin rumbo por la ciudad durante días. Sumido como estaba en una honda melancolía me resultaba difícil razonar con serenidad y pensar en tomar decisiones que me permitieran salir a flote.

Sin embargo, y pese a las sombrías perspectivas que se me venían encima, una pequeña llama se agitaba en mi interior avivando los rescoldos de la esperanza. Estaba hundido, sí, pero no muerto y, en el fondo, era consciente de que tenía que poner en marcha todas las escasas fuerzas que aún me quedaban para intentar recuperar la confianza en mí mismo.

Por fin, decidí quedarme en Manila y buscar empleo. Recorrí varias agencias marítimas. En unas necesitaban marineros, pero no patrones. En otras no necesitaban ni marineros ni patrones. Era siempre la misma canción. Corrían malos tiempos para la vela, me decían; como si yo no lo supiera.

A punto de abandonar la búsqueda fui admitido en la compañía de navegación de González, Huertas y Búcan,

S.

L.

Estaba vacante una plaza de piloto en un vapor destinado al transporte de carga entre las islas del Archipiélago. El puesto no era lo mejor que yo hubiese deseado, pero tenía que decidirme entre rechazarlo y seguir hundiéndome en la miseria, o bien cogerlo y, olvidándome de lo pasado, procurar salir de ella. Escogí lo segundo, como se acoge el náufrago al primer objeto flotante que encuentra a mano, sin importarle de qué clase sea.

Cuando vi el vapor se me cayó el alma a los pies. Su nombre, apenas legible, era Pangasinan, y era un *steamer* de aspecto cascajoso y planchas herrumbrosas, cuyo mérito principal parecía consistir en que, amarrado al noray, no se hubiese ido a pique.

Mandaba el Pangasinan un español filipino, un tal Rubén Huertas, uno de los capitanes de barco más incompetentes que he visto, si no el que más, en toda mi vida profesional. Era una auténtica calamidad. Sus conocimientos de navegación eran algo superiores a los que pueda tener un rinoceronte de la bolsa de valores. Había estudiado —es un decir— en la Escuela Náutica de Manila, pero era de dominio público que había terminado la carrera y obtenido el título gracias a la intercesión de su tío Florencio Huertas, hombre de influencias y uno de los socios de la naviera para la que trabajaba. Lo de trabajar era otro decir, pues su holgazanería era proverbial entre la marinería del lugar y todo el mundo sabía que quien realmente ejercía de capitán del Pangasinan era el primer piloto, Arístides Santalong, un joven bulanqueño, serio y capaz, sobre cuyos hombros recaía la responsabilidad, no oficializada, de llevar a cabo con éxito las misiones encomendadas a su superior. Hasta que un buen día Santalong se cansó de dar la cara por Huertas y se marchó.

Yo iba a ocupar la plaza que había dejado Santalong.

No es menester insistir en el hecho de que, con el nuevo empleo, tuve que tragarme para mis adentros el poco orgullo que aún me quedaba. Era, a todas luces, una posición muy por debajo de las expectativas que me había ido creando en las últimas semanas y de la capacitación que mi certificado de «piloto de todos los mares» me facultaba.

Pero las cosas habían ido de mal en peor desde el desgraciado tifón, y no tenía mucho donde escoger. Más valía probar en el Pangasinan, a pesar de las malas referencias, que continuar a la deriva por Manila, agotando el poco dinero que me quedaba y dejándome llevar por la inercia de mi desgracia. En algún momento tenía que romperse mi mala racha. Para ello tenía que empezar a moverme, a hacer frente a la realidad, a salir del bache en el que había caído; y aunque modesto y perentorio, dicho empleo, pensaba yo, podía ser el comienzo de mi reflotamiento.

Los primeros viajes con el Pangasinan fueron a Cebú, para cargar copra. Con la ayuda del contramaestre —un viejo muy mareado, bastante cascarrabias— realizamos el trabajo sin complicaciones. Nosotros hacíamos lo que creíamos que debíamos hacer y Huertas se limitaba a dejarnos hacer aquello que nosotros le

decíamos. Algo en su favor hay que decir: no nos molestaba y solo armaba alguna que otra gresca cuando empinaba el codo en demasía.

Pero la mala fortuna, que me había perseguido con saña en los últimos tiempos, y que yo creía alejada al menos temporalmente, se hallaba en realidad agazapada, al acecho, como una bestia a mis espaldas a la espera de volver a darme un zarpazo a la primera oportunidad.

Y esta no tardó en venir.

Era a finales de octubre de 1886. Teníamos que ir con el Pangasinan a Legaspi (provincia de Albay), en el extremo sureste de la isla de Luzón, a llevar un cargamento de telares.

Las fechas no eran las más propicias para emprender el viaje, pero los dueños de la consignataria, que ya llevaban retraso en el envío, se empeñaron en que había que ir a toda costa, pues de lo contrario perderían el seguro y podrían ser demandados por el cliente, el dueño de una importante fábrica de tejidos finos.

Legaspi es uno de los principales centros abacaleros de Filipinas, y uno de los puertos que a mediados de este siglo fueron habilitados por las autoridades para el comercio universal. Pero tiene un pequeño problema: su rada es muy poco segura, y debido a que está abierta al noreste —que es de donde le vienen los vientos de temporal— se hace inútil entre los meses de noviembre y enero, cesando prácticamente toda comunicación por vía marítima con Manila. Además, incluso en época navegable, los buques salidos de puerto se ven obligados a doblar la extremidad oriental de Luzón, operación a menudo dificultosa y llena de peligros por las fuertes corrientes del estrecho de San Bernardino, que separa Albay de la isla de Samar.

Puestos en marcha, el viaje transcurrió sin novedad. Llegamos a Lesgaspi y, una vez descargada la mercancía y gestionados los papeles, quedamos a libre plática. Nada nos retenía allí después de haber hecho el trabajo, de modo que mi recomendación fue la de levar anclas de inmediato y volvemos, en lastre, a Manila, antes de que nos pillase el cambio de tiempo.

Pero entonces al patrón Huertas se le ocurrió la idea de aprovechar el tornaviaje para cargar una partida de abacá y bejuco partido, y así ganarse unos buenos pesos por su reventa en Manila.

La idea no era mala —sobre todo en otra estación— pero significaba el tener que permanecer unos días más en puerto con la amenaza, más que probable, de que empeorase bruscamente el tiempo y nos tuviésemos que quedar quién sabe cuántos días en Albay.

Y así fue. Terminado el estibo empezó a soplar un viento frescachón del oeste. Era la primera señal de lo que se avecinaba. A pesar del riesgo que ello entrañaba, Huertas quería hacerse a la mar por encima de todo. Tanto el contramaestre como yo intentamos persuadirle de que no lo hiciera. Vano empeño. Estaba obsesionado con aquel negocio, y por toda respuesta nos dijo que si le acompañábamos repartiría las ganancias, pero que de todas maneras le daba igual, porque igualmente podía arreglárselas solo. El contramaestre, ante la perspectiva de ganar unos dineros, cambió de opinión y resolvió irse con Huertas. Yo todavía tenía muy reciente en la memoria el mal trago pasado en el tifón, como para embarcarme en una aventura sin sentido y con dos tipos como aquellos. Les dije que me quedaba.

Roló el viento al norte y luego se entabló con fuerza del noreste. Salir del puerto en semejantes condiciones era una locura. Pero Huertas era de aquel linaje de temerarios a los que la ignorancia presta alas.

Desde la rada vi partir al Pangasinan, renqueante y dando cabezadas, en medio de las agitadas aguas de la ensenada. Si no lo hubiese visto, no me lo hubiese creído.

Esperé a que los vientos huracanados y las lluvias torrenciales remitieran. El puerto de Legaspi fue cerrado oficialmente hasta nueva orden por la Comandancia de Marina. Esto suponía que hasta que lo abriesen de nuevo podían pasar perfectamente dos o tres meses. No tenía nada que hacer en Legaspi, de modo que me fui a Albay, a la cabecera de la provincia, con la intención de quedarme allí unos días antes de tomar una decisión sobre qué hacer.

No me seducía la idea de pasarme tanto tiempo en aquel extremo de Luzón, así que, después de valorar todas las posibilidades, que no eran muchas, me armé de valor y opté por regresar a Manila por tierra. Me agencié algunas provisiones, mantas, un caballo —que compré a un indio bicol— y me puse de camino.

Tras fatigosas jornadas de vadear ríos, subir montes, cruzar por puentes pendientes de una cuerda, dormir en conventos y tribunales de pueblos y visitas —cuyos compoblanos hacía años que no veían un forastero—; de tener que dar enojosas explicaciones a petulantes gobernadorcillos, directorcillos y cabezas de barangay, eludir cuadrilleros excesivamente celosos de su deber, sortear rancherías de igorrotes y remontados, y todo ello bajo la amenaza constante de desalmados tulisanes, conseguí cubrir finalmente los casi quinientos kilómetros que separan Albay de la capital del Archipiélago.

Llegué a Manila roto, en un estado físico lamentable. Había caído del caballo (nunca fui un buen jinete) y me dolía fuertemente la rodilla. Durante unos días no pude hacer otra cosa que dormir y descansar para recuperar las fuerzas gastadas en el penoso viaje.

Sabía que al negarme a embarcar en el Pangasinan y quedarme en tierra en Legaspi me había despedido yo solo de la compañía. ¿Para qué, entonces, ir a verles y manifestar a sus responsables que en mi determinación me asistía no solo el sentido común sino el impulso, comprensible y legítimo, de la conservación de uno mismo? Comenzaba a estar un poco harto de tener que dar tantas explicaciones que no servían para nada, solo para que yo quedase más o menos en paz con mi conciencia, y ni aun eso conseguía. Lo único que, tal vez, me interesaba era el saber qué había sido del Pangasinan. Era una curiosidad un tanto malsana, si se quiere, pero imposible de evitar dadas las circunstancias. Ciertamente, la suerte que había podido correr el vapor vendría a confirmar o no los temores que me indujeron a tomar la difícil decisión de abandonar mi puesto.

Mejor me hubiese valido no saber nada del condenado vapor.

En los ambientes portuarios hacía días que una noticia sorprendente corría de boca en boca como reguero de pólvora. El Pangasinan había arribado, tras azarosa navegación, al puerto de Manila y con el cargamento intacto. Huertas estaba que no cabía en sí de gozo. Él mismo se había encargado de propalar la noticia en los mentideros a su alcance, ante la estupefacción de todos e incredulidad de los más.

La narración de los hechos —tal como me la contó un marinero anónimo, medio borracho como yo— alcanzaba cotas épicas, con un Huertas convertido de repente en un arrojado capitán que, con su

inteligencia y pericia, había sido capaz de burlar los embates de un mar indomable y bravucón, y llevar a buen puerto su navío.

Pero había más. Huertas no solo se había dedicado a ensalzarse hasta límites inconcebibles, sino que, para dar mayor realce a su proeza, había puesto en entredicho mi actitud, calificándola de egoísta y cobarde.

Era lo último que me faltaba por oír. Aquello acabó por hundirme más de lo que ya estaba. Mi moral estaba por los suelos, no vislumbraba salida alguna a mi situación y, por si fuera poco, algunos de mis colegas empezaban a mirarme con ojos de conmiseración, cuando no de desprecio. Incluso aquella pequeña llama de esperanza que había alumbrado hacía algún tiempo en mi interior se había ido consumiendo poco a poco.

Volvía a estar confuso y dubitativo. Por un lado pensaba que tenía que responder de alguna forma a la infamante e injusta aseveración de Huertas sobre mi persona; pero, por otro, no me apetecía lo más mínimo malgastar mis escasas energías en ello. Sabía, también, que debía conseguir algún otro trabajo que me sacase del estado de estéril inactividad en que me hallaba sumido; pero, al mismo tiempo, sentía la fácil tentación de rehuir todo compromiso y abandonarme a mi mala suerte.

Frente a una realidad que no me gustaba y que me resistía a aceptar tal cual era, busqué una vez más el cómodo refugio que suele proporcionar la bebida. Volví a frecuentar cafés y tabernas y a gastar no solo el poco dinero que aún me quedaba sino también la salud, sensiblemente quebrantada a consecuencia del viaje.

En el fondo buscaba evadirme de la realidad que me envolvía, dejándome llevar por las adversas circunstancias sin atreverme a hacerles frente. Noté que el láudano que había empezado a tomar para aliviar los dolores de la rodilla constituía asimismo un lenitivo a mis preocupaciones y angustias. De aquí a caer en los voluptuosos brazos del anfión (que es como llaman por aquí al opio) solo había un paso, y no me costó darlo.

Solo una vez, con anterioridad, había fumado opio. Había sido en Shanghái, adonde habíamos recalado con la Perla del Oriente. De esto hacía unos tres años. Quiso la casualidad que coincidiera en aquel puerto con un antiguo compañero piloto de la goleta Bella Antonia, el cual, desde hacía un tiempo, había abandonado la

navegación para establecerse como agente comercial en la populosa y variopinta ciudad china.

El caso fue que paseamos, charlamos, bebimos y terminamos en Fu-Chow Road. No recuerdo cómo llegamos a entrar en uno de los numerosos fumaderos que se alinean a lo largo de aquella bulliciosa calle. Menos aún recuerdo lo que sucedió después, cuántas pipas fumé y si llegué a sentir los éxtasis de los que tanto se habla. Lo que sí puedo asegurar es que la experiencia no debió de resultarme muy gratificante, pues me pasé todo el día siguiente sin bajar del barco, con el estómago revuelto y la cabeza espesa como el alquitrán, aunque bien pudo ser todo ello consecuencia del exceso de licor que habíamos tomado. No di mayor importancia a la probatura y me olvidé de ella enseguida.

Comparados con los fumaderos de la célebre Fu-Chow Road, los de Manila son como barracones infectos. Unas paredes desnudas, a veces mugrientas, un simple globo de luz mortecina colgado del techo y unas raídas esteras repartidas por el suelo es todo lo que se ve en la mayoría de ellos.

Cierto día por la tarde, cansado de estar tumbado en el catre del tabuco de la pensión donde me alojaba, salí a la calle con la intención de pasar un rato en uno de los fumaderos del barrio chino de Manila.

Entré en uno de ellos y me tendí al lado de una lámpara desocupada. Al punto se acercó un viejo, de larga perilla y mirada extraviada. Después de escoger la pipa de bambú cuya tabaquera se hallaba menos ennegrecida por el dros, el viejo comenzó a prepararla. Hundió la aguja en el tarro lleno del ansiado fruto de la adormidera y acercó a la llama de la lámpara la negruzca bolita. Pronto la bolita comenzó a inflarse y a tornarse amarillenta. El viejo entonces la amasó, la redondeó y finalmente la presionó sobre el fondo de la tabaquera. Inclinado sobre la lámpara vi cómo el anfión borbotaba en la tabaquera, y de una honda pipada llené mis pulmones. Negras volutas de aterciopelado humo subieron lentamente hacia el techo. Una espesa humareda envolvió toda la estancia. Pasaron los minutos y fueron cayendo las pipas: cuatro, cinco… Recostado en mi estera perdí la noción del tiempo y del

lugar. Las pipas se sucedieron: ocho, nueve… hasta la embriaguez total.

Cuando salí del local —disipados los irreales sueños que me había proporcionado el anfión— era ya de noche. De repente sentí un fuerte apetito y me di cuenta de que no había comido nada desde el desayuno.

Dirigí mis pasos hacia el Café de la Marina, donde solía cenar de vez en cuando. Entré, me senté y pedí un bistec, un par de huevos fritos con morisqueta y un bock de cerveza. Así que hube terminado le pedí al camarero la cuenta. Ante mi extrañeza me respondió que mi consumición estaba ya pagada; e indicándome con la cabeza una mesa del fondo del comedor, me dijo: «El caballero le invita». Miré a aquel caballero y le reconocí al instante.

Era Garcés.

Confieso que, en un primer momento, Garcés se me apareció como si fuese una visión, y me pregunté si no estaría aún bajo los evanescentes efectos del anfión. Mas no, era él, Garcés en persona, con toda su orondez, quien al darse cuenta de que le había visto se había levantado y se dirigía hacia mí con una expresión risueña.

—Feliz coincidencia, ¿no es cierto, amigo Castellá?

En verdad no sabía yo si la coincidencia era feliz o no, ni siquiera sabía si era coincidencia; pero asentí, y le invité a sentarse a mi mesa, cosa que hizo sin hacerse de rogar.

Las primeras frases que intercambiamos fueron de cumplido, a las que siguieron otras referidas a nuestras recientes actividades. Me quedé atónito cuando Garcés, con aplomo, interrumpió mis escurridizas explicaciones, para decirme:

—No es preciso que me lo cuente todo, si no quiere. Estoy informado de sus últimas… digamos peripecias.

Por si cabía alguna duda fue enumerándome algunos de los hechos que me habían ido acaeciendo en los últimos meses: mi trabajo en González, Huertas y Búcan, el incidente de Albay, el regreso por tierra a Manila, mi situación actual… Incluso se atrevió a mencionar mi compulsiva afición a la bebida y a ciertos sórdidos locales del barrio chino…

No sabía qué decir ni cómo reaccionar. Estaba perplejo, no me salían las palabras. Tenía la sensación embarazosa de haber sido cogido in fraganti cuando, en realidad, no había cometido ningún

delito ni tenía nada que ocultar. Hubiese querido inquirirle, de haber sido capaz de hacerlo, acerca de cómo había logrado enterarse de todas aquellas cosas, pero, en su lugar, solo se me ocurrió preguntarle:

—¿Cómo va su negocio de las telas?

La pregunta pareció desconcertarle un poco, pues su sonrisa dejó paso a un semblante más serio. Sin perder su afectada amabilidad, respondió:

—Veo que se acuerda bien de lo que hablamos en el barco. Siento tener que decirle, sin embargo, que… Bien, el caso es que no son precisamente las telas el negocio que me ocupa en estos momentos. A decir verdad el ramo textil nunca me ha preocupado lo más mínimo, pero, en fin, por razón de mi verdadera actividad en Filipinas me veo obligado a menudo a adoptar distintas personalidades ante mis interlocutores. De todas maneras, espero que sabrá disculparme por el hecho de no haberle dicho la verdad. ¿Puedo invitarle a una copa?

Había en la personalidad de Garcés una mezcla tal de desparpajo y cinismo que, en vez de hacer de él un individuo intratable, le convertía, por contra, en un ser de indiscutible magnetismo.

Pidió dos copas de aguardiente. Parecía muy interesado en proseguir la conversación. Yo no tenía prisa ninguna. Nadie me esperaba; de modo que dejé que se explicase.

Me contó que su venida a Filipinas respondía a una misión muy especial, secreta, y que para llevarla a cabo precisaba de la colaboración de personas de confianza, cualificadas y capaces de desempeñar sus servicios discretamente sin levantar sospechas. Me confesó que desde nuestro encuentro en el Barcelona se había fijado en mí.

Había el suficiente misterio en sus palabras como para dudar de ellas, sobre todo si tenía en cuenta las mentiras que me había soltado en nuestro primer encuentro; pero, por otro lado, y a juzgar por sus informaciones sobre mis últimos pasos en Manila, no tenía inconveniente en darle un margen de confianza. En definitiva no sabía si creerme o no lo que me estaba contando, aunque me inclinaba más por lo segundo que por lo primero.

Súbitamente Garcés apuró su copa y, mirando el reloj, exclamó:

—Siento tener que marcharme ahora mismo. De todas formas

me gustaría continuar nuestra conversación otro día, si usted quiere, claro está.

Sacó una pequeña libreta del bolsillo de su chaleco y, tras consultarla unos breves momentos, dijo:

—¿Qué le parece pasado mañana a las ocho de la tarde? Podríamos quedar en el Café del Recreo y, así, de paso, aprovecharíamos para cenar. ¿De acuerdo?

Garcés cogió el bastón, se puso el sombrero y diciéndome «Piénselo bien, tengo una oferta que seguro le va a interesar», salió del café.

La conversación con Garcés me había dejado bastante confuso. No sabía muy bien qué es lo que se llevaba entre manos, ni tampoco el porqué del repentino interés en hablar conmigo. No estaba seguro de sus intenciones y tenía serias dudas sobre si asistir o no a la cita que me había propuesto. En el fondo, sin embargo, no tenía nada que perder hablando con él y, además, necesitaba algún tipo de revulsivo que me ayudase a salir de la inactividad en la que había caído. No perdía nada entrevistándome con Garcés. Le escucharía, y después ya decidiría lo que más me conviniera.

El día de la cita me dirigí al Café del Recreo, en la prolongación de la calle de San Joaquín, junto al río Pasig. Minutos antes de las ocho entraba yo en el pintoresco establecimiento, famoso por sus comidas a la española.

En el salón-restaurant Garcés estaba sentado ya en una mesa. Nos saludamos, y antes de que yo tomase asiento ya me estaba hablando:

—Me alegro de que haya venido. Me he tomado la libertad de encargar una paella para los dos. El cocinero es paisano mío, de Vinaroz, y hace unas paellas con arroz de Taal que, aunque no saben como las de nuestro querido país, no están nada mal. Espero que le guste.

La perspectiva de tomar una paella, aunque fuera con arroz filipino, no solo sirvió para abrirme el apetito sino también los oídos a lo que Garcés pudiera proponerme. Era una excelente manera de empezar una posible relación.

Garcés pasó por alto innecesarios prolegómenos y fue directo al grano.

—Si le he citado, Castellá, es porque, como ya le dije, tengo una

proposición que hacerle: quiero que trabaje para mí. Ya sé que se preguntará en qué consiste este trabajo, cuáles serían las condiciones del mismo y otras cosas que se le puedan ocurrir, pero antes permítame que le hable, brevemente, de mi verdadera ocupación en Filipinas.

Vino el camarero. Garcés interrumpió su discurso y concentró sus ojos en la paella. Tenía un aspecto magnífico. Sin dejar de comer, Garcés me fue comentando su particular trabajo. Yo atendía a sus explicaciones, al tiempo que saboreaba el plato que me sabía a gloria.

—Verá —empezó a decirme Garcés después de beber un buen trago de clarete de Rioja—, mi trabajo consiste en recopilar información sobre determinados asuntos. Una vez contrastada y filtrada esta información mi cometido es sintetizarla, interpretarla y elaborar las conclusiones para ofrecérselas a mis clientes, que son los que me pagan. Lo que hagan luego con ella ya no es de mi incumbencia. Ya sé que se estará preguntando quiénes son mis clientes y cuál es el asunto que me ocupa en estos momentos. Le voy a contestar en la medida de lo posible y guardando las lógicas reservas, pero antes he de advertirle que todo lo que le estoy diciendo debe considerarlo como estrictamente confidencial, por lo que le ruego la máxima discreción sobre todo ello.

Volvió a tomar otro trago de vino y continuó:

—El asunto que estoy investigando es serio y delicado. Se trata de investigar sobre movimientos clandestinos de carácter separatista o filibustero, antiespañol en una palabra, que se están gestando, ahora mismo, aquí en Filipinas, a instancias de algunos sectores extremistas. En especial se trata de seguir la pista a ciertas sociedades secretas de inspiración masónica, a cuyo alrededor se están agrupando, según todas mis informaciones, algunos de los elementos filibusteros más peligrosos y fanáticos del Archipiélago. Quiénes son, dónde se reúnen, cuáles son sus planes, quién les financia, etc., son algunas de las cuestiones que es preciso averiguar. Dicho esto ya puede usted imaginarse quién me ha encargado esta comisión… Altas instancias, aunque, por supuesto, no voy a darle ningún nombre.

Íbamos ya por el segundo plato de paella. Garcés había pedido otra botella de vino. Vi que iba siendo hora de que yo interviniese,

y aproveché para exponerle algunas dudas.

—Todo esto está muy bien —le dije dándome una importancia que él mismo se había encargado de proporcionarme con sus confidencias—, pero no veo nada claro mi papel en este asunto. Soy marino, navego desde los dieciocho años. He estado en los últimos años más tiempo en mar que en tierra. Circunstancias que usted parece conocer bien han hecho que me encuentre ahora mismo, aquí en Filipinas, sin trabajo y con un futuro bastante oscuro. No sé si sabría hacer otra cosa distinta a la que he estado haciendo hasta ahora. Veo difícil que pueda convertirme de la noche a la mañana en una especie de espía… De todas maneras le agradezco el ofrecimiento y el que haya pensado en mí.

Antes de que pudiera seguir con mis explicaciones, Garcés me interrumpió y, con un gesto de aprobación, me dijo:

—Comprendo perfectamente su punto de vista y acepto sus dudas y recelos; pero si me permite que le aclare algunos puntos y le indique en qué consistiría su trabajo, tal vez entonces lo entienda mejor y cambie de opinión. De entrada usted tendrá un empleo, respetable, del cual vivirá —y con cierta holgura añadiría yo— y que le abrirá muchas puertas y círculos selectos de la sociedad manilense. Lo que haga usted además de su trabajo digamos «oficial» —que dicho sea de paso no será nada agobiante— no tiene por qué saberlo nadie excepto usted y yo; y, por la cuenta que a mí me trae, esté seguro que tendré la boca bien cerrada. Mi ofrecimiento por lo tanto es claro: un puesto de trabajo, descansado y bien remunerado, acorde con su categoría, a cambio de suministrarme determinada información de vez en cuando.

—¿De qué trabajo se trata? —me animé a preguntarle incitado por la curiosidad.

—Se trata de un puesto en la sucursal de la Compañía Trasatlántica en Manila. Todo está ya hablado. Como comprenderá en mi negocio es vital tener amigos y conocidos, sobre todo si te deben algún favor, y da la casualidad de que el jefe de personal de la Trasatlántica es un buen amigo mío y que, casualmente… Bien, me enteré hace unos días de que necesitaban una persona con experiencia para adjunto a la dirección en materias de navegación interinsular o algo parecido. Yo me adelanté a decirles que conocía al hombre adecuado para el puesto, pero que tal vez fuera necesario

algún tiempo para convencerle. Reconozco que fue una jugada un poco arriesgada, pero ya sabe, el que no se arriesga…

Estábamos en los postres. Garcés había pedido una tarta de sampaloc. Yo me había quedado sin apetito desde hacía un rato. Continuó hablando.

—Si usted está interesado en este trabajo todo lo que tiene que hacer es presentarse antes del sábado en las oficinas de la Compañía Trasatlántica y decirle, a la persona que ya le indicaré, que viene de parte mía. El resto es cosa suya y de la empresa. Lógicamente de aceptar el puesto ya hablaríamos más tarde de la parte digamos «confidencial»; pero este es un asunto que ahora no debe preocuparle. Créame, Castellá, si yo fuera usted en sus circunstancias no lo dudaría un instante. Oportunidades como esta no se presentan todos los días, y si me permite decirlo, y le ruego que no se ofenda, tampoco está usted, francamente, en una situación tan ventajosa como para despreciar una oferta de este calibre.

Garcés no tenía pelos en la lengua cuando le convenía. Estaba claro que había arriesgado lo suyo hablándome de su negocio y ofreciéndome el empleo. Se le notaba que no tenía ningún interés en que el proyecto se le viniese abajo. Esto me halagaba en el fondo, aunque bien sabía que esto era precisamente lo que Garcés pretendía. Conocía mi mala racha, mi necesidad de salir de aquel negro túnel en el que me había metido y cuya salida apenas divisaba, y aprovechó bien el momento de ataque. Garcés sabía, también, que aquella oferta era lo suficientemente atractiva como para que me pudiese agarrar yo a ella como a un clavo ardiendo.

La comida tocó a su fin. Yo tenía la cabeza embotada por el arroz, el vino, el café, la copa de *brandy* y el cigarro puro que Garcés me acababa de ofrecer. Cuando nos levantamos de la mesa eran más de las diez. El aire de la noche era suave y llevaba aromas de gumamelas. Las aguas del Pasig se deslizaban tranquilas. El cielo estaba limpio y estrellado. Hacía una noche deliciosa.

Nos despedimos. Quedé en darle una respuesta a su ofrecimiento al día siguiente. Deseaba consultarlo con mi almohada. Eso le dije, aunque yo bien sabía que mi respuesta estaba ya tomada. Sin embargo, no me pareció elegante decirle que sí a bote pronto.

Así fue como, a principios de 1887, entré a trabajar en la delegación

de la Compañía Trasatlántica en Manila, sita en la plaza de Goiti, número 11. La carta de recomendación que Garcés me había dado para el jefe de personal fue, en efecto, el «ábrete sésamo» que me permitió entrar en la pujante compañía de navegación del Marqués de Comillas, la más importante tras la quiebra y desmembración de la del Marqués de Campo.

Fui presentado al subdirector de la sucursal (el director se hallaba fuera en viaje de inspección por diversos puertos del archipiélago), el cual me dio la bienvenida, me presentó al personal de la oficina, me hizo unas cuantas preguntas de compromiso y, por último, me deseó suerte en mi nuevo trabajo.

Pero ¿qué trabajo? Se suponía que yo era asesor de la dirección en asuntos de navegación y comercio interior de las islas, como así se me había dicho; mas, dado que el director estaba fuera, y yo dependía directamente del director, nadie por tanto se atrevía a darme tarea alguna. Tenía, eso sí, un despacho para mí solo y un montón de archivadores y legajos que un empleado había depositado sin decir ni pío encima de mi mesa, al parecer, para que fuese documentándome y enterándome sobre las materias de mi competencia: tablas de exportación e importación de géneros, estadísticas del comercio exterior, movimientos portuarios, etc…

Nadie en la oficina me preguntaba nada, ni lo que hacía ni lo que dejaba de hacer. Como apuntó Garcés, aquel era un trabajo ciertamente descansado. Al principio entraba y salía a la hora marcada, pero pronto aprendí a llegar tarde y a salir temprano, de acuerdo con mi categoría laboral. Fueron aquellas primeras semanas, en las que no tenía otra cosa que hacer que leer papeles, las semanas más tranquilas y reposadas que pude pasar tras más de un año de angustias y tribulaciones continuas.

Era otra vida, y no me desagradaba. El sueldo que ganaba me había permitido alquilar una casa en la calle de San Femando, en el arrabal de Tondo, por 35 pesos al mes, con dos cuartos, caída, aljibe, azotea y baño. Me hice también, en cuanto pude, con los servicios de un cocinero y un bata o criado.

Mi vida cotidiana no se diferenciaba gran cosa de la del resto de empleados que, a la sazón, se hallaban en la capital filipina. Me levantaba normalmente a las siete. Me aseaba, me vestía y me tomaba para desayunar un chocolate con poto blanco y bibincas.

Hacia las ocho me dirigía a la oficina. Allí trabajaba un poco leyendo periódicos e informes varios. Si el día coincidía con el atraque del vapor-correo de nuestra compañía entonces me iba al puerto y me enteraba de primera mano de las últimas noticias y rumores procedentes de la Metrópoli.

Con esto llegaba el mediodía y era menester satisfacer las necesidades del estómago. A esta hora mi bata me llevaba el almuerzo a la oficina, en una fiambrera de maque japonés. A las dos salía de la oficina y me iba a casa. Allí me aligeraba de ropa y me ponía cómodo. Me echaba sobre el petate de burí, colocaba el mosquitero y me disponía a dormir la siesta, hasta las cuatro o las cuatro y media, hora en la que me levantaba y me bañaba.

El baño es en Filipinas capítulo aparte, y artículo de primera necesidad, como el comer o el dormir. Es sin duda uno de los mejores momentos del día. Luego me arreglaba, me vestía de calle otra vez y hacia las cinco y media o las seis cogía un sipan y me iba de tiendas a la Escolta. Si no tenía nada especial que comprar, entonces me dirigía generalmente al Malecón o la Luneta, a pasear y a saludar a los otros viandantes que, como es de suponer, son siempre los mismos.

Pasear por estos lugares es todo un ceremonial, del que hay que conocer bien las reglas. Toda persona de algún viso y que frecuente la buena sociedad manilense no debe faltar a este deber ciudadano. El tono depende, básicamente, del tipo de carruaje que se utilice: cuanto más caro, mejor; y de propiedad mejor que de alquiler. Ir bien trajeado es imprescindible: los caballeros de uniforme o levita oscura y chistera; las damas con vestidos de corte europeo y payo chinesco. Todos ramblean de un extremo a otro del paseo con mucha gravedad y empaque. Se cruzan y se saludan efusivamente. Algunos domingos una banda de música ameniza el deambuleo con oberturas y pasacalles. Al tocar las campanas el ángelus se descubren y se ponen todos serios a rezar.

Hay que entender que las distracciones públicas en Manila son escasas. Está, por ejemplo, el teatro Español, en Arroceros, y el teatro-circo de Bilibid. En ambos establecimientos se dan de vez en cuando funciones de ópera y zarzuela, por compañías líricas italianas y españolas, no muy buenas por lo general. Las orquestas están formadas por una treintena de músicos indios que ponen en

las interpretaciones toda su pericia y voluntad, más de la segunda que de la primera. Se da la particularidad de que, como no hay mujeres que quieran cantar en público, los coristas son todos hombres, lo que en ciertos casos no deja de ser chocante. A veces se dan también representaciones dramáticas, de ínfima calidad, por aficionados locales y, más raramente, por compañías de declamación españolas. No es de extrañar, pues, que el paseo por el Malecón o la Luneta continúe siendo el mejor y más barato entretenimiento.

A las siete, de vuelta a casa, la cena: tinola o sopa, casi siempre. Luego solía pasarme por el Café de la Marina, a tomar un chá y a jugar un rato al billar. Otras veces iba de visita. Siempre había familias españolas deseosas de recibir. En sus casas se hablaba, se cotilleaba, se hacían juegos de salón, se tocaba el arpa o el piano y se bailaba. Si al salir de la velada era aún temprano se podía pasar por el casino o el Círculo Hispano-Filipino, que cerraba tarde; o tal vez por alguno de aquellos *salons meublés* en los que, en un marco apropiado y sugerente, se podían tener agradables conversaciones con atentas y sugestivas babays… Y a las once y media o las doce, a casa, a dormir. Hasta el siguiente día.

Pasaron algunos días y una mañana recibí, de manos de un propio, una carta lacrada. Era de Garcés. En ella me decía que tenía que verme con urgencia, y me citaba para las 18:30 horas de aquel mismo día en el Círculo Hispano-Filipino. La carta era terminante: no podía faltar, el asunto era importante.

A la hora señalada estaba en el lugar convenido, Garcés se hallaba en la biblioteca, sentado en un sillón, leyendo el periódico. Tras preguntarme qué tal me iba el trabajo en la Compañía, pasó a hablar del asunto que le había llevado allí.

—¿Ha oído hablar alguna vez de Kalipulako?

Yo no había oído hablar de Kalipulako en mi vida.

—Así se llamaba —continuó Garcés— el régulo de la isla de Mactan, lugar, donde, como es sabido, fue muerto Magallanes, el descubridor de las Filipinas, en su lucha contra los indígenas. Pero, como comprenderá, no es este Kalipulako el que me interesa, sino otro, contemporáneo, que así se hace llamar por sus correligionarios filibusteros y cuya verdadera identidad se desconoce. Se sospecha que es el cabecilla de una de las sociedades secretas de las que le

hablé. Mi objetivo es averiguar quién se esconde tras este nombre de guerra, y en esta tarea me va a ayudar usted.

De modo que había llegado el momento de actuar, de «ponerse en movimiento», como decía Garcés; aunque yo no tenía ni idea de cuál podía ser mi cometido en aquella investigación, ni de qué forma debería llevarlo a cabo.

—Desde luego tengo algunas pocas informaciones sobre Kalipulako y sus secuaces, aunque, por ahora, en la mayoría de los casos son solo meros indicios. Necesito, pues, cerciorarme para llegar a desenmascararle. Llevo meses detrás suyo, y ahora que poseo unas cuantas pistas y una corazonada no puedo dejar escapar esta oportunidad para acabar de resolver el caso. Pero, para ello, amigo Castellá, preciso de la colaboración de personas como usted.

Antes de que pudiese responder, Garcés ya me había hecho otra pregunta.

—¿Le dice algo el nombre de
Tic-tic?

Esta vez sí me decía algo el nombre de
Tic-tic.
Era el pseudónimo con que firmaba sus artículos uno de los colaboradores del diario *El Avisador de Manila*. Unos artículos de cariz social y político, caracterizados por un tono crítico vehemente y polémico por naturaleza. Tic-tic era uno de los periodistas más leídos y temidos de la prensa manilense, y tenía fama de insobornable y de no arredrarse ante nada ni nadie. Las continuas denuncias de las «corruptelas administrativas» y de los «falsos patriotismos» las hacía siempre
Tic-tic
desde un acendrado e incorruptible «españolismo» de pura cepa.

—Pues bien —prosiguió Garcés—, antes le he dicho que tenía algunas pistas y una corazonada. Las pistas las estoy comprobando y de momento no puedo avanzarle nada, pero mi corazonada es que detrás de
Tic-tic
está de alguna forma Kalipulako. He pensado que podríamos empezar a investigar al hilo de esta suposición, y aquí es donde entra usted, amigo Castellá. ¿Qué tal se le da el periodismo?

La pregunta era inesperada. No pensaba que Garcés pudiese salir

con que yo me convirtiese en colaborador de la prensa. El caso es que Garcés había pensado que, dada mi posición social, de alto empleado en una prestigiosa empresa, y como «buen conocedor» de los intereses materiales de las islas, no me supondría un problema enviar unos cuantos artículos a *El Avisador de Manila*. Estaba persuadido Garcés de que mis artículos serían aceptados —¿acaso él no tenía amigos en todas partes?— y que, aprovechando la ocasión, no me resultaría difícil trabar conocimiento con los redactores y colaboradores del diario, especialmente con
Tic-tic.
Cómo obtener luego la información pertinente era asunto mío.

La estrategia de Garcés era entendible hasta cierto punto, pero había un aspecto que no me acababa de encajar del todo en aquel entramado.

—¿Cómo es posible —le dije— que detrás de
Tic-tic,
uno de los más recalcitrantes y furibundos «españolistas» del momento, el «terror de los filibusteros», como le llaman algunos, esté Kalipulako, que representa los intereses contrarios?

—Precisamente por esto —me contestó Garcés. Y no me aclaró más.

Era un hombre bastante desconcertante.
Camino de casa estuve dándole vueltas a las instrucciones que me había dado Garcés respecto de lo que iba a constituir mi primera «misión». El nombre de
Tic-tic
me venía una y otra vez a la cabeza. Recordé que los filipinos llaman así a un pájaro de mal agüero que forma parte de una de sus muchas supersticiones.

Tic-tic es un guía y encubridor de las fechorías de un asuang, mezcla de duende y espíritu maligno, a quien atribuyen los nativos las enfermedades y muertes de los niños. El
tic-tic
se mete debajo del tejado de las casas donde se halla el niño y espera a que este se duerma. Entonces saca el
tic-tic
su lengua, y convertida en un largo hilo, sutil y punzante, se introduce por la boca del crío y le saca las entrañas, o bien le

perfora el hígado y le extrae la hiel, hasta matarle.

Aquella misma noche tuve una pesadilla.

Soñé que en el tejado de mi casa se había situado el

tic-tic.

El agorero pájaro empezaba a afilar la lengua y yo me daba perfecta cuenta de todo; pero, como estaba dormido, no podía levantarme. La lengua del

tic-tic

seguía creciendo y afilándose y cada vez estaba más cerca de mí. Yo quería gritar, pero mi garganta no respondía; quería moverme, pero mi cuerpo permanecía inmóvil. Veía con pavor que la asquerosa lengua se dirigía hacia el pecho, con intención de taladrarlo y chuparme la sangre… Al fin, pude reaccionar, y con fuerza aparté de mí la horrible lengua. Y entonces vi cómo por la ventana escapaba el

tic-tic,

y el

tic-tic

tenía la cara de Garcés.

De modo que tenía un nuevo trabajo que hacer en la oficina: escribir artículos. Excuso decir que nunca había escrito ningún artículo para la prensa, pero Garcés me había dicho: «No se preocupe, joven, si no se le ocurre nada, plagie. Si lo hace todo el mundo, ¿por qué no lo ha de hacer usted también?».

No le faltaba razón. En los periódicos filipinos la copia estaba a la orden del día. Se copiaba con todo descaro de la prensa peninsular y no pasaba nada. Los «tijeras» —como eran llamados los redactores que se dedicaban a seleccionar recortes, traducir sueltos, sacar un poco de aquí, cortar otro poco de allá y con todo ello componer un artículo con el que llenar unas páginas— estaban en todos los periódicos.

Así que me puse a escribir una serie de artículos sobre «el estado social, político y económico de las islas», un tipo de literatura periodística que solían prodigar los periódicos. Para ello tuve que echar mano de la documentación de que disponía en la empresa, así como de otras informaciones aparecidas en revistas españolas, y algo también de mi propia cosecha. Principié el primer artículo haciendo un recorrido apresurado por la historia del archipiélago,

poco y mal conocida, para, a continuación, pasar revista —los recordatorios nunca están de más— a las principales rémoras que, a mi juicio, han lastrado y siguen lastrando la buena marcha de la colonia desde hace siglos. El tema de las corporaciones religiosas —lagarto, lagarto— no lo pude eludir, y aunque no dejé de señalar algunos defectos, no por ello cedí a la fácil descalificación general de la, a menudo, abnegada y no siempre comprendida labor evangelizadora de muchos frailes en inhóspitas y salvajes regiones.

Le tocó luego el tumo —no podía ser menos— a la Administración, tanto civil como militar, y a su rosario de ineficacias y negligencias, para concluir la serie con un artículo sobre uno de los más viejos problemas aún no resueltos: la falta de buenas comunicaciones terrestres y marítimas. «Los caminos existentes en la actualidad —escribí entonces con el recuerdo todavía puesto en mi desastroso viaje de Albay a Manila— son viejos, insuficientes y, por lo general, intransitables, sobre todo en un país donde, según el dicho, hay cuatro meses de polvo, cuatro de lodo y cuatro de todo (…). Convendría recordar a este respecto que la decadencia de los caminos conduce inevitablemente a la decadencia de las ciudades y pueblos que aquellos comunican, que es como decir del país entero». Terminaba el artículo con un interrogante, seguido de una exclamación: «¿Cómo es posible que se destinen tan solo 3000 pesos en los actuales presupuestos para obras públicas en todo el archipiélago, cuando, por ejemplo, solo hay tres faros para cuatrocientas islas habitadas? ¡Y aún nos quejamos de la frecuencia de los naufragios!».

Envié los artículos a *El Avisador de Manila* sin muchas esperanzas de que los publicaran.

Los aceptaron.

El diario en cuestión había sido fundado hacía cosa de un año y medio y se hallaba consagrado, como casi todos, «a los intereses morales y materiales de Filipinas». Era su propietario un conocido comerciante de Manila, Roberto Valmaseda, quien ya antes había fundado un hebdomadario con escaso éxito. El director era don Fulgencio Balbás, que lo era solo de nombre, pues el alma y verdadero factótum del diario era su redactor jefe Manuel López Carvajal.

Carvajal era un sevillano rumboso y guasón, que había venido a

Manila hacía unos diez años como oficial cuarto del tribunal de Cuentas. Al quedar cesante en 1884 entró en el periodismo, pasando por casi todos los periódicos y haciendo en ellos de todo, desde «tijeras» a repórter. Sus escritos eran deslabazados y estaban mal redactados. Su respeto por la gramática de la lengua castellana era mínimo, pero por contra era muy ducho en la otra gramática, la parda, que es la que, en el fondo, se necesita para triunfar por estos pagos.

Mis artículos fueron saliendo en *El Avisador* a razón de uno por semana. Ante mi sorpresa la serie fue mejor recibida de lo que en un principio imaginé. Recibí sinceras felicitaciones de «colegas» periodistas. «Ya era hora de que alguien con conocimiento de causa pusiese los puntos sobre las íes de nuestras seculares lacras», estampó don Emilio Ramírez de Arellano desde la competencia de *El Comercio*. No me faltaron tampoco espontáneas muestras de apoyo por parte de lectores e incluso de algún alto empleado de la Administración.

Hubo también artículos de réplica que se encargaron de matizar ciertos datos e informaciones que yo había escrito, y especialmente uno, muy fuerte, en el mismo periódico que, con duro lenguaje, denunciaba mi «inusitada frivolidad, osadía y carencia del más mínimo rigor documental e histórico exigible en tan graves asuntos». El artículo en cuestión —intitulado «Otro monosabio en el ruedo de los sabios»— me ponía como chupa de dómine y arremetía con saña contra aquellos que «como el señor Castella (sic) se permiten el lujo de criticar lo que desconocen, mostrando así no solo su ignorancia sino, lo que es peor, su profundo desprecio por la colonia y por todos cuantos, honrada y desinteresadamente, trabajan para su engrandecimiento, a la sombra protectora y benéfica de la Metrópoli». Firmaba el artículo de marras:

Tic-tic.

La intención al escribir los artículos había sido, como había señalado Garcés, acercarme al mundillo de los periodistas para, desde dentro, y confundiéndome con uno de ellos, tratar de sonsacar información sobre la identidad de

Tic-tic.

Lo que yo no había previsto era que el propio

Tic-tic

pudiese reaccionar de aquella guisa. Sin embargo, esto venía a facilitar las cosas, pues ahora tenía un motivo más —el agravio personal— al que añadir a los anteriores.

En efecto, unos días después me dirigí con ánimo decidido a la redacción de *El Avisador*, sita en el número 7 de la calle de Coroneles. Una vez allí pregunté a uno de los empleados por el «señor
Tic-tic»,
añadiendo que se trataba de un asunto personal. Al poco rato me encontraba ante un individuo con visera y manguitos cuyo aspecto, menudo y apocado, era el de no haber roto un plato en su vida.

Aquel individuo distaba mucho de la imagen aguerrida y desafiante que se traslucía de los valientes artículos de
Tic-tic.
Se dice comúnmente que las apariencias engañan, pero no siempre; y, al primer golpe de vista, mi reacción fue de pura y simple incredulidad. No erré en la apreciación.

—¿Es usted quien firma bajo el nombre de
Tic-tic?
—le pregunté a bocajarro.

—No, señor; pero si tiene algún recado o mensaje para él, yo me encargo de dárselo —contestó el hombrecillo.

—Muchas gracias, pero me interesaría ver personalmente a
Tic-tic
o como se llame en realidad —insistí.

—Me temo que no va a ser posible. El señor Suárez Calvo está fuera de Manila, y no sé cuándo volverá. Tampoco puedo decirle su paradero porque lo desconozco. Lo siento… Es todo cuanto puedo decirle.

Y no dijo más, ciertamente.
Después del breve intercambio mantenido tenía, a falta de otros datos, algunas suposiciones sobre
Tic-tic.
Podía suponer, verbigracia, que el tal Suárez Calvo era un hombre de paja, de lo contrario no hubiese revelado su nombre con tanta facilidad a la primera pregunta que le hacía un desconocido, por colaborador eventual que fuera de la casa. Podía suponer, asimismo, que la excusa de que el llamado Suárez Calvo se

encontraba fuera de Manila no era sino un mero subterfugio para ganar tiempo. La identidad de
Tic-tic
estaba envuelta en un halo de misterio y, por alguna razón, había una clara intención de ocultar la verdad. Ahora bien, la hipótesis de Garcés, de que tras el polémico articulista se escondía Kalipulako, era harina de otro costal, si bien no dejaba de ser una posibilidad como otra cualquiera.

Lo primero que me propuse fue conseguir más información. Se trataba de ver, por ejemplo, si el tal Suárez Calvo correspondía a alguien de verdad o era una simple tapadera. En la redacción de *El Avisador*, entre el personal de plantilla y los colaboradores, tenía que haber quien supiese algo más de
Tic-tic
de lo que yo sabía en aquel momento, aunque solo fueran rumores. Cualquier pista podía servirme. La cuestión era empezar cuanto antes las averiguaciones.

Repasé la lista de gente que trabajaba en el periódico. Hice una primera selección con aquellos nombres que, por conocimiento previo o por talante, resultaban más accesibles y, por consiguiente, podían ser mis confidentes en el asunto. Descarté, en primera instancia, al director del periódico —con seguridad una de las personas menos enteradas de lo que pasaba en sus oficinas— y a Carvajal, para no levantar excesivas sospechas, al menos de entrada. En la lista quedaron finalmente tres nombres: Del Pan, Forns y Xangoy.

Del Pan era una institución en la prensa de Manila. Cuando salió *El Avisador* accedió a colaborar con cierta renuencia, pues a Del Pan no le acababa de gustar el periódico porque decía que «hablaba demasiado bien de los indios». Lo cierto es que del indio tenía Del Pan una muy pobre idea, y esto era archiconocido por todos cuantos lo leían o trataban. De él se contaban sabrosas anécdotas.

Recuerdo una personal. En cierta ocasión coincidí con Del Pan a la puerta de la sede del periódico, mientras ambos esperábamos un carruaje. Había dado yo un real a un galopín para que me fuera a buscar un coche. Hacía diez minutos de ello y todavía estábamos esperando en el mismo sitio. Del Pan, con su deje gallego, me dijo:

—Mire usted, desengáñese y delo por perdido (se refería al real).

No se puede confiar en esta gente. Le contaré un sucedido. Cuando llegué a Manila, hace de esto más de veinte años, mi primera diligencia fue ir al Gobierno General. A la puerta, y a pleno sol, había un indio en cuclillas. Su actitud de impasible indiferencia, típicamente oriental, no pudo menos que chocarme. Le observé un rato, haciéndome el distraído: no se movió. Subí, entregué algunas cartas, hablé con todos los empleados de Secretaría, y a las dos horas, cuando salí de aquellas oficinas, el mismo indio que había visto a la puerta… continuaba en su sitio, en la misma postura, con el mismo gesto, y tomando el mismo sol de justicia de dos horas antes. Desde entonces formé opinión acerca de los indígenas, y hasta la fecha nada he visto que haya contribuido a modificarla.

Al cabo de un cuarto de hora llegó el chaval con el carruaje, excusándose por la tardanza. Entonces le pregunté a Del Pan si aquello no le movía a cambiar de opinión, y me contestó secamente:

—Una golondrina no hace verano.

Era de dominio público que Del Pan solía pasar todas las tardes por el Café del Oriente, donde tenía asiento una conocida tertulia de periodistas y hombres de letras. A la misma asistían personajes renombrados en el mundillo literario de la ciudad y otros menos o nada conocidos, pero con muchas ganas de hacer carrera al lado de los ingenios a cuya lumbre acudían cual moscones.

Del Pan oficiaba de pontífice máximo, y era respetado por todos los tertulianos, aunque por lo bajinis no se libraba de algún que otro venablo. Solía intervenir poco en la conversación, lo justo para hacerse notar o para dar su opinión cualificada que, por lo general, no era discutida. Su tema de conversación preferido era la Administración. Pasaba por ser un gran conocedor de los asuntos administrativos filipinos, a los que había dedicado algunas publicaciones. Se sabía de memoria leyes, decretos, ordenanzas, reglamentos y cuantas providencias se habían dictado en relación a la colonia en los últimos años. De estos áridos temas podía estar Del Pan hablando durante horas. Quizás por esto sus contertulios procuraban no sacar a relucir estos temas, más que nada por no aburrirse demasiado. Del Pan solía abandonar la tertulia a las siete en punto de la tarde, y entonces se dirigía a la redacción de alguno de los periódicos en los que trabajaba.

Le gustaba también al veterano periodista ejercer de «protector»

de jóvenes aspirantes a ganarse la vida con la pluma, y se jactaba de haber «descubierto» a varios de ellos, perfectamente instalados ya en diferentes frentes. Siempre tenía palabras de apoyo y de aliento y no dudaba en hacer valer su prestigio e influencias para avalar personalmente los trabajos de sus «protegidos». No había periodista en Manila que no le debiese algún favor.

Sabedor de sus costumbres, un día fui al Café del Oriente. A la salida me hice el encontradizo con él. Me presenté como empleado de la Compañía Trasatlántica, autor de unos modestos artículos (que él recordaba) y admirador de su labor periodística. Para romper el hielo comencé hablándole de algunas cuestiones administrativas del comercio marítimo. Como supuse, Del Pan entró al trapo al instante, y durante un buen rato volvió a abrir la boca. Del Pan tenía que ir a la redacción de *La Oceanía*, pero, rompiendo su rutinaria costumbre, me invitó amablemente a que le acompañase a tomar una copa en el vecino Casino.

Entramos, fuimos al fumoir, nos sentamos, pedimos sendas copas de *brandy* y durante más de media hora estuvimos hablando amigablemente. En un momento determinado de la conversación me las arreglé para mencionarle los artículos de

Tic-tic,

y pedirle su parecer. Lo que me dijo fue más o menos lo siguiente:

—Usted conoce ya mi opinión sobre este país y sus habitantes, en especial los indios. Admito que soy de ideas fijas y me cuesta un triunfo aceptar otras que no coincidan con las mías. Sé, sin embargo, reconocer los méritos de los demás, siempre que estos respondan a una actitud sincera y honrada, por equivocada que sea. Por lo que no paso ni pasaré nunca son por las falsedades y las mistificaciones, y a mí, querido amigo, los artículos de

Tic-tic

me suenan a falso, a engañoso. Quizás sus escritos seduzcan a algún carca de salón, o logren persuadir a algún despistado. En realidad, uno lleva ya muchos años viviendo en estas islas y ha visto desfilar por las páginas de los periódicos demasiados gacetilleros afanosos de notoriedad como para dejarse deslumbrar por unas cuantas frases más o menos brillantes. Y conste que en algún párrafo de

Tic-tic

asoma a veces, pocas en verdad, la razón, pero él mismo se encarga

de quitársela en el siguiente. En pocas palabras: a mí
Tic-tic
me suena a puro camelo.

—¿Conoce usted personalmente a
Tic-tic?
—le pregunté a continuación.

—Si se refiere a si conozco al señor Suárez Calvo, que es a quien remiten los de *El Avisador* en el caso de que alguien se interese por
Tic-tic,
he de decirle que no tengo este gusto, dicho sea esto sin ningún tipo de soma, pues ya sabe que, al margen de las ideas y de las formas de expresarlas, siempre he procurado seguir a cuantos escriben en los periódicos, colegas míos al fin y al cabo. Ahora bien, lo curioso del caso es que tampoco conozco a nadie que haya tratado o visto al señor Suárez Calvo, y esto, a fuer de sincero, me da mala espina. Tengo para mí que el tal Suárez no existe, o lo que es lo mismo, no es más que una pantalla tras la cual se esconde otra persona, de carne y hueso, aunque hoy por hoy no sé quién pueda ser. Que se trata de un montaje, estoy casi por jurarlo.

Del Pan se quedó pensativo unos momentos y luego prosiguió:

—Mire usted, hace unos diez o quince años escribía en la desaparecida revista *El Faro de Manila* Jacinto Sánchez Terrón, un joven de muy buenas maneras literarias. Sus crónicas de sociedad estaban muy bien escritas, pero tenían, digamos, un defecto: eran muy poco leídas, porque no eran nada cotillas. Un día sacó un artículo en el que, alejándose de su habitual moderación y corrección, se mostraba muy crítico con ciertas costumbres criollas. Le salió enseguida al paso desde otro semanario —*La Ilustración Filipina*— un tal Andrés Solares, con un artículo de réplica fortísimo. Se entabló entre ambos una polémica, y durante varias semanas estuvieron saliendo artículos de Terrón y de Solares a cuál más *enragé*. El asunto inicial que había originado el enfrentamiento desapareció pronto de la escena y empezaron a surgir otros no menos vidriosos. Se entró en insinuaciones personales, se rozó el insulto. Los lectores se dividieron: había «terronistas» y «solaristas», como si se tratara de toreros o cantantes. Al principio había más de los primeros que de los segundos, pero, a medida que fue avanzando la polémica se invirtieron las tornas. Hasta que un día la

censura, creyendo que se había sobrepasado la raya de lo permitido, cayó con dureza sobre un artículo de Solares, e impidió su publicación. Entonces su contrincante Terrón escribió un artículo en pro de la libertad de expresión magnífico, espléndido, de los mejores alegatos que he leído en mi vida, y en un gesto de gran elegancia, renunció a hacer uso de su palabra y dio por concluida la polémica. Todo volvió a su cauce y en unos meses nadie se acordaba ya del debate entre Terrón y Solares. Este último enmudeció para siempre, y Terrón volvió a sus correctas pero insípidas crónicas de sociedad.

Del Pan hizo una pausa, sorbió un poco de *brandy*, y prosiguió.

—Al cabo de un año aproximadamente, Terrón enfermó gravemente e ingresó en el hospital. Yo iba a visitarle de vez en cuando, y un día me confesó lo que no había confesado a nadie. Que él mismo montó la polémica, y que Solares nunca existió, de modo que era el propio Terrón quien, bajo el nombre de Solares, se encargaba de replicarle desde las páginas de la otra revista. Me dijo también que se había inventado aquella tramoya porque las crónicas de sociedad le aburrían muchísimo y quería probar alguna otra cosa más entretenida; pero que al ver que la cosa había desbordado los planes iniciales, y que el llamado Solares le iba ganando la partida dialéctica, decidió enterrar el asunto, sacrificando a Solares en aras de la estricta censura de entonces. Después, Terrón no se atrevió a hacer pública su impostura, y optó por recluirse de nuevo en sus crónicas.

Hizo otra breve pausa, y levantándose del asiento me comentó:

—Con esto no quiero decir que el caso de

Tic-tic

sea de la misma especie, pero no me extrañaría que fuese algo parecido. ¿Con qué intención? No lo sé. Que

Tic-tic

busca polémica, desde luego, pero ¿con quién? Hay demasiados puntos oscuros alrededor de este nombre que yo, personalmente, desconozco.

Le agradecí la información y me ofrecí a acompañarle adonde quisiera, cosa que aceptó complacido. Antes de salir del Casino me dijo otra cosa más.

—Si, por un suponer, me interesase saber quién es en verdad

Tic-tic
y quién se esconde tras el nombre de Suárez Calvo, descartaría de entrada a los españoles peninsulares. Tic-tic no solo conoce muy bien la idiosincrasia de la población indígena de este país —cosa que no solemos conocer los peninsulares aunque llevemos años aquí— sino que además se le nota que piensa en tagalo y escribe en castellano. He observado en sus textos algunos matices lingüísticos, ciertas estructuras sintácticas que solo se dan en los nativos que tienen al castellano como segunda lengua. Que sea indio o mestizo, esto ya se me escapa. Si estuviera aquí el señor Jimeno Agius, que fue Intendente general de Hacienda en Filipinas y reputado ortógrafo, tal vez se lo pudiera decir. Y otro dato más, y con esto termino: dudo que sea
Tic-tic
un periodista profesional, a lo sumo un aficionado. Suele utilizar mal nuestras convenciones y nuestra jerga, y además se permite unos tuteos y unas confianzas con otros colegas del gremio que nunca nos permitiríamos los más veteranos, por viejos amigos que fuésemos.
El siguiente de la lista era Eliseo Forns.

Eliseo Forns era físicamente la antítesis de Carvajal: alto, desgarbado, de rasgos anémicos. Vivía siempre al día y llevaba una vida bohemia y desordenada. A veces le entraba la murria y desaparecía del mapa durante un tiempo. Su indumentaria era inconfundible: portaba siempre un chambergo de fieltro negro —¡en el trópico!—, levita corta y aparatosa chalina de seda. Forns era de Cervera, y había venido a Filipinas a hacerse cargo de una plantación de tabaco que le había dejado su hermano en herencia. Inútil para los negocios, como para casi todos los órdenes de la vida, Forns se dedicó a dilapidar el dinero en unos pocos meses, jugando al liampo y apostando en las carreras de caballos. No era un hombre de suerte. Para pagar las deudas malvendió la finca y se trasladó a Manila, donde continuó su vida disipada, hasta que se le acabó el dinero. Entonces no tuvo más remedio que ponerse a trabajar. Probó varios empleos, pero, como era de esperar, ninguno le satisfacía. Finalmente se puso a escribir, y logró entrar en *La Regeneración*. Este diario merece párrafo aparte.

La Regeneración tuvo una vida efímera, lo que no es raro en

estas latitudes, donde se lee aún menos que en España: nació el 1 de octubre de 1886 y dejó de publicarse el 30 del mismo mes. El primero de noviembre resucitó con el nombre, muy apropiado para la ocasión, de *El Fénix*, pero su vida fue todavía más corta: salió solo cinco días. En el tiempo que duró *La Regeneración* se hizo notar entre la prensa manilense por su espíritu combativo y rabioso. De inspiración católica ultramontana, concretamente «frailuna» (se decía que sus fondos salían de los conventos y que sus páginas olían más a sacristía que a tinta), y tradicionalista en política, el diario se erigió en paladín de la «causa del supremo bien y debelador de toda suerte de asimilistas improvisados, filipinos redentoristas y politiquillos huecos». Sus dardos iban dirigidos de frente contra el «furor reformista» que, en su opinión, «había invadido con sus mefíticas miasmas y gérmenes deletéreos los más sacrosantos cimientos de la tradición». Estas palabras: mefítico, miasmas, deletéreo, etc…, eran las preferidas de los redactores «regeneracionistas». Más que una redacción aquello parecía una cloaca, decían sus más acérrimos enemigos. Nunca se había visto en Manila un periódico que rezumase tanto vitriolo.

Forns manejaba la pluma como si fuera un bisturí. Frente a otras plumas de otros colegas que más que plumas parecían cuchillos de matarife, la de Forns estaba bien templada y afilada. Ahora bien, lo cierto era que sus vejámenes no convencían ni a sus partidarios ni a sus detractores. Si defendía una causa —por lo general de las llamadas perdidas— no ganaba ninguna voluntad; si, en cambio, la atacaba, las perdía por docenas.

Fue fácil localizar a Forns en la redacción del periódico. Cosa habitual en él, se hallaba en aquellos momentos a la última pregunta. Acababa de perder la paga de su último artículo jugando al siete y medio en una timba de matute. Estaba más pálido y delgado que de costumbre. Era claro que necesitaba comer y en abundancia. Pero antes de que pudiera invitarle a cenar me sorprendió diciendo:

—Vámonos a comer a Santa Cruz. Están de fiestas.

Tengo que decir que en Manila hay muchas fiestas. Cada arrabal, llegado el día de su santo patrón o patrona, organiza alegres festejos. Son celebrados los de Binondo, Quiapo, San Sebastián… En aquellos días le tocaba el tumo al de Santa Cruz.

Nos fuimos, pues, los dos para Santa Cruz. El arrabal lucía esplendoroso, las casas se hallaban engalanadas con guirnaldas, colgaduras y banderitas. Las calles aparecían ornadas con luces, arcos triunfales, globos de papel, cosmoramas y farolitos chinescos. Las campanas de las iglesias repicaban sin cesar, la boruca y la animación eran constantes.

Las gentes del barrio, tanto las principales como las más llanas, lucían sus mejores galas: ellos con sus camisas de sinamay labradas o de finísimo jusi —que no se lavan y solo admiten una postura— con botonaduras de nácar y perlas de Joló; ellas con sus vistosas sayas encarnadas a cuadros verdes y amarillos y tapis de seda, camisolas de piña y chinelas bordadas de oro.

Cuando llegamos había acabado la procesión, y estaba a punto de comenzar el bailujan. Dalagas y bagotaos se aprestaban a bailar al son de «afinadas orquestinas», como decían los gacetilleros cursis. Sonaban las primeras enfrentadas, algunos indios tocaban el arpa y otros cantaban kundimanes, mezclando el español «de tienda» con el puro tagalo.

Cuando voy a misa
Aquel prosesión
Al mirar a tu cara
Te perdí el devosió
¡Ay kundiman!
¡Ay kundiman!
Kundiman, kundiman
Kundiman de luna
Arrima esta banca
para la Laguna

Forns se movía como pez en el agua. Era evidente que conocía las fiestas, y yo me dejaba llevar por él. Anduvimos por varias calles. La gente nos miraba y nos saludaba con gran ceremonia. De repente Forns se paró enfrente de una casa. A juzgar por el aspecto de la misma debía pertenecer a personas pudientes. Desde fuera se oía la música; dentro la gente parecía pasárselo muy bien. Forns me hizo una indicación, al tiempo que me decía decidido:

—Entremos.

Una vez en el interior fuimos recibidos con grandes muestras de afabilidad, y enseguida nos invitaron a pasar a la caída donde en

unas grandes mesas corridas se habían colocado a modo de buffet todo tipo de manjares y bebidas: fiambres, cochifritos, lombois, ates, papayas, lanzones, cerveza, vino, ponche, sorbetes… No faltaban, sobre el aparador, la bandeja con buyo y la caja de cigarros puros de la mejor hoja de Cagayán. A la vista de las viandas a Forns se le transformó el semblante, y sin perder tiempo empezó a comer como un condenado. Yo hice lo mismo, pero con mayor moderación.

Lo curioso era que si no me veían con algo que llevarme a la boca me instaban, con grandes ademanes, a que siguiera comiendo. Entonces me di cuenta de que los únicos castilas que estábamos en la casa éramos nosotros, y me acordé de lo que en cierta ocasión me había dicho Carvajal hablando de la proverbial hospitalidad de los filipinos, y de lo mucho que se alegran cuando los españoles entran en sus casas, lo que consideran un honor.

Al parecer esta prodigalidad es aprovechada por familias españolas enteras, pobres vergonzantes, las cuales acuden a los ágapes de las fiestas de arrabal para solucionar sus necesidades alimentarias. Y así, no es raro verlos entrar en la primera casa que encuentran, dirigirse a la mesa donde se halla servido el buffet, comer todo lo que pueden, y una vez terminado salir sin que se hayan tomado la molestia de preguntar quién es el dueño de la casa para darle las gracias. Luego van a otra casa, y a otra más, hasta que se hartan.

Forns no perdió el tiempo. Comió cuanto pudo, se llenó los bolsillos de comida sin ningún reparo y, a continuación, estuvo hablando con un grupito de personas. En un aparte le pregunté si conocía al dueño de la casa. Con desparpajo me contestó:

—No le conozco, ni siquiera sé quién es. Me he decidido por esta casa porque me ha parecido que estaría bien surtida, y no me he equivocado. No les extraña mi comportamiento. Ellos me dan comida, y yo les doy conversación. La verdad es que no me cuesta nada decirles unos cuantos halagos, y ellos lo agradecen mucho. Se piensan que soy una persona principal, por la vestimenta, imagino, y yo les sigo la corriente.

Fuera ya de la casa, Forns continuó explicándome este particular *modus vivendi*:

—Una vez, en una casa de Binondo, se pensaron que yo era un

filósofo, o «pilósopo» como ellos dicen, y claro, para no defraudarles, les endilgué cuatro latinajos y aquello de «*primum vivere deinde filosofare*», y no hacían más que asentir con la cabeza mientras yo comía como un descosido. Cuando hube terminado de quitarme el hambre, les solté cuatro sentencias de Aristóteles y Platón, inventadas, por supuesto, y se quedaron contentísimos. Son buena gente.

Cumplidas nuestras necesidades alimenticias, nos dedicamos a pasear por el barrio. La fiesta continuaba. El bullicio era mayor que antes, y el bailujan estaba en pleno apogeo. Nos sentamos a descansar en unas sillas, en medio de la calle. Hablamos de la prensa manilense, y en un momento determinado aproveché para pedirle su opinión sobre

Tic-tic.

—Basura —me dijo sin pensárselo dos veces—. Basura, bazofia. Tic-tic me parece un individuo tan corrupto como los que pretende atacar. Lo único que le diferencia de los demás de su calaña es que escribe peor que ellos. Odio a estos tipos. No los soporto. En otro tiempo no hubiese vacilado en hincarle el diente, en convertirle en picadillo y poner sus restos putrefactos a los pies de los frailes, pero ahora me da pereza. No me merece la pena.

Se notaba que Forns había comido. Volvía a estar en plena forma. Le hablé de mi topada con

Tic-tic,

de la visita que hice a la redacción de *El Avisador*, del misterioso Suárez Calvo.

—Lo que yo quiero es verme cara a cara con este Suárez Calvo, si es él el que me ha insultado en sus escritos —dije con aires de indignación—. Si supiese quién es, dónde vive, iría a verle para exigirle una satisfacción.

No sé cómo pude decir esto último, pues lo cierto es que no tenía ninguna intención de batirme en duelo con nadie. Tal vez la bebida ingerida y el contagio con la virulencia verbal de mi interlocutor me hicieron proferir aquellas temerarias palabras. El caso es que a Forns pareció gustarle el tono airado de mi intervención, y comenzó a soltar la lengua.

Entre improperios y maledicencias me vino a corroborar lo que ya me había dicho Del Pan. Desde luego no había visto nunca al

supuesto Suárez Calvo, no sabía quién era, y además tenía serias dudas de que existiera realmente. Un dato más añadió: el hombrecillo de la visera y los manguitos que me recibió en la redacción de *El Avisador* se llamaba Peláez, era un simple corrector de pruebas y lo único que hacía era recibir los manuscritos de
Tic-tic
e intentar hacerlos más legibles, con escasa fortuna, por cierto.

Según Forns, Peláez era un individuo inofensivo, incapaz de meterse en camisa de once varas. Me explicó que, cada jueves, al mediodía, un bata llegaba a la redacción del periódico; iba al pupitre de Peláez y le entregaba un sobre que contenía el artículo de
Tic-tic,
hecho lo cual el bata se iba por donde había venido.

Le pregunté a Forns, sin mencionar a Del Pan, si pensaba que
Tic-tic
podía ser un indio o un mestizo.

—No lo sé. Tal vez Xangoy sepa algo de esto.

Le hice saber que tenía previsto hablar con Xangoy de este asunto.

—Pues si quieres tenerlo contento llévatelo de putas.

Me quedé cortado, sin saber qué decir.

—Le encantan —precisó Forns con una ligera sonrisa.

Xangoy era un indio pampamgueño. Su verdadero nombre era Diamantino Panganiban, y procedía del extinto *Diariong Tagalog*, primer y hasta la fecha único intento de hacer un periódico bilingüe castellano-tagalo. Intento frustrado, por cuanto se dio el caso de que no lo leían ni los que hablaban castellano ni los que hablaban tagalo. El *Diariong* alcanzó los tres meses de vida, y desapareció de la escena con más pena que gloria.

Xangoy había estudiado en la Universidad de Santo Tomás, y pasaba por especialista en historia y etnografía; pero, en decir de Del Pan, sus conocimientos no eran sino puro barniz. Xangoy tenía una habilidad que le reconocían todos, tirios y troyanos: la de sacar de sus casillas a los frailes. A pesar de haber estudiado con ellos —o tal vez por eso mismo— no los podía ver. En sus artículos aprovechaba para repartir, viniera o no a cuento, dicterios y todo tipo de lindezas contra las cinco congregaciones; artículos que, por

otro lado, eran unos ladrillos considerables.

Lo cierto es que no tuve necesidad de llevar a Xangoy a ningún burdel. Cuando me lo encontré por la calle al día siguiente debía de salir de uno de ellos. Se le notaba en la cara.

Le dije que deseaba hablar con él, que quería hacerle algunas preguntas, pero no se mostró nada solícito. Xangoy era muy escurridizo, e hizo todo lo posible por escabullirse. No le pude sonsacar nada. Me dijo que no sabía quién era

Tic-tic.

Vi que era inútil seguir preguntando y que lo único que estaba haciendo era perder el tiempo. Así que él se fue por un lado y yo por otro.

A pesar de todo, la información proporcionada por Del Pan y Forns era suficiente como para intentar seguir la pista. Había un punto de enlace de

Tic-tic

con el periódico, y este enlace era el bata que todos los jueves se presentaba en la redacción del periódico para traer el sobre con el artículo de

Tic-tic.

Pensé que valía la pena seguir aquel hilo, por si me conducía al ovillo. Pensé en un primer momento en espiar yo mismo los pasos de aquel bata, pero luego, pensándolo mejor, me desdije. ¿Quién podía hacerlo en mi lugar? Entonces me acordé de Quicoy.

Quicoy era mi bata.

¿Cómo no recordar al querido Quicoy? Fue el primer bata que tuve y será difícil que le olvide.

Francisco o Quicoy, como todo el mundo le llamaba, era del cercano pueblo de San Pedro Macati. Era huérfano, y cuando entró a mi servicio tendría unos doce años. Era un muchacho alegre y despabilado. Lo recuerdo muy bien, con su camisa de nipis blanca, los faldones siempre por encima de sus pantalones de guingón y su salacot de nito.

Le gustaba mucho el buyo, que sabía preparar con gran destreza. De cuando en cuando se pasaba por el tiangui a beber un vasito de tuba de tapadillo. Más de una vez me vino a casa más alegre que de costumbre. Al reír se le veían los dientes ennegrecidos por el betel.

No descuidaba las tareas domésticas, pero tampoco se desvivía

por ellas. Lo que menos le gustaba era hacer lampazo. La mayor parte del tiempo se lo pasaba en la caída, de cuclillas, mimando a su gallo que llamaba «kapatid», es decir, hermano, y al que cuidaba como si de verdad lo fuese. La gallera era su pasión, y siempre que podía se las arreglaba para ir a ver las peleas. Para ello sacaba a relucir sus muchas picardías.

Una vez mandé a Quicoy al mercado a por verduras. Me vino al cabo de tres horas sin el cesto y sin el cambio:

—No gulay. Robar bilao en tiangui. Yo muy triste… Yo cuidado, apó.

En otra ocasión le dije que fuera a la pansitería más próxima, y me vino al cabo de dos horas con parecido cuento:

—No pansit. Perder riales en camino. Yo muy triste… Yo cuidado, apó.

Desde entonces supe a qué atenerme, y prefería darle unos reales de más para que pudiese ir al reñidero, y así no se viera en la necesidad de sisar más de la cuenta.

Otra cosa que a Quicoy le gustaba mucho era que le enviase a comprar cigarros al estanquillo de la esquina. Así podía dar rienda suelta a su bien pertrechada labia.

Los estanquillos en Manila son como las barberías en España. Allí se sienta la estanquillera sobre el fresco lancape, esperando al parroquiano de tumo, dispuesta a darle conversación. Una visita al estanquillo le suponía a Quicoy no menos de tres cuartos de hora (y estaba a tres minutos de casa). La escena me la podía imaginar.

—Buenos días, ñora —empezaría Quicoy.

—Buenos también —contestaría la estanquillera—. ¿Cosa quieres?

—Primelo da tú conmigo tabacos.

—Cosa tabacos.

—Maso de superiores. Son pal apó.

—¿El castila capitán?

—Sí mismo.

—Pal tu apó siempre lo mejor.

—Justo parejo.

—¿Y tú contento con aquel tu apó?

—¡Abá! Paga cuatro pisos y no pega aunque cosa.

—¿Y cosa más quieres?

—Una cuarta de buyo y una copa de nipa, que voy contal a tú cosa que no sabel.

—¡Jusmariusep! Habla ya…

—Que don Peliciano nueva batilla tiene.

—¡Ñacú!… Trabajo que sea verdad.

—No hambuguería. Don Peliciano puerzas tavía tiene.

—¡Menche!… Cosas dices.

Y así pasaba el rato, contando rumores e historias del barrio. Hasta que llegaba el momento de la despedida.

—Vuelve tú pronto en mi estanco.

—Sí pó.

—Yo cuidado ¡ang!

—Opo… Adiós ñora… prisa tengo.

—Adiós ñor.

Así que un día llamé a Quicoy y le dije que tenía algo importante que encargarle, y que esperaba que siguiese al pie de la letra mis instrucciones.

—Te daré un peso si me haces bien el encargo —le dije.

—Un peso… ¿cosa hacel yo? —respondió Quicoy.

—Seguir a un batilla como tú, y decirme luego adónde ha ido y en qué casa viven sus amos.

—¡Menche!… Esto trabajo mucho. Sel pa bagotao, no pa bata.

—No me seas bastús… Bueno, dos pesos, pero ni uno más.

—Esto mejol…

Le expliqué con detalle lo que tenía que hacer: sentarse en la acera de enfrente de la sede de *El Avisador* y observar si a eso del mediodía entraba un bata con un sobre en la mano. Esperar luego a que saliese, y después seguirle sin que se diese cuenta. Quicoy pareció entenderlo y al jueves siguiente se puso en movimiento.

Tuve que esperar hasta media tarde a que regresara Quicoy. Como era de suponer se había gastado el peso que le había dado como anticipo apostando en la gallera y estaba muy triste. Pero había cumplido su misión.

Me contó que había visto al bata entrar y salir del edificio del periódico, que le había seguido por muchas calles a lo largo de Quiapo y San Sebastián, que luego había tomado el camino de Sampaloc, y que en llegando allá se había ido a una casa grande de piedra que había a dos leguas del convento de terciarios.

No me fue difícil averiguar que la casa a que se refería Quicoy y en la que había visto entrar al bata en cuestión era propiedad de don Pompilio Cabuyán, rico hacendado filipino y hombre muy conocido en los medios económicos de la isla. Ahora bien, don Pompilio no vivía en aquella casa —al parecer prefería su quinta de Binondo—; quien residía en ella era su hijo Abelardo, al que no se le conocía más oficio conocido que el de vivir de las rentas de su padre.

En cuanto pude comuniqué a Garcés el resultado de mis primeras investigaciones. Lo hice, como habíamos convenido previamente, dejándole un mensaje cifrado en la *poste restante* de la oficina central de Correos. A los pocos días recibía una carta suya. En ella me decía que esperase el domingo, a las nueve de la mañana en punto, en la esquina de la Escolta con San Agustín. Un coche me pasaría a recoger.

El domingo fijado, a la hora y lugar indicados, una berlina se paró delante de mí, se abrió la puerta, asomó Garcés, y me hizo un gesto para que subiera. Subí y me senté. Garcés ordenó al cochero que fuese dando vueltas extramuros de la ciudad hasta nuevo aviso. Luego se dirigió a mí y me dijo:

—Ante todo tengo que decirle que de momento lo está haciendo muy bien. Mis felicitaciones. Pero dispongo de poco tiempo y tengo que ir al grano. He estado recopilando información sobre Abelardo Cabuyán. Parece que vamos por buen camino. Aparentemente se trata de un hijo de papá, algo calavera y chiquilicuatro, pero, a pesar de esta fachada inocente, esconde un afecto a la causa independentista. Su padre es un hombre muy rico, gran amigo de los españoles, muy bien relacionado con los poderes públicos y los frailes. Por supuesto no ve con buenos ojos las veleidades separatistas de su único hijo. Teme que esto le haga perder la confianza de los españoles y le estropee sus proyectos y negocios. Por esta causa han tenido ya varias agarradas, y hace poco incluso amenazó con desheredarle si persistía en sus ideas emancipadoras. Al parecer, Abelardo, que no quiere perder la jugosa herencia, accedió a los ruegos paternos, hizo propósito de enmienda y se retiró a la finca de Sampaloc, desde donde, como ya sabe, se ha dedicado a componer artículos con el pseudónimo de

Tic-tic.

—¿Cómo supone que entró Abelardo Cabuyán a colaborar en *El Avisador*? —le pregunté.

—Muy sencillo. Su padre, Don Pompilio, es uno de los socios propietarios del periódico. Pero, a lo que iba. Abelardo Cabuyán es un pájaro de cuidado, y nada de fiar, como muy bien habrá imaginado usted ya. Con tal de conservar su posición de joven heredero libertino y con dinero es capaz de cualquier cosa, incluso de escribir furibundos artículos en contra de las ideas que él mismo defendía hace poco. El cambio es tan radical que todo el mundo piensa que lo hace para congraciarse con su padre, y así poder seguir viviendo de la sopa boba. Solo que yo no soy tan ingenuo como su padre y no me creo el truco.

Garcés indicó al cochero que fuera dirigiéndose a intramuros.

—En resumen —prosiguió Garcés—, a partir de ahora hay que ir con pies de plomo. No me fío de Cabuyán ni de sus amigos. Estos puntos suelen jugar a confundir, y saben muy bien que una forma de subsistir sin levantar sospechas ni resquemores es aparentar actitudes españolistas, de fiel subordinación a los intereses patrios; actitudes de las que jactan algunos gobernantes cándidos que se creen cualquier adulación y piensan que aquí todos los indios les adoran.

Llegamos a la plaza de Armas, se detuvo el coche y bajamos. Antes de despedirnos Garcés me dijo que había que continuar investigando a Abelardo Cabuyán, pero que antes de ponerle en evidencia tenía que estar seguro de algunos puntos oscuros, en especial sus posibles vinculaciones con las logias masónicas que en aquellos momentos estaban dando muestras de una gran actividad. Solo entonces, dijo Garcés, sabría a ciencia cierta si Cabuyán era Kalipulako, o un simple caradura.

Quedamos que más adelante recibiría noticias suyas.

Desde hacía unos días tenía mi «trabajo» en las oficinas de la Trasatlántica un tanto abandonado, aunque la verdad sea dicha nadie se interesaba por lo que hacía. Pero aquella mañana el director, inusualmente, me llamó a su despacho. Hacía un mes que no le veía.

Fue muy escueto. Se limitó a decirme que, como ya sabía (yo no lo sabía pero le dije que sí), la Compañía tenía intención de participar en la Exposición que, sobre las Islas Filipinas, había de

celebrarse en el verano de aquel año en Madrid. Para hacerse cargo de la coordinación, del envío del material y demás gestiones burocráticas se había nombrado una comisión *ad hoc*, presidida por él mismo y formada por varias personas de la empresa. Había pensado el director que yo podía formar parte de ella como vocal. Le agradecí el nombramiento y le dije que me sentía muy halagado y esperaba serles de utilidad.

Esto suponía que en cuanto la comisión terminase sus trabajos en Manila debería trasladarse a Madrid para estar presente en la inauguración de la Exposición. La idea de regresar a la Península me pareció estimulante. Hacía tiempo que no veía a mi familia y empezaba a sentir nostalgia de mi tierra.

El trabajo de la comisión consistió, fundamentalmente, además de recoger datos estadísticos sobre navegación y comercio, en proporcionar la logística para los viajes realizados por cuenta de la Compañía General de Tabacos de Filipinas, empresa también del marqués de Comillas. En este tiempo las dos compañías trabajaban muy estrechamente. El señor Lope Gisbert, director de Tabacos, estaba empeñado en mejorar los medios de transporte por mar de los cargamentos de tabaco en rama desde las explotaciones de origen a las fábricas de manufactura. En mí recayó la responsabilidad de inspeccionar y redactar el informe correspondiente para las provincias tabacaleras de Cagayán y la Isabela.

Tengo que decir que el tabaco es la mayor riqueza que puede exhibir hoy en día Filipinas. En los días de que hablo hacía tan solo unos cinco o seis años que su cultivo y beneficio habían dejado de ser monopolio del Estado. En 1781 el gobernador Basco y Vargas había puesto en planta la renta del tabaco en todas las islas (excepto en las Visayas), como medio de procurar recursos al Erario público. Desde entonces había sido Hacienda quien intervenía las operaciones de los cosecheros por medio de los interventores y los llamados «alumnos de aforo», los cuales tenían la función de vigilar la observancia de las disposiciones establecidas al efecto. Nunca, sin embargo, llegó a ser el estanco del tabaco una medida popular, y en las últimas décadas habían proliferado autorizadas voces en contra de la misma, hasta que, finalmente, el gobierno acabó por desestancarlo, y el tabaco entró en el libre mercado. Cagayán y La

Isabela, al norte de Luzón, eran las colecciones más importantes del Archipiélago, y las que mejor hoja daban, comparable, según los entendidos, a la cubana de Vuelta Abajo.

Las tareas de la comisión me tuvieron ocupado un par de meses. Mi otro «trabajo», en consecuencia, quedó relegado a un segundo plano. Contrariamente a lo que podía imaginar, Garcés no presentó ninguna objeción cuando le dije que estaba ocupado en la Compañía y que debería ausentarme con frecuencia de Manila; antes bien, lo que me dijo fue que esta eventualidad entraba en sus cálculos, y que pensaba sacar provecho de mi estancia en España.

En efecto, como podía sospechar, Garcés no había sido ajeno a mi nombramiento en la comisión preparatoria de la Exposición. Le interesaba por dos cosas: Primera, porque de esta manera desaparecía yo de Manila por un tiempo, salida conveniente pues al parecer se empezaba a comentar en ciertos ambientes políticos y gubernamentales la insistencia de cierta persona —este debía ser yo— en investigar a

Tic-tic;

y segunda, mi viaje a España era una ocasión única para seguir de cerca los pasos de algunos significados filipinos y peninsulares afectos a la causa separatista que pululaban últimamente por Barcelona y Madrid. La posible relación de estos círculos con Kalipulako era, según Garcés, muy importante para averiguar la procedencia de los fondos con que se nutría la subversión en Filipinas.

Hecho el trabajo que tenía encomendado en la Compañía —y que no describiré por no hacer prolija la narración—, y antes de partir para la Península me entrevisté con Garcés. Recibí de él todo tipo de instrucciones para cuando estuviera en Madrid, qué es lo que tenía que hacer, con quién tenía que verme, a quién o a quiénes tenía que vigilar de cerca y cómo hacerlo. La verdad es que me puso la cabeza como un bombo, pues no quiso que tomase nota por escrito de lo que decía, y todo tenía que memorizarlo. Menos mal que mi memoria ha sido siempre buena, y que desde mis tiempos escolares me ha servido de mucho. Recuerdo que alguna alusión a mi capacidad memorística le hice entonces a Garcés, y que este me respondió, para mi sorpresa:

—Lo sé bien. Sacó usted la máxima calificación en el examen de

Geografía Física en la Escuela de Pilotos, cuando le preguntaron los accidentes geográficos comprendidos, en el derrotero de las costas africanas, entre el cabo Mogador y la bahía de Benin. ¿No es así?

Garcés lo debía saber todo de mí. Esto me daba miedo, al mismo tiempo que no dejaba de fascinarme. Esta mixtura de sentimientos contrapuestos hacía que por un lado odiase a Garcés por disponer de mí a su antojo, y que al mismo tiempo continuase a sus órdenes.

Así las cosas, un martes de marzo de 1887 me embarqué en el paquebote Isla de Panay, de 7800 toneladas de arqueo, con destino a Barcelona. Las escalas fueron las establecidas por la Compañía Trasatlántica para la línea regular de Manila a Liverpool, a saber: Singapur, Colombo, Aden, Suez y
Port-Said.
Al cabo de un mes estaba en Barcelona. Me impresionó la actividad que reinaba en la capital catalana, y el ritmo febril de las obras de la futura Exposición Universal que el alcalde Rius y Taulet y un grupo de entusiastas próceres se habían empeñado en sacar adelante. No era esta exposición, sin embargo, la que me había llevado hasta allí, sino la que iba a inaugurarse en la capital del Reino, dedicada, como ya he dicho, a Filipinas, la primera muestra de este signo que, bajo los auspicios del Ministerio de Ultramar, se organizaba no solo en España sino en el continente europeo.

Mi mayor emoción en Barcelona fue el reencuentro con mi familia, con mi padre y mi hermana, sobre todo, a los que llevaba meses sin ver. Pasé algunos días inolvidables con ellos y aproveché para explicarles mi nueva actividad profesional (sin mencionar, claro, mi «otro» trabajo, el de Garcés). Por su parte ellos me pusieron al día de lo que había pasado en casa y en el país desde la última vez que les vi. Pero el tiempo apremiaba, y tenía que partir hacia Madrid. Me di cuenta entonces que, a pesar de haber hecho tantísimas millas como para dar varias veces la vuelta al mundo, esta era la primera oportunidad que se me brindaba de adentrarme en tierras de allende el Ebro.
La idea de hacer una Exposición General de las Islas Filipinas había partido de
S.

M.

el rey don Alfonso XII, a resulta de la celebración del aniversario del descubrimiento de aquellas islas por Magallanes. Sin embargo, el conflicto de las Carolinas, primero, y la muerte del monarca pacificador, después, obligaron a suspender los preparativos. Superados los obstáculos, el desafio fue retomado por el ministro de Ultramar, don Germán Gamazo y su sucesor en el cargo, don Víctor Balaguer. La muestra pretendía ser un vasto escaparate de las distintas producciones —de la Historia Natural a las Bellas Artes y de la Agricultura a la Industria— que se daban en aquellas lejanas y desconocidas posesiones, y que constituían su más preciado tesoro.

La Exposición ocupaba la zona del parque del Retiro conocida por Campo Grande, comprendida entre el paseo que desde las norias del sur del Estanque iba a la Casa de Fieras, y una línea que pasaba por la ría de patinar, limitada al este por el paseo de carruajes y al sur por el de San Antonio. La superficie dedicada era de nueve hectáreas. Las obras habían sido encargadas al arquitecto don Ricardo Velázquez, quien había planeado un Palacio, de carácter permanente, para albergar lo principal de los productos filipinos expuestos: un pabellón real; dos palacios anexos (uno de ellos de cristal); un camarín para depósito o almacén de efectos; un café-restaurant y un retrete para damas y caballeros. El conjunto se completaba con la reproducción de una típica ranchería de igorrotes, una estufa para plantas y flores, y una casa de nipa y caña, construida por la Compañía de Tabacos de Filipinas. Desde el mes de mayo se encontraban ya en Madrid la mayor parte de productos de exhibición, cuyas primeras remesas habían llegado al puerto de Barcelona en el vapor Santo Domingo.

La fecha prevista para la inauguración oficial era en principio la del día primero de junio, pero el retraso de las obras —cosa nada rara en nuestro país— había obligado a los organizadores a posponer la fecha de apertura. Finalmente la exposición pudo inaugurarse, con el debido boato, el 30 de junio por
S.

M.
la reina regente. El evento resultó, como era de esperar, un gran éxito. Los numerosos visitantes pudieron contemplar con lógica satisfacción la extraordinaria variedad de productos exhibidos,

signo evidente, como decían los periódicos, «de la indiscutible riqueza y pujanza de las islas, florón de la Monarquía española».

Entre las curiosidades que podían verse, y que no me resisto a citar, estaban varios animales vivos y plantas exóticas. Había un carabao (otro había muerto —me dijeron— descornado en el curso de la travesía), guineas, micos, un perro de Pollok, ciervos (uno de ellos cebrado), lagartos chacones, butiquís o lagartijas cantoras y una enorme serpiente boa de más de seis metros de largo. (Esta boa era un regalo del capitán general de Filipinas, señor Terreros. Todo el viaje —me contó su cuidador, que era uno de los ordenanzas de Terreros— se lo había pasado adormecida excepto cuando tenía hambre; entonces se le daba un cerdo vivo de cinco o seis arrobas y se lo zampaba entero). Las plantas pasaban de cuatro mil y habían sido seleccionadas por el botánico señor Vidal, ingeniero del ramo de Montes. Destacaban 50 ponos de abacá y un hermoso ejemplar de ramio.

También habían llegado en el Santo Domingo cuarenta y tres indígenas, representativos de las diferentes razas de los archipiélagos, que la Comisaría regia —a cuyo frente se hallaba el señor Gamazo— había alojado interinamente en un almacén de la Exposición habilitado para la ocasión. Para aquellos indígenas todo eran «marivellas», que es así como los indios se refieren a las cosas que les son desconocidas.

Entre los asistentes a la inauguración oficial se encontraban algunos prohombres filipinos que no habían querido perderse los fastos de tan magno acontecimiento y la oportunidad de codearse con gente principal de la Metrópoli. Todos ellos se mostraban eufóricos y satisfechísimos de encontrarse «en la tierra de los descendientes de aquellos intrépidos y devotos hombres que llevaron la civilización y el credo cristiano a su país», como bien se encargó de manifestar uno de los citados prohombres a la prensa. Entre ellos se encontraba don Pompilio Cabuyán, cuya presencia me había sido ya comunicada por Garcés antes de venir a España. Era importante no perderlo de vista, por lo que pudiera pasar.

Mi estancia en Madrid se prolongó durante tres semanas. En este tiempo tuve ocasión de ver muchas cosas, de conocer a notables personajes de la Corte y otros no tan notables, de asistir a representaciones teatrales, a conferencias, de pasear por las calles y

bulevares de la capital y, sobre todo, de comer. ¡Qué comilonas, Dios mío! No había día que no se me ofreciese una comida o una cena, un *lunch* o un *thé dansant*. Lo de menos era el motivo, cualquier excusa era buena.

Recuerdo en especial una cena de confraternidad hispano-filipina, celebrada en el Restaurant Inglés, que fue uno de los episodios más pintorescos de mi estancia madrileña. Sucedió que días antes de celebrarse el mencionado ágape, se propagó el rumor de que el gastronómico evento corría a cuenta de los Paterno, filipinos afincados en la capital, con fama de ricachones y rumbosos. Muchos, aprovechando la oportunidad, se apresuraron a reservar invitaciones. El resultado fue que a la cena concurrió un centenar largo de personas dispuestas a saborear un soberbio banquete. Entre ellas se encontraban destacadas figuras de la escena pública, tales como los señores Labra, Morayta y Vidart, así como miembros de la colonia filipina, en particular numerosos estudiantes. A mí me tocó en suerte sentarme entre don Ponciano Moya, capitán pasado de Antique, cuyo máximo deseo era ser recibido en audiencia por «su» reina, y el señor Álvarez Guerra, uno de los comisarios regios de la Exposición y hombre muy entendido en las cosas de Filipinas.

Al principio todo transcurrió a pedir de boca. El consomé —que un castizo purista que tenía enfrente se empeñaba en llamar «consumado»— fue engullido con suma facilidad, y los *hors d'œvres* se liquidaron en un abrir y cerrar de ojos, entre amables y distendidos comentarios. Con el lenguado al horno la euforia subió varios enteros; pero en medio de la general satisfacción por el acertado punto de cochura de la pierna de cordero que siguió a continuación, cundió raudo el runrún entre los comensales de que la cena era a escote y no de mogollón, como habían creído la mayoría de ellos.

En este punto el panorama cambió radicalmente; los rostros de algunos se demudaron ostensiblemente en un brevísimo lapso de tiempo, pasando de las saludables rojeces, derivadas de la generosa ingestión de vinos y viandas, a las sepulcrales palideces, anunciadoras del mal trago que se les venía encima. Y entonces empezó el sálvese quien pueda. Unos adujeron inexcusables

compromisos a medianoche, o repentinos mareos e indisposiciones; otros, sencillamente se iban al excusado y ya no volvían a sentarse a la mesa. El caso es que a los postres se había marchado cerca de la mitad de los comensales, ante el estupor de los que todavía permanecíamos en nuestros puestos.

Los brindis, como es usual en estas ocasiones, pusieron el digno colofón al fraternal convite. Los oradores, impertérritos, fueron pronunciando, uno tras otro, solemnes torrentes de palabras, preñadas como siempre de buenos e imposibles deseos. Todo ello ante la resignación de los amodorrados supervivientes del acto quienes, en medio de los efluvios licorosos de las copas y del humo neblinoso de los cigarrones —filipinos, claro— apenas podíamos disimular los delatores cabeceos y las traicioneras caídas de párpados.

Aquellos días me sirvieron para conocer a varias personas del círculo filipino; unas iban de buena fe, y otras no tanto. Entre estas últimas estaba un tal Deogracias Campalong, estudiante nativo, a quien vi conversando varias veces con don Pompilio, al que quería sacar dinero para no sé qué asociación filantrópica, valiéndose de la amistad que, según él, tenía con su hijo Abelardo. Don Pompilio no se dejó embaucar por el sablista; pero tuvo que invitarle varias veces a comer. En una de estas ocasiones vi cómo Campalong entregaba a este un paquete que, según me pareció oír —yo estaba en una mesa cercana— era un obsequio para su hijo.

Por lo que pude saber más tarde, Campalong era masón y tenía fama de separatista, así que en cuanto pude comuniqué a Garcés, por cable, esta circunstancia, informándole del paquete que había entregado a don Pompilio, por si era de utilidad para lo que andábamos buscando.

La estancia en Madrid fue un interludio un tanto extraño, como fuera de la realidad, de mi realidad. La impresión que me llevé fue que por debajo de los fastos y oropeles oficiales, y del interesante y variopinto muestrario filipino, continuaban latiendo los sempiternos y mal resueltos problemas de siempre. Problemas que, en gran medida, son producto de la dejadez y de la falta de comprensión de la mayor parte de los políticos, cualquiera que sea su color, pues en este punto las banderías suelen hacer frente común de incompetencia. Yo había tenido ocasión de oír sus huecos e

hinchados discursos, su altisonante palabrería llena de imposibles promesas, y tras tanta retórica no podía dejar de ver el estado real de postración y desbarajuste de nuestra colonia, donde inmejorables condiciones de progreso son desaprovechadas por sistema, y la corrupción y la injusticia campan por sus respetos en medio de la general indiferencia. Esta situación, pensaba yo, es caldo de cultivo de la frustración y el descontento con que se nutren las ansias de independentismo y revancha. A qué extrañamos entonces.

Partí otra vez para Filipinas, llegando a Manila a finales de agosto. La travesía, en el paquebote Isla de Cebú, de la Compañía Trasatlántica, había sido excelente. Tenía que reconocer que el vapor era un gran adelanto, aun cuando no acababa de adaptarme a él. En el muelle me esperaba un joven con aspecto de funcionario que, en cuanto me vio, me espetó:

—¿Es usted Claudio Castellá?

—El mismo —respondí un tanto sorprendido.

—Me llamo Serafín Fombona —dijo estrechándome la mano—. Vengo de parte de Garcés. Permítame que le acompañe. Tengo un coche esperando.

Nos fuimos a mi casa. Durante el camino Fombona me puso al corriente de las últimas averiguaciones sobre el asunto Kalipulako. Habían sucedido en mi ausencia algunos hechos significativos.

Los artículos de Tic-tic en la prensa se habían ido espaciando en las últimas semanas. Curiosamente, este descenso en la periodicidad venía a coincidir con el traslado del señorito Abelardo Cabuyán a la quinta de recreo que la familia poseía en Pagsanhan, en la provincia de la Laguna. Al mismo tiempo, y procedente de Saigón, había llegado a Manila el joven doctor José Rizal, después de un periplo de cinco años por diversos países europeos. Rizal venía rodeado de una enorme polémica a causa de la publicación de su novela *Noli me tángere*, que había dado a luz en Berlín aquel mismo año, y que no tardó en ser tachada por las autoridades españolas de filibustera en grado sumo y altamente peligrosa, por lo que había sido prohibida su difusión en Filipinas.

Del libro circulaban, sin embargo, clandestinamente, algunos, muy pocos, ejemplares. Precisamente, en el paquete que en la Aduana se le había requisado a don Pompilio a su vuelta de Madrid, y del que yo había alertado a Garcés, venía un ejemplar de *Noli me*

tángere. Dicho ejemplar llevaba una dedicatoria de Deogracias Campalong a su amigo Abelardo Cabuyán, así como algunas anotaciones cifradas que estaban siendo estudiadas por un experto criptógrafo. Entretanto, Rizal, huyendo del ambiente hostil de Manila, se había instalado en casa de sus padres, en su pueblo natal de Calamba, también en la provincia de la Laguna.

Estas eran algunas de las noticias que Fombona me comunicó. Antes de despedirse quedamos citados para un próximo encuentro. Garcés se hallaba ausente de Manila —no me dijo dónde estaba—, pero le había dejado a Fombona unos informes que tenía que entregarme.

La cita con Fombona fue en una gallera de Tondo, un domingo por la tarde. «Cuanta más gente y barullo haya, mejor», me había dicho Fombona a la hora de elegir lugar para nuestro encuentro. «Además, así de paso veo las peleas. Me gustan», confesó.

Yo era la primera vez, desde que estaba en Filipinas, que entraba en una gallera. No me gustan las riñas de gallos, las encuentro estúpidas. Ahora bien, si hay un vicio arraigado en las costumbres de los filipinos, este es el juego, y si hay un juego por el que realmente se desviven este es el de las peleas de gallos.

No existe, ciertamente, bien más preciado para un indio que su gallo. Lo primero que hacía Quicoy nada más levantarse por las mañanas era ir a ver dónde estaba su gallo mapula (colorado), y una vez lo encontraba, lo cogía en sus brazos, y lo contemplaba embelesado al menos media hora. Por dar de comer a su gallo son capaces sus dueños de estarse ellos en ayunas. Ya pueden venir baguios y terremotos que nada les importa tanto como salvar a su gallo. (En mi viaje de Albay a Manila pasé un día por delante de un bahay de caña y nipa que acababa de ser destruido por el fuego, y a la puerta de su casa, reducida a un montón de humeantes cenizas, se hallaba el dueño, impasible como solo sabe serlo un oriental, acariciando a su gallo y diciéndole cosas tiernas, como si no hubiese pasado nada).

Cuando llegamos al palenque el ambiente estaba ya caldeadísimo. En las graderías, los espectadores gritaban, vociferaban, sudaban, blasfemaban, escupían, discutían y gesticulaban frenéticamente, como energúmenos, animando a sus gallos favoritos que, en la «rueda» o arena se afanaban por

destrozarse con las afiladas cuchillas que llevan en los espolones. La atmósfera era espesa y viciada por el mucho humo que salía de los cigarrones, los cuales eran consumidos, como el buyo, en grandes cantidades.

Fombona y yo nos situamos en la grada más alejada de la rueda central, pero aun así teníamos que hablarnos a voces, tal era el ruido que nos envolvía. Fombona se sacó un sobre del bolsillo de la chaqueta y me dijo:

—El gordo —se refería a Garcés— quiere que leas con atención lo que hay aquí dentro. Me insistió que te dijera que a partir de ahora discreción absoluta. Si te ves en algún apuro pásate por Abastos y pregunta por mí. No menciones para nada el nombre de Garcés.

Uno de los gallos acababa de asestarle a su contrincante, un talisan de varios colores, un espolonazo escalofriante, y este en vista del destrozo que se le avecinaba había optado por retirarse a las tablas, con gran cobardía en sentir de sus partidarios. Algunos espectadores, los menos, habían ganado la apuesta y estaban eufóricos; los demás habían perdido y se tiraban de los pelos y se insultaban a sí mismos. El gallo triunfador era besado una y otra vez por su feliz propietario. Por contra, el dueño del gallo que había perdido tan indignamente le había ya arrancado al pobre las pocas plumas que aún le quedaban y se disponía a colgarlo de la encañizada que rodeaba la gallera.

El griterío era ensordecedor, la sangre salpicaba a los espectadores de las primeras filas que se volcaban para jalear al nuevo gallo en el que habían puesto su confianza y apostado sus pesos. Hacía un calor húmedo insoportable, el aire apenas se podía respirar. Me encontraba mal, me dolía la cabeza. Dejé a Fombona en plena fiebre del juego, y salí de la gallera.

Una vez en casa me recosté en la perezosa, me tomé una dosis de láudano y me dormí. Cuando desperté se me había pasado el dolor de cabeza. Me acordé del sobre que me había dado Fombona. Lo abrí y lo leí.

Se trataba de un sucinto informe con las últimas novedades sobre el asunto Kalipulako, y las instrucciones a seguir por mi parte en las pesquisas. Un elemento nuevo había surgido: Una persona había estado visitando con asiduidad la quinta de los Cabuyán en

Pagsanhan. Esta persona era una mujer, se llamaba Lóleng (abreviatura de Dolores) Calisig. Al parecer, mantenía una estrecha relación sentimental con Abelardo Cabuyán y —esto podía ser interesante— posiblemente también política.

En la última cita que tuve con Garcés, este me había asegurado que todavía no era el momento de «caer» sobre el joven Cabuyán, a pesar de las pruebas que él decía que tenía acumuladas en su contra. No estaba en el fondo muy seguro de qué papel podía estar jugando realmente y de las implicaciones que podía tener con otras facciones separatistas. La entrada en escena de aquella mujer, sin embargo, venía a dar un nuevo sesgo a todo aquel asunto. Había que averiguar de una vez por todas qué había detrás de aquella relación. Para ello Garcés me necesitaba, y ya tenía pensado lo que tenía que hacer yo: irme a Pagsanhan, entrar en relación con la pareja, y averiguar todo lo posible para salir de dudas de una vez por todas. Nada menos.

Todo lo que yo sabía de Lóleng Calisig, antes de verla por primera vez, era lo que me había dejado por escrito Garcés.

Natural del pequeño poblado de San Mateo, en la provincia de Bulacan, había entrado muy joven como bata en la casa de unos ricos españoles, los Escudero, propietarios de una próspera serrería en la cabecera de provincia. Lóleng creció en este ambiente acomodado sin ningún problema aparente, hasta que un buen día, cumplidos los dieciocho, decidió irse a la capital en busca de un trabajo menos servil.

Según parece, en Manila Lóleng cayó en manos de activistas que acabaron convenciéndola de la situación injusta por la que, a su juicio, atravesaba su pueblo; hasta el punto de irse a vivir al monte como una remontada, extremo este, sin embargo, que no había podido ser comprobado. Hacía cosa de un año se la había visto en Manila, al lado de Eufemio Tolentino, abogado con fama de filibustero, inspirador y fundador de la logia masónica «Fraternidad».

Tolentino había sido un tiempo amigo del escultor indio Romualdo Teodoro de Jesús, vecino del distrito de Santa Cruz, y personaje conocido en los ambientes políticos por sus ideas visceralmente antiespañolas. Romualdo de Jesús había fundado una sociedad secreta, de nombre Katipunan, de la que se sabía muy

poco todavía. El nombre completo de dicha sociedad era Katoasan kalagayan katipunan. Nang Manga Anal Nang Bayan, cuya traducción vendría a ser «Suprema liberal asociación de los hijos del pueblo». El
KKK
tenía por objetivo la independencia total de las islas y propugnaba, al menos esto se comentaba, el exterminio de todos los españoles. Sin embargo, Tolentino, de talante más moderado, nunca llegó a comulgar con el fanatismo del Katipunan —que consideraba contraproducente para los intereses emancipadores— y acabó rompiendo con Romualdo de Jesús.

Desde hacía unos pocos meses, Lóleng había dejado de aparecer junto al abogado y, en cambio, se la había visto con cierta frecuencia al lado de Cabuyán. Todo era bastante confuso, pero cabía la posibilidad de ciertas relaciones entre ellos, cosa que a Garcés no se le escapaba.

Como ya he indicado, yo había conocido personalmente al padre de Abelardo Cabuyán, don Pompilio, en Madrid, durante la Exposición. Nos caímos bien y establecimos una amistad que yo calificaría de sincera. A resultas de la confiscación del ejemplar de *Noli me tángere* que venía en el paquete destinado a su hijo y que le había entregado Deogracias Campalong, don Pompilio se había disgustado muchísimo y había vuelto a enfriar las relaciones con su hijo. No obstante, cuando yo fui a ver a don Pompilio para decirle que tenía intención de pasar unos días en Pagsanhan y le pedí una carta de presentación para su hijo, aun conociendo las maltrechas relaciones que mantenía con él, don Pompilio no dudó en dármela.

Con esa credencial, que no era poca, me trasladé a Pagsanhan. Una vez allí me instalé en el Gran Balneario. Durante unos días hice lo que los otros clientes: tomar las aguas y dar paseos por los bellos alrededores. En uno de estos paseos me acerqué hasta la mansión de los Cabuyán y aproveché para presentar mis respetos al joven Abelardo, que me recibió con cortesía, pero también con algo de recelo en cuanto le dije que era amigo de su padre. Ello no fue óbice, sin embargo, para que al final de nuestra breve conversación me expresase su deseo de volver a vernos en una próxima oportunidad. Esta oportunidad vino al cabo de una semana, cuando recibí una tarjeta en la que se me invitaba a una fiesta en su casa

con motivo de su cumpleaños.

No olvidaré la fecha: 16 de noviembre de 1887. A las seis en punto de aquel día estaba yo entrando en la casa de Abelardo Cabuyán. Había desempolvado para la ocasión mi uniforme blanco de gala de piloto de la Marina civil, con el distintivo de la Compañía Trasatlántica. En el pecho lucía la medalla de segunda clase del Mérito de Ultramar, condecoración que me había sido concedida por el Gobierno, al igual que a los demás miembros de la Comisión, en recompensa por nuestra colaboración en la Exposición de Filipinas.

Entre los invitados se hallaban algunos personajes principales del pueblo, prestos al agasajo y a la adulación. A algunos de ellos los había visto yo en paños menores en los baños del balneario, y ciertamente no parecían más importantes que el resto de clientes. Pero allí, en los amplios y magníficamente decorados salones de la casa, y luciendo sus mejores galas, todos parecían competir en brillantez y elegancia, yo entre ellos.

Todos, sin embargo, se desvanecieron ante mi vista en cuanto la vi. No fue necesario que nadie me la presentase, ni que me dijesen quién era. Solo podía ser una persona: Lóleng.

Aparentaba no más de veinticinco años y era más alta que el común de las de su raza. Llevaba un precioso traje de vestir a la moda del país: camisa de piña primorosamente bordada, holgada falda de seda a rayas crema y burdeos y un tapis que realzaba sus bien torneadas caderas. Sus facciones eran hermosas y genuinamente tagalas: ojos ligeramente rasgados, pómulos prominentes y larga cabellera negra.

Fue el propio Abelardo quien finalmente me la presentó. Me dijo: «Te presento a Lóleng, una buena amiga mía». A partir de entonces solo me interesó ella, el resto de personal dejó de contar para mí, como si no existiese.

En uno de los intermedios del baile, salí al jardín. Encendí un cigarro, respiré el cálido aire de la noche y dejé vagar mis pensamientos. Me pregunté qué es lo que estaba haciendo yo allí, en aquella fiesta, en medio de personas que no conocía, en un ambiente que me resultaba ajeno. Me pregunté, también, qué derecho tenía yo a inmiscuirme en la vida privada de Abelardo, por más interés que esta pudiera tener para Garcés.

Entonces vi a Lóleng que venía por el jardín en dirección a mí. Nos sentamos en un banco, junto a una fuente, y estuvimos hablando un rato de cosas intrascendentes: la fiesta, la música, el ambiente del balneario.

Cuando salí de la fiesta estaba aturdido. Nunca antes me había pasado una cosa así. Nunca antes me había sentido tan atraído por una mujer. Había conocido otras mujeres, en otros países y en la misma Filipinas, pero ninguna de ellas me había impresionado tanto como Lóleng.

Aquella noche no pude dormir, y en las siguientes, apenas. Había olvidado la razón por la que había venido a Pagsanhan. La identidad de Abelardo me traía sin cuidado. Lo único que quería era volver a verla. Al despedirme ella me había dicho un escueto «Hasta la vista», y yo no había acertado a decir otra cosa que un aséptico «Lo mismo digo». Lo que yo en realidad le hubiera querido decir era que deseaba verla todos los días, a todas horas.

La volví a ver a los dos días. Coincidimos por casualidad en una tienda de Pagsanhan; ella había ido a comprar un pañuelo de jusi, y yo un poco de tabaco. Charlamos, y con una soltura infrecuente en las personas de su sexo y condición, me invitó a subir a su calesa y a dar un poco de tabaco. Charlamos, y con una soltura infrecuente en las personas de su sexo y condición, me invitó a subir a su calesa y a dar un paseo. Acepté, como hubiese aceptado cualquier cosa que me hubiese propuesto.

Fue a lo largo de este paseo cuando me di cuenta de que yo no le era del todo indiferente. Antes de despedirnos quedamos para ir a me rendar al día siguiente. Yo apenas podía creérmelo, pero cuando al día siguiente estábamos sentados los dos, uno frente al otro, en una mesita de un salón de chá, tomando un chocolate con bibincas ante las miradas inquisidoras de no pocos respetables parroquianos, pude corroborar mis pensamientos.

No era Lóleng una mujer de prejuicios. Nos vimos varias veces en los próximos días. No me importaba Abelardo y lo que podría decir o hacer si se enteraba de nuestras salidas. Lo cierto era que mi deseo de ver a Lóleng era mucho más fuerte que todo lo demás.

Así llegamos a la noche del 3 de diciembre.

Habíamos salido por la tarde a dar una vuelta por los contornos. Paramos en un merendero y allí nos entretuvimos hasta que empezó

a oscurecer. Yo no tenía ninguna gana de volver al pueblo, pero le sugerí que ya era tarde y que debíamos regresar. Ella me miró a los ojos, se sonrió un momento y me dijo con un atrevimiento al que ya me había acostumbrado:

—Hace una noche ideal para bañarse en el río. ¿Te animas?

No me hice de rogar.

Subimos al coche y nos fuimos en dirección al río. Llegamos a un recodo donde las aguas se remansaban perezosamente. La noche era cerrada y las nubes velaban la menguada luna. Sin apenas mediar palabras, como si ya supiésemos lo que teníamos que hacer desde hacía tiempo, nos quitamos las ropas y nos metimos en las frescas aguas del río.

Después del baño nos tendimos juntos en la hierba, desnudos, boca arriba, con las manos entrelazadas. Al cabo de unos minutos Lóleng se levantó, me dijo que me quedase donde estaba, que volvía enseguida. Se internó en el bosque y desapareció de mi vista.

¿Cómo describir lo que al cabo de un rato vieron mis ojos? Allí estaba otra vez, megandá Lóleng, avanzando hacia mí, fulgente cual ascua de luz en la oscuridad de la noche. Se había restregado el cuerpo con una planta que llaman alinagnag que resplandece gracias a los cientos de pequeñas luciérnagas que suelen vivir en ella. Parecía una alucinación, pero era real. Su cuerpo luminoso se acercó a mí, yo me acerqué a ella, nos abrazamos apasionadamente y nuestros cuerpos se fundieron en una sola antorcha…

A la mañana siguiente todavía tenía muy vivos en la memoria los goces de la noche anterior, pero mi conciencia se hallaba intranquila. Tenía la sensación de no haber jugado limpio con Lóleng, de no haberle dicho la verdad. Mi conciencia me impulsaba a revelarle el verdadero motivo por el que yo estaba en Pagsanhan. No era fácil ni cómodo para mí tener que confesarle mis propósitos, pero no tenía más remedio si no quería seguir engañándola y engañándome a mí mismo.

Cuál no sería mi sorpresa cuando, por fin, después de contárselo todo, Lóleng, sin mostrar sorpresa alguna, me respondió:

—¿Así que estamos en lo mismo pero en distintos frentes?

Al principio no entendí bien lo que quería decir, pero pronto lo comprendí cuando ella me habló a su vez de lo que hacía en Pagsanhan.

Lóleng estaba siguiendo, también, la pista de Abelardo. La sospecha de Lóleng y la de sus amigos los correligionarios de la logia «Fraternidad», por lo que a Abelardo Cabuyán se refería, era la de que este no fuera el «patriota» que aparentaba ser ante ellos, y que, en realidad, pudiese estar jugando astutamente a dos bandas: por un lado haciendo de defensor y mecenas entre los sectores independentistas, y por otro tratando de estar a bien con las autoridades españolas —quién sabe si como confidente— por si las cosas se torcían.

Por lo que me dejó entrever Lóleng y lo que yo pude intuir, Abelardo nunca había creído realmente en las ideas que en privado decía profesar y que en público, escribiendo bajo la máscara de Tic-tic, parecía defender. Para ella se trataba de un farsante, en el que por supuesto no se podía confiar. No era todavía un traidor, pero podía serlo en cualquier momento.

Era claro que Lóleng sabía muchas más cosas de Abelardo de las que sabía yo; cosa nada extraña, si se tiene en cuenta que por mi parte había dedicado a este asunto muy poco tiempo, sobre todo a partir de que la había conocido. Las revelaciones de Lóleng tenían para mí una importancia grande, pues me eximían de proseguir mis indagaciones, cosa que me estaba resultando bastante incómoda. Era consciente, sin embargo, de que la información que me había suministrado Lóleng podía ser interesada, pero aun a riesgo de ello preferí confiar en su palabra. Seguramente si Lóleng me había contado todas aquellas cosas era porque yo, antes, le había confesado mis verdaderos planes. Además, lo que me había dicho no era tan fantástico como para que no fuera verdad. Con esto me bastaba.

Prolongué mi estancia en Pagsanhan unos días más. La presencia de Lóleng continuaba reteniéndome, pero en el ínterin me llegó un mensaje de Garcés. Estaba de nuevo en Manila y ansioso por conocer las nuevas que podía proporcionarle, fruto de mis averiguaciones.

Antes de regresar a Manila quise despedirme de Lóleng.

—Me va a resultar difícil dejar de verte —le dije.

Ella sonrió.

—Me alegro de haberte conocido —respondió.

—¿Solo esto?

—Dejémoslo así.

Estuvimos callados unos instantes, luego ella trató de explicarse de esta manera:

—No quiero que me interpretes mal, Claudio. Has sido muy amable conmigo y he pasado unos días muy agradables a tu lado. Nuestros caminos se han cruzado casualmente en un momento de nuestras vidas, y me alegro por ello. Los dos sabíamos, no obstante, que nuestro encuentro tenía que ser necesariamente un encuentro fugaz. Ahora cada uno tiene que continuar su camino, y tu camino y el mío, bien lo sabes, son distintos. Reconozco que no todos los castilas son como tú y piensan como tú, pero tú, Claudio, no puedes dejar de pertenecer a los tuyos y yo a los míos. Mejor no forzar las cosas; así están, mal que nos pese. Ojalá llegue pronto el día en que todos podamos entendernos mejor.

También yo hice votos para un mejor entendimiento en el futuro, pero no acababa de resignarme.

—¿Volveremos a vernos? —dije finalmente.

—Quién lo sabe.

Estaba claro que no había mucho más que hablar. Nos besamos, ella se dio la vuelta, salió del café y la perdí de vista…

Cuando llegué a Manila el ambiente político estaba muy cargado. Parecía que algo gordo fuese a estallar de un momento a otro. Ciertamente las autoridades gubernativas, por acción u omisión, habían contribuido no poco al malestar general que se respiraba.

Era a la sazón gobernador de Manila don José Centeno y García, antiguo ingeniero jefe de minas de Filipinas, republicano, anticlerical y masón notorio (grado 33); director general de Administración civil lo era don Benigno Quiroga y López-Ballesteros, ingeniero de montes y liberal acérrimo. Estaba también don José Sáinz de Baranda, ingeniero jefe de Montes y secretario del gobernador general hasta junio de 1887, pero que de hecho ejercía, al igual que los anteriores, una gran influencia sobre el ánimo del Capitán general de Filipinas, don Emilio Terreros y Perinat, hombre de buena fe pero de escaso temperamento político.

El citado «triunvirato» Centeno-Sáinz-Quiroga había favorecido con su liberalismo a ultranza un clima de excesiva tolerancia y *laissez faire*, lo que había permitido a las facciones opuestas al

régimen un protagonismo fuera de toda razonable medida, sobre todo a partir de la llegada de Rizal a las islas. Este clima tenía preocupados a numerosas personas y sectores tradicionales, en primer lugar a los frailes.

La policía había requisado diversas proclamas y hojas volanderas de propaganda filibustera. Estas proclamas incitaban a la rebelión y empleaban durísimas palabras contra las autoridades españolas en general y los frailes en particular. Una de las consignas más repetidas era la de ¡Castila ang babuy! (español cerdo). Se sospechaba que detrás de estos discursos estaban algunas de las logias masónicas, formadas exclusivamente por indios, que últimamente habían proliferado como setas, ante la pasividad, cuando no aquiescencia, del citado Centeno.

Cuando, después de redactar el informe correspondiente a mi estancia en Pagsanhan, fui a ver a Garcés, este, visiblemente alterado, me mostró una de aquellas incendiarias proclamas. Nada nuevo advertí por lo que al tono exaltado del texto y los usuales exabruptos se refería. La novedad estaba en que la proclama estaba firmada por «Kalipulako».

—Tengo la impresión —dijo Garcés— que hemos estado perdiendo el tiempo miserablemente.

Su semblante era serio, adusto. Realmente se le veía preocupado y nervioso. Tenía motivos para ello.

Para entonces yo ya le había entregado mi informe y dado de viva voz mi opinión sobre Abelardo Cabuyán, omitiendo por prudencia, tanto en el escrito como en mis intervenciones orales, la principal fuente de mi información, es decir, Lóleng. Con mis mejores modales le había comunicado a Garcés lo que honradamente creía: que Abelardo Cabuyán, alias
Tic-tic,
no era el Kalipulako que buscábamos y que, en consecuencia, nos habíamos equivocado de persona.

A Garcés esto le contrarió, pues le hacía añicos el esquema sobre el que había estado urdiendo toda su estrategia desde hacía meses. Tenía razón entonces cuando se lamentó de haber perdido el tiempo. Lo mismo opinaba yo. Solo que Garcés no era un hombre que aceptara fácilmente los fracasos, y no parecía darse por vencido.

—No sé si lo entiende, Castellá, pero he invertido mucho tiempo y esfuerzos para que ahora tengamos que empezar de nuevo —me dijo Garcés—. Ya no ha lugar para rectificaciones. Mis clientes llevan días apremiándome. Me reclaman informes, pruebas, resultados. Las cosas se están poniendo feas, andan revueltos y envalentonados los indios, y quienes les exhortan a rebelarse contra el orden establecido se mueven con total impunidad. No hace falta que le diga que los liberales de Madrid lo están haciendo muy mal con su política contemporizadora y relajada. Tampoco es que la oposición tenga ideas claras al respecto. Desde Madrid las cosas de Filipinas se ven a mucha distancia y no se dan cuenta unos y otros de lo errados que andan. Es claro que por este camino no vamos a ningún lado, o mejor dicho, vamos directos al caos. Lo que se necesita en estos momentos es mano dura, hacer un escarmiento que sirva de ejemplo a nuestros enemigos y que ponga coto a tantos despropósitos y desmanes separatistas. Todos los métodos son buenos cuando de lo que se trata es de salvaguardar los intereses patrios.

Hizo una pausa y luego continuó, excitado como nunca le había visto.

—Ahora bien, y yendo a lo nuestro, quiero que sepa que si mis clientes quieren nombres, tendrán nombres. Yo nunca he dado por perdido un trabajo. Mi reputación está en juego, y mi futuro también. Si quieren informes, tendrán informes, con nombres y apellidos. Lo que luego hagan con ellos es cosa suya, no de mi incumbencia. Al fin y al cabo filibusteros los hay por todas partes. Que sea este u otro ¿qué más da? De los indios no puedes fiarte jamás. ¿Por qué Abelardo Cabuyán, nuestro
Tic-tic,
no puede ser Kalipulako? A ver, ¿por qué no? ¿Porque lo diga usted o porque se lo haya dicho esa zorra de Lóleng por la que parece haber perdido el seso?

Lo que acababa de decir Garcés con insultante franqueza me sorprendió y me indignó a la vez. No estaba dispuesto a escucharle más. Así que me levanté, cogí el sombrero y me dispuse a marcharme. Garcés había ido demasiado lejos, y yo no tenía ya ningún interés en seguir su peligroso juego.

Sabía que Garcés era un hombre de pocos escrúpulos, y que con

tal de conseguir lo que quería era capaz de hacer lo que fuera; pero lo que acababa de decir me hizo ver con claridad que no tenía ninguno. Garcés había apostado mucho en una sola dirección para ahora irse de vacío. No estaba dispuesto a reconocer su fracaso y a buen seguro no vacilaría a la hora de ofrecer cabezas de turco, en entregar la de Abelardo Cabuyán, aun a sabiendas de que no era el hombre que había estado buscando.

Es cierto que yo había aceptado el ofrecimiento de Garcés de trabajar para él porque en aquel momento me pareció una tabla de salvación para salir del agujero en el que estaba metido. No lo hice con gran convencimiento, pero tampoco me repugnó la idea. Pensaba que era un trabajo interesante. Pero las cosas habían cambiado mucho desde entonces y yo no podía aceptar por más tiempo los planteamientos de Garcés.

Así se lo hice saber. Le dije que podía dar por terminada la misión que me había encargado, que a partir de entonces no quería saber nada más del asunto. No niego que era como abandonar un barco que se estaba hundiendo, pero yo tenía claro que no era el capitán, y que, ante todo, quería salvar mi pellejo.

Mi actitud no pareció sorprender a Garcés. Un poco más calmado me miró y me dijo:

—¿Sabe una cosa? Siempre creí que abandonaría mucho antes. El que haya tardado en marcharse no rompe mi pronóstico. Francamente, me ha defraudado un poco, esperaba un poco más de usted, pero, en fin, no se lo reprocho. Allá usted. De todas maneras yo le pediría que no lo acabe de estropear. No dudo que hará gala de su responsabilidad y mantendrá la boca cerrada. ¿Me explico? Es lo más conveniente para los dos. Piense que si le ocurriese algo —que espero que no le ocurra— yo lo lamentaría muchísimo, porque no podría ayudarle… Ya sabe que no le he visto en mi vida y que usted no me conoce de nada. Pero, en fin, váyase tranquilo, no tiene por qué pasarle nada…

Lejos de tranquilizarme, aquellas últimas palabras de Garcés acrecentaron mi preocupación. No podía confiar en Garcés porque él mismo me había enseñado a no confiar en nadie.

Cuando regresé a mi casa me encontré con un sobre lacrado a mi nombre. Alguien lo había deslizado por debajo de la puerta. El sobre, sin remite, contenía una cartulina en la que había escrito lo

siguiente:

¡¡RECUERDE LO QUE DICE TASIO!!
Cong ang isalubong sa iyong pagdating
Ay masayang muchat, may paquitang giliu,
Lalong pag ingatat, caauay na lihim…

¿Qué significaban aquellas palabras? Mis conocimientos de la lengua tagala no eran suficientes para descifrar el texto. Parecían versos, se hablaba de «precauciones» y de «enemigo», pero ¿qué demonios quería decir todo aquello? Era claro que se trataba de un mensaje que alguien había querido mandarme para ponerme sobre aviso de algo, pero ¿por qué? y, sobre todo, ¿quién lo había enviado?

Tenía que saber qué es lo que decía exactamente el texto del anónimo. Pensé de entrada en Quicoy, pero Quicoy no sabía leer. Pensé luego en Xangoy, que lógicamente conocía el tagalog, pero enseguida lo descarté. No me fiaba de Xangoy. Nuestra desconfianza era mutua. Entonces me acordé del padre Andrés Contreras,
S.

J.
, un viejecito con fama de erudito y políglota, del que me había hablado mi amigo el padre Faura, del Observatorio de Manila, en mi primera estancia en el Archipiélago. El padre Contreras daba clases de lenguas indígenas en el Ateneo de Manila, y allí fui a verle.

En cuanto el padre Contreras acabó de leer las dos primeras líneas se apresuró a decir:

—Ya sé. Se trata de unos versos —dodecasílabos intercisos, para más señas— extraídos de la *Vida de Florante y Laura, en el reino de Albania*, una obra clásica y muy apreciada de la literatura tagala, cuyo autor es Francisco Balagtás, y que apareció por primera vez en Manila en 1838. La cita en cuestión reza así:

Si a tu llegada te recibe
con rostro alegre y muestras de aprecio,
tu cautela sea mayor, y por taimado enemigo
le tengas y con quien habrás de lidiar…

—Por si le interesa saberlo —continuó el padre Contreras— le diré que se trata del consejo que Antenor, maestro de Florante, le da a este antes de que retome a su patria, Albania. Respecto al encabezamiento… No sé si conoce esta novela de José Rizal de la que se habla tanto hoy en día, *Noli me tángere* se llama. Yo no tengo reparos en decir que la he leído, porque siempre he sentido curiosidad por las cosas que escribe este muchacho, al que por cierto tuve como alumno. A pesar de todo lo que se diga sobre él, y lo que él diga sobre nosotros, le considero un buen chico, incapaz de las maldades que se le atribuyen. Pero, en fin… no quiero meterme en política. Lo que quiero decirle es que Rizal utiliza esta misma cita del Florante en su novela y que la pone en boca de uno de sus personajes, el filósofo Tasio…

Le agradecí al padre Contreras su valiosa ayuda. Sabía ya lo que decía el mensaje pero continuaba ignorando quién me lo había enviado. Barajé varias hipótesis y al final me quedé con un solo nombre. Era evidente que quien me había querido advertir de aquel modo debía estar al corriente de mi actividad digámosle «secreta», y esto solo lo conocía, al margen de Garcés y sus hombres, una persona, que yo supiera, y esta persona era Lóleng. ¿Cómo comprobarlo, sin embargo? En mis circunstancias era arriesgado intentar ver a Lóleng sin levantar sospechas en Garcés. Tampoco sabía con seguridad si continuaba en Pagsanhan o no.

Al día siguiente de mi ruptura con Garcés volví a las oficinas de la Compañía Trasatlántica con la intención de despedirme. Si mi trabajo con Garcés había concluido, era lógico pensar que mi puesto en la Compañía, que se lo debía a él, también concluyera. Como de costumbre nadie me preguntó nada. Mi jefe, como de costumbre también, se hallaba de viaje de inspección por alguna de las islas del archipiélago. Recogí mis pertenencias y objetos personales, pasé por caja a cobrar mi último sueldo, me despedí de algunos empleados y me marché.

Volvía a estar sin trabajo. De nuevo me hallaba en una encrucijada. ¿Qué hacer?, me preguntaba. No tenía las ideas muy claras. Nada me retenía ya en Manila. Lo más lógico hubiera sido procurar encontrar un empleo de piloto e irme de Filipinas. Sin embargo, no lo hice. Era como si una oscura fuerza superior a mí me retuviese y me obligase a quedarme en aquella vieja ciudad que había acabado

ejerciendo sobre mí una extraña atracción. Comprendía bien a aquellos viejos matandás un punto chiflados que llevaban años comiendo chupas de morisqueta y despotricando de la colonia sin decidirse a volver a la Península.

Durante las semanas que siguieron mantuve una actitud reservada, de compás de espera. En más de una ocasión, en la calle, en algún café cerca de mi casa, noté la presencia discreta de alguien que me seguía y me observaba. Estaba convencido de que Garcés había ordenado espiar mis movimientos. Como me había insinuado, yo sabía demasiado, y él no estaba dispuesto a correr riesgos. Así pues, durante un tiempo apenas salí de casa, y cuando lo hacía procuraba ir a lugares públicos donde hubiese gente entre la que mezclarse y pasar inadvertido.

Fue precisamente por aquellos días cuando mi buen bata Quicoy se puso enfermo, y tuve que ocuparme de él. Desde hacía algún tiempo se le notaba cambiado. No era el chico alegre y dicharachero de siempre que tardaba una hora en ir y volver del cercano tiangui. Hacía mala cara, había adelgazado y se pasaba las horas muertas en la caída acariciando en silencio a su gallo. Hasta había dejado de ir a la gallera, y esto no era normal. Le dije que estaba enfermo y que tenía que verle un médico, pero como casi todos los suyos se opuso a que le viese un médico castila, prefería al mediquillo.

Visitó pues a un mediquillo de mucha fama en el barrio, y le dijo que alguien le había echado el mal de ojo. El mediquillo le dio un anting-anting para protegerlo, pero, como era de esperar, el talismán no surtió ningún efecto y se puso peor.

Al final hube de llevarlo al hospital. Allí iba a verlo casi a diario. Le traía cosas de regalo para que se entretuviese, pero cada vez estaba más postrado y triste. Padecía una infección, parecida al tifus, que los médicos no me supieron precisar mejor.

Estando como estaba, toda la preocupación de Quicoy continuaba siendo su gallo, y la única manera de verle sonreír un poco era decirle que su «kapatid» estaba muy bien y que pronto, cuando saliese del hospital, lo volvería a ver y podría ir a la gallera. Mas su vida se apagaba por momentos. Había perdido mucho peso y tenía vómitos frecuentes. Nada al parecer podía hacerse ya. Los médicos le daban pocos días.

Un día cogí a su gallo, lo metí en una caja de cartón, y me fui a ver a Quicoy al hospital. Cuando le enseñé su querido gallo, su cara, arrasada por la enfermedad, se mudó en un gesto de alegría. Lo abrazó y lo besó y no paró de hacerle mimos con su vocecita ya muy debilitada.

Cuando me despedí, Quicoy me miró con ojos llorosos y agradecidos, mientras musitaba:

—Yo cuidado…

Murió al día siguiente. La hermana enfermera me dijo que lo había encontrado sin vida, por la mañana, abrazado a su gallo, y que el gallo estaba muerto también.

Llego, en la narración de los hechos, a la fecha clave del primero de marzo de 1888. Ese día hubo en Manila una sonada «manifestación cívica» en la que un nutrido grupo de «notables» filipinos se presentaron ante el gobernador don José Centeno y le entregaron un escrito pidiéndole, entre otras variopintas cosas, nada menos que el destierro del Arzobispo de Manila, monseñor Payo, y la supresión de las órdenes religiosas en todo el Archipiélago. Convenció Centeno a los manifestantes para que fueran a ver al Gobernador general, pero este, que se vio venir el embolado, no quiso recibirles. Intentaron ver a continuación al director de Administración Civil, don Benigno Quiroga, pero este, muy oportunamente, se encontraba aquel día «indispuesto», y también lo estuvo los siguientes.

El movimiento había ido fraguándose desde hacía varias semanas, con la siembra de pasquines, proclamas y panfletos de fuerte contenido «antifrailuno», como ya he señalado. Para ello se habían reunido muchas principalías de los pueblos y celebrado tenidas las logias masónicas, todo ello ante la pasividad de algunas autoridades de las islas, y en especial de aquellos que en definitiva ponían el mingo en la cosa política, o sea el h⁂ 33 Centeno y sus amigos, en especial Quiroga.

Contra este último iba dirigida la mayor parte de las críticas que se produjeron como reacción al citado acto. Las críticas vinieron no solo de las fuerzas de la oposición sino también de ciudadanos de todos los colores políticos que no veían en aquella insólita manifestación más que un despropósito y una salida de tono, aun cuando algunas de las reivindicaciones que reclamaban los firmantes del escrito eran perfectamente razonables e incluso

asumibles.

Los medios periodísticos estaban especialmente batalladores. Era sabido que Quiroga, desde su llegada a Manila, había estado protegiendo descaradamente al periódico *La Opinión*. En contrapartida, *La Opinión* se había convertido en el órgano de opinión… del Señor Quiroga, hasta el punto de que raro era el día en que no nos enterábamos de lo que había hecho o dejado de hacer el señor director de Administración civil y sus colaboradores.

En *La Opinión* habían salido abundantes gacetillas y fondos contra las congregaciones religiosas que habían contribuido de forma decisiva a caldear el ambiente previo a la manifestación. Pero los excesos acaban pagándose. La reacción de los otros periódicos a la citada manifestación y a la actitud de Quiroga fue unánime y contundente. Incluso *El Avisador de Manila*, que a través de Xangoy y Forns, sobre todo, había tenido también tentaciones anticlericales, se unió a los demás periódicos para responder de forma conjunta y adecuadamente a la provocación que, en el sentir de la mayoría, representaba el acto de primero de marzo. El veterano José Felipe del Pan fue el encargado de redactar el artículo de protesta que suscribieron todos los directores de los periódicos, inclusive, en una oportuna pirueta, don Jesús Polanco, que era el propietario y director de *La Opinión*. Rectificar es de sabios, debieron decir, y desde entonces dejaron de nombrar al «triunvirato», al que tanto habían jaleado.

Los efectos de aquel primero de marzo no se hicieron tampoco esperar en las altas esferas. El gobernador Centeno, que había recibido a los manifestantes y que, según algunos, incluso les había ayudado a corregir las faltas de ortografía que presentaba el escrito, dimitió de su cargo y regresó a la Metrópoli. No obstante, personas bien informadas dijeron que lo que en realidad había sucedido era que el Capitán general Terreros se había visto obligado por la Junta de Autoridades a destituir a Centeno, el cual había sido enviado, bajo partida de registro, en el primer buque disponible.

Forzado por las circunstancias, Terreros se vio en la tesitura de complacer a los sectores más reaccionarios que, al socaire de los hechos, se habían lanzado a exigir no solo responsabilidades entre las autoridades españolas, sino también «castigos ejemplares» para la población indígena. Ahora bien, no podía detener a los más de

setecientos firmantes del escrito, ni tampoco a algunos conocidos filibusteros, amigos personales, cuando no cofrades, del triunvirato. Se daba el caso de que ninguno de los cabecillas de costumbre, que se suponía podían estar detrás de la manifestación, hicieron acto de presencia aquel día, ni siquiera firmaron el escrito. Oficialmente, al menos, se habían mantenido al margen de la protesta. El más famoso de todos ellos, José Rizal, había partido de nuevo para Europa, vía Hong Kong, a principios de febrero. ¿A quién echarle pues el guante?

Finalmente Terreros optó por una salida de emergencia, e hizo detener a unos cuantos desgraciados a los que se les colgó, con razón o sin ella, el sambenito de «instigadores» de la manifestación. Entre estos presuntos instigadores se hallaba Abelardo Cabuyán.

Cuando, leyendo *El Avisador*, vi el nombre de Cabuyán entre la lista de detenidos no podía creérmelo. Los escuetos datos que, a modo de ficha, acompañaban su nombre decían que Cabuyán era uno de los principales cabecillas del movimiento emancipador, conocido entre los medios filibusteros como Kalipulako.

Múltiples pensamientos se me agolparon al instante en la mente. ¿Por qué precisamente Cabuyán? ¿Con qué pruebas contaban? ¿Sería verdad que era el famoso Kalipulako? Me resistía a creerlo.

A los dos días otra noticia en los periódicos venía a poner una nota imprevista y dramática a la historia. Decíase en un comunicado oficial de Capitanía que durante el traslado de Abelardo Cabuyán de Pagsanhan a Manila, el detenido había intentado huir. Como consecuencia de ello, los guardias que lo custodiaban se habían visto obligados a emplear contra él las armas reglamentarias, en aplicación de la ley de fugas, siendo alcanzado por los disparos y resultando muerto. La nota no daba más explicaciones.

Me embargó una mezcla de repugnancia, rabia y tristeza. En cierto sentido yo me sentía corresponsable de la muerte de Cabuyán, aunque, naturalmente, no tuviese que ver directamente con ella. Ojalá nunca le hubiese conocido. Empecé a maldecir a Garcés y el día aciago en que consentí en trabajar para él. La mano de Garcés se veía detrás de la lista de detenidos. ¿Quién, si no, podía haber proporcionado la información de que Cabuyán era Kalipulako sabiendo que no lo era?

Necesitaba desahogarme con alguien, pero no tenía a nadie de la confianza suficiente como para exponerle mis cuitas. Me di cuenta entonces de que no tenía amigos, verdaderos amigos con quienes compartir mis pensamientos más íntimos. Solo una persona se me ocurrió que, tal vez, podía ayudarme; una persona a la que, sin embargo, apenas conocía, pero que constantemente estaba presente en mi mente y en mi corazón. Esta persona era Lóleng.

Tardé tres semanas en dar con ella. Durante todo este tiempo, que se me hizo interminable, me dediqué a buscarla incesantemente. Como era de esperar, Lóleng no estaba ya en Pagsanhan, ni tampoco en Manila. Ni ella ni Eufemio Tolentino estaban en la casa. Ninguno de sus vecinos sabían adónde habían ido. Fue entonces cuando tuve una corazonada y me dirigí a San Mateo, el pequeño pueblo donde había nacido Lóleng.

Allí la encontré.

Se alojaba en el bahay de caña y nipa que había sido de sus padres. Iba vestida de manera sencilla, a la usanza campesina de aquellas tierras, pero continuaba igual de hermosa. Se sorprendió al verme. Una vez dentro de la casa me ofreció un vaso de tuba. «Ahora cuéntame», me dijo.

Había tenido tiempo suficiente como para pensar lo que tenía que decir a Lóleng, y cómo se lo diría; pero en aquel momento me sirvió de bien poco todo lo que me había aprendido. Le di cuenta de lo que me había acontecido desde que nos vimos la última vez en Pagsanhan. Le referí mi tensa conversación con Garcés, sus veladas amenazas, mi firme propósito de dejar de inmediato todo aquel asunto.

No sé si logré, en mi exposición, transmitirle fielmente la sensación que me invadía en aquellos momentos, y el sentido de culpabilidad que me había producido la muerte, o mejor asesinato, de Abelardo Cabuyán. Lóleng me escuchó con atención. Luego, cuando hube terminado de contarle mis cuitas, me dijo:

—Me gustaría saber, antes que nada, por qué has venido a contarme a mí todas estas cosas.

Esperaba esta pregunta. Yo mismo me la había hecho a menudo en los últimos días.

—Porque eres la única persona a la que puedo recurrir, y porque sé que no me traicionarás.

—¿Y cómo sabes que no te voy a traicionar? —repuso ella.

—Porque confío en ti, y esto me basta.

Sería prolijo reproducir todo lo que me contó Lóleng. Lo resumiré.

Lóleng había venido a San Mateo al día siguiente de la manifestación del primero de marzo. Su compañero Eufemio Tolentino había preferido partir hacia Hong Kong para, desde allí, continuar la labor de propaganda.

La versión que me dio Lóleng de la citada manifestación difería bastante de las que circulaban en los medios manilenses. Según su versión, la presentación del escrito no había sido un acto espontáneo, antes bien había sido «sugerido» por algunas personas del propio gobierno. Se trataba, así, de tener un motivo de causa mayor, para sacar adelante una serie de medidas «liberalizadoras» y, sobre todo, para ganarle la partida al arzobispo y sus adláteres, especialmente los dominicos, con quien el triunvirato de marras mantenía una indisimulada lucha por el control del poder en el archipiélago. Para ello habían logrado convencer, con difusas promesas, a unos cuantos nativos, poco avezados en estas lides, para que se hiciesen cargo de la «representación». Lo que no calcularon bien los verdaderos instigadores del «acto cívico» fue la contundente y unánime repulsa que este suscitó. Lo cual hizo que sus planes se vinieran abajo y que, en un alarde de cinismo, incluso se pusieran al frente de la misma ola de indignación que amenazaba con llevárselos por delante. «En la represión —debieron pensar— también nosotros los primeros», y se pusieron a buscar culpables con que aplacar a las fuerzas de la oposición. Echaron mano de las primeras listas de sospechosos que encontraron, sin detenerse a verificar nada. La de Garcés, conteniendo el nombre de Cabuyán, como el temible Kalipulako, era una de ellas.

En realidad, Garcés había jugado en el último momento, como Cabuyán, a dos bandas. Había sabido Lóleng por sus amigos que, en un principio, los clientes de Garcés formaban parte de un reducido pero influyente grupo de militares y civiles, del ala más extremista del partido de la oposición conservadora y enemigos declarados del gobierno liberal de Filipinas, en especial del famoso «triunvirato». Su pretensión era la de conocer quiénes eran los verdaderos cabecillas del filibusterismo organizado. Así, cuando les llegase el tumo a los conservadores en el Gobierno de España, y por tanto el

relevo en el Gobierno de Filipinas, les resultaría más fácil desarticular los movimientos independentistas con una batería de medidas rápidas y espectaculares. Ganarían así sus buenos puntos frente a la opinión pública española y, de paso, se granjearían las simpatías de determinados sectores económicos y financieros, muy fuertes en las islas, disgustados por las medidas de los liberales y alarmados por el deterioro de la situación.

Viendo Garcés una oportunidad de oro para endosar su información a un nuevo postor, necesitado de «acciones ejemplares» y que no estaba en condiciones de hacer muchas preguntas sobre el origen de dicha información, se dispuso a sacar doble tajada del negocio. Y así, después de haber entregado el informe a sus antiguos clientes se lo pasó también a los «asesores» del gobernador. El resto, por desgracia, ya era bien conocido.

—Garcés es un individuo despreciable —me dijo Lóleng al terminar su exposición de los hechos—. Guárdate de él, Claudio. Si puede hacerte daño, ten por seguro que te lo hará. Es un hombre ruin, que no se detiene ante nada ni ante nadie con tal de conseguir sus propósitos. Ahora tú sabes demasiadas cosas de él, y esto él lo sabe. No quisiera alarmarte, pero corres peligro de verdad. Te quise poner en guardia con la nota que hice llegar a tu casa. No quise ser más clara ni firmarla por si caía en manos de otras personas. No sabía si volvería a verte, y pensé que tenía que avisarte de alguna manera. No sé si lo conseguí.

Le dije que sí, que me había ayudado y mucho.

—Debes marcharte —continuó Lóleng—. Aún estás a tiempo de hacerlo. Vete, cuanto más lejos mejor. Vuelve a tu país. Este no es tu ambiente. Eres marino, ¿no?, pues embárcate en el primer barco que encuentres y pon tierra, o agua, de por medio. Intenta olvidar esta pesadilla. Por mí no te preocupes. Sé cuidarme. Llevo haciéndolo desde hace años. Al fin y al cabo he nacido en esta tierra, que es la mía, y aquí me quedaré. Todavía quedan muchas cosas que hacer en ella.

A pesar de las sombrías perspectivas que me había dibujado Lóleng, mi estado de ánimo era mucho mejor después de haber hablado con ella y escuchado sus consejos.

Pero había llegado el momento de emprender el camino de vuelta.

Me acerqué a Lóleng y la estreché entre mis brazos. Nos besamos, larga, intensamente. Mis manos recorrieron por última vez sus negros cabellos. Su rostro brillaba de una manera especial. Era doloroso tener que separarse. Yo sabía, y ella también, que no nos volveríamos a ver más.

Antes de partir me dio, a modo de recuerdo, una medallita de la Virgen de Antipolo que siempre llevaba colgada del cuello. «Así podrás acordarte de mí de vez en cuando», me dijo. Yo le di, a cambio, el reloj cronómetro que me habían regalado mis padres cuando obtuve mi título de piloto. Era lo único de cierto valor que llevaba encima.

Cogí el sombrero y salí de la cabaña. No quise volver la vista atrás para mirarla otra vez, aunque lo estaba deseando. Cuando ya me alejaba por el camino oí la voz de Lóleng que me decía: «Suerte, Claudio». Luego, otra vez el silencio.

Fue lo último que oí de sus labios.

A mi regreso a Manila encontré mi casa patas arriba, como si hubiese pasado un baguio. Los vecinos me contaron que hacía unos días dos castilas habían penetrado en la casa y habían estado registrando todos los rincones y revolviendo entre mis enseres hasta que uno de ellos dijo «vámonos», y entonces se fueron.

No me cabía ninguna duda de que habían sido hombres de Garcés los que habían allanado mi casa, a la busca de papeles o documentos que pudieran comprometer a su jefe. Se debieron ir de vacío, porque no había ningún escrito de esta clase en mi casa, ni tampoco en otro lugar. Pero esto no lo sabía Garcés. El peligro, por tanto, continuaba. El siguiente paso sería ir a por mí directamente. Estaba convencido de que Garcés no pararía hasta dar conmigo. Empecé a calibrar la gravedad de la amenaza que pendía sobre mí y a apreciar más que nunca los consejos de Lóleng para que me hiera del país.

Ciertamente no tenía interés ninguno en quedarme en Manila a hacer frente a las inicuas maquinaciones de Garcés. Nunca he tenido madera de héroe. Desde hacía unos días volvía a embargarme la sensación de fracaso. Volvía a ver de nuevo las orejas al lobo de la desolación y a pasearme otra vez por el borde del abismo. (Había vuelto al anfión, como una escapatoria a los problemas y dudas que me acuciaban y esto era una mala señal).

Pero esta vez, a diferencia de la anterior, tenía claro que no quería caer en el agujero de la desesperación, y que para salir a flote tenía que valerme por mí mismo, sin ayuda de terceros.

Decidí irme de Manila. Pero ¿adónde ir? No me seducía la idea de regresar a la Península, y el apego que había llegado a sentir por Manila hacía que no quisiese alejarme mucho de ella. Filipinas había ido penetrando en mí casi sin darme cuenta, de una forma mucho más honda y seria de lo que pensaba. Eran dos sentimientos contrapuestos los que luchaban en mi interior. Por un lado estaba mi sentido de la supervivencia que me inducía a marcharme lejos de Filipinas, por otro estaba la atracción que sentía por Manila y que me incitaba a quedarme en ella.

Al final, ganó el primero.

Pensé en un principio en trasladarme a alguna provincia del interior de Luzón, pero tal vez fuera por el poso marinero que aún quedaba en mí, opté por embarcarme en un buque de carga y pasaje que tenía prevista su salida de Cavite en un par de días. La decisión tenía un mucho de improvisación y no era, por cierto, la más acertada, pero en aquellos momentos, francamente, no había mucho tiempo para cómodos preparativos.

Salir de Cavite representaba, sin embargo, burlar la vigilancia que, a buen seguro, había dispuesto Garcés en el puerto de Manila, en vistas a mi posible escapada. Lo que, con toda probabilidad, no pensó nunca Garcés era que en vez de irme a la Península, como era lo más lógico, me iría a las islas Marianas.

El buque en cuestión se llamaba La Nueva Ilonga, y era una goleta, bastante desballestada, de la casa Álvarez y Kuhns. La mandaba el capitán Becerra, un español filipino, de larga experiencia en navegaciones por el Pacífico, según se encargó él mismo de contarme durante la travesía.

Después de hacer escalas en

Ilo-Ilo

y Zamboanga, La Nueva Ilonga se alejó de las costas de Mindanao y, pasada punta Tinaca, puso rumbo a Marianas, llegando a San Luis de Apra, en la isla de Guajan, a primeros de mayo de 1888.

El viaje había durado veintisiete días. Para mí era como si hubiesen sido años.

II

Lo que empecé a escribir en Guajan lo continúo ahora en Córror (Islas Palaos), adonde llegué el 25 de este mes de septiembre, en ruta de vuelta a Manila.

Después de enterarme de la noticia de la muerte de Garcés, esperé unas semanas antes de decidirme a regresar a Manila. Deseaba hacerlo desde hacía tiempo, pero el temor a enfrentarme otra vez con un pasado que no me gustaba, por un lado, y —por qué no decirlo— un cierto fatalismo, por otro, todo ello junto a la desidia que a uno le asalta en estas regiones del Pacífico, contribuyeron a demorar mi salida.

Por fin partí de San Luis de Apra en un carguero neozelandés, el Adelaide, que me dejó en Córror, pues el barco continuaba su ruta hacia el grupo de las Marshall.

Córror es el más importante centro de población de las Palaos (o Pelew, que es como las llaman los ingleses), y el único puerto medianamente decente que existe en todo el archipiélago. Aunque las islas son del dominio español nadie lo diría, pues hay más gentes en ellas de otros países que del nuestro, y estos son casi todos misioneros.

Precisamente, el padre Feito me dio una carta de recomendación para un hermano de congregación que está aquí en misión, por si necesitaba alguna ayuda. El padre Gabriel Torrellas, pues este es su nombre, es de Llinars, y su madre es de Can Farreras, de Lliçá. El mundo es realmente un pañuelo. El padre Torrellas se ha emocionado mucho al saber todas estas coincidencias, y yo también, y los dos hemos estado hablando largo tiempo de cosas comunes en nuestra lengua materna.

El padre Torrellas lleva cinco años en Palaos. Antes había estado en el distrito de Cotta-Batto (Mindanao) y en Yap (Carolinas). Se conoce bien todas estas latitudes y me ha puesto al día de la situación actual en ellas. El soberano o reyezuelo de la tribu más

importante de las Palaos es
Alba-Tulé,
el cual tiene bajo su férula al resto de tribus que se hallan esparcidas por el resto de islas. Entre ellas no se llevan muy bien y siempre andan metidas en guerras y escaramuzas, por culpa muchas veces de unas enormes piedras que para ellos son muy importantes y sagradas, y que las tienen los carolinos.

Las costumbres de los corrorinos son bastante raras y difíciles de entender para nuestra mentalidad occidental. Van de ordinario casi en cueros, solo cubiertas las pudendas por un bahaque o taparrabos. La poligamia es completamente normal
(Alba-Tulé
tiene más de cien mujeres), y lo que a nosotros nos parece licencioso o inmoral para ellos es lo más natural del mundo. A las escasas autoridades de las islas no les queda otro remedio que hacer la vista gorda y procurar no entrometerse en sus asuntos, a fin de no salir trasquilados, como en otras ocasiones, pues la ferocidad de estas gentes está por desgracia más que probada. La vida en estos confines no vale gran cosa.

A estas islas vienen a parar gente de toda calaña: criminales huidos de la justicia, contrabandistas, piratas, aventureros, náufragos, o simples parias como yo. Esto no es óbice para que las grandes potencias, con Alemania a la cabeza, se interesen por ellas y se enzarcen en necias disputas diplomáticas por este «pingajo de territorio», como despectivamente ha llamado el canciller de hierro al archipiélago carolino. Los alemanes, tras el conflicto, continúan sacando pingües beneficios de sus transacciones comerciales. Pero no son los únicos; también los holandeses e ingleses y americanos lo hacen. Todos menos nosotros, que no solo ponemos la casa, sino que les pagamos los gastos.

A medida que transcurre el tiempo aumenta mi impaciencia por volver a Manila. En cuanto llegue, lo primero que pienso hacer es arreglar mis papeles oficiales y pedir la renovación de mi licencia de piloto.

El viaje en barco me ha restituido la ilusión de navegar, de hacerme a la mar. He vuelto a sentir, bajo los mástiles del Adelaide, la inefable sensación de comunión, de uno con el buque y de este con la mar, que no sentía desde que dejé la Perla del Oriente. Me

pregunto qué habrá sido de la fragata. He pensado últimamente bastante en ella, cuando he necesitado agarrarme a algo de mi pasado que me había valido la pena.

Hace días que lleva anclado en la bahía de Córror el New Orphan steamer de matrícula británica, al mando del capitán Gregory Bozzo, maltés de nacimiento. El capitán Bozzo es un hombre afable, experimentado y muy charlador.

El New Orphan ha venido a Palaos a recoger balate, que es como una especie de holoturia de gran tamaño que se come mucho y es muy apreciado en toda esta parte del mundo. Así que acabe de cargar el balate, hacer aguada y comprar algunos frescos, emprenderá el camino de retorno a Hong Kong y Singapur pasando por Manila.

El capitán Bozzo ha aceptado llevarme a Manila sin cobrarme nada; a cambio me he ofrecido, en la medida de mis posibilidades, a ayudarle en el pilotaje del buque. El maltés se ha mostrado encantado con el ofrecimiento, pues anda falto de oficiales, ya que uno de ellos le ha abandonado en Nueva Bretaña.

Me ha preguntado Bozzo qué tal me manejo con el sextante. Me he percatado, por lo que me ha estado diciendo, de que el maltés es un maníaco de las mediciones. Sus colegas ingleses emplean la expresión *to split straws* para referirse a este empeño más bien inútil de obtener una exactitud inalcanzable en los datos astronómicos. A estos quisquillosos les llamamos nosotros «comineros». He padecido algunos de ellos, pero todo el mundo tiene sus defectos, y este no es de los peores. Lo importante es que pasado mañana, a punta de alba, el New Orphan levará anclas y saldremos hacia Manila.

Antes de partir he querido despedirme del padre Torrellas y darle las gracias por su hospitalidad. Ha aprovechado para darme unas cuantas cartas para sus familiares y superiores con el ruego de que las eche al correo en cuanto llegue a Manila. Me ha deseado buen viaje y, como si hubiese leído mis pensamientos de los últimos meses, me ha citado un viejo proverbio maguindanao, para que lo tenga presente: «Apabila ayer tenang jangan di-sangka tiada buaya», que según me ha explicado quiere decir, más o menos: «El agua tranquila no está libre de caimanes».

Lo tendré en cuenta.

III

Hoy, 7 de noviembre de 1888, he regresado a Manila.

La vista en toda su extensión de la amplísima y hermosa bahía, cuando apenas acabábamos de entrar en ella esta misma mañana, me ha llenado de gozo y, pese a los malos recuerdos que todavía se me entremezclan, me he alegrado de haber vuelto a la vieja capital.

El viaje en el New Orphan ha sido muy tranquilo. El capitán Bozzo se ha portado muy bien conmigo, ha querido que comiese con él en el comedor de oficiales, y en todo momento se ha mostrado deferente. Por mi parte, he procurado colaborar en las tareas de pilotaje, lo que me ha servido para ir cogiendo soltura de nuevo.

Hemos tardado un poco más de lo previsto a causa del estado de la mar, y porque el capitán Bozzo ha preferido ir por la ruta del norte de Luzón, que atraviesa el canal de Balintang, pues así eludía los riesgos del mar de Joló y las costas de Mindanao, con sus frecuentes abordajes de piratas.

Durante la travesía he tenido la oportunidad de comprobar la propensión «cominera» del capitán Bozzo. Cada dos por tres andábamos tomando medidas y cotejando las suyas con las mías, y estas con las del primer piloto. Le encanta cazar gazapos en las cuidadas cartas hidrográficas del Almirantazgo. Bozzo es un gran admirador del capitán Benjamin Morrell, famoso por sus «descubrimientos» de islas que nadie ha vuelto a ver. Para Bozzo no hay duda de que si las vio Morrell, existen; pero que, a lo mejor, hay que rectificar su posición real…

Me hospedo en el Hotel Francés, de la calle Monteros. Se me hace extraño volver a residir en una ciudad, con calles y tiendas y personas bien vestidas, después de estos meses pasados de la forma más asilvestrada en remotas islas salvajes. Tengo la misma sensación de incomodidad que tenía cuando me vine a Manila por primera vez. Entonces tardé en acoplarme al pulso de la ciudad,

como todo «bago» o recienvenido que desembarca por vez primera en ella. Ahora, sin embargo, ya no soy un bago, pero igualmente me viene de nuevas en muchos sentidos.

Han transcurrido siete meses desde que me fui de Manila y, sin embargo, parece que hayan pasado muchos más.

Esta mañana he pasado por delante de la sede de *El Avisador*, pero este ya no existe, y en su lugar se halla instalada La Parisiense, una tienda y almacén de telas, «el mejor surtido de importación», según reza el letrero. La casa que habité está cerrada, y un cartel anuncia: «En venta. Razón al lado».

El Café del Oriente y el Casino no han cambiado. En el primero prosigue incansable la tertulia de periodistas hablando de lo divino y de lo humano e intentando arreglar el país a golpe de gacetilla. Estaban los de costumbre. No vi a Del Pan —cosa rara—, pero sí a Eliseo Forns.

El «infatigable comején» —como le llamaba Carvajal— se ha atemperado muchísimo. Ahora Forns escribe en el prestigioso *Diario de Manila* y va de moderado y hace fondos sesudos, lo cual le permite, entre otras cosas, comer todos los días y bastante bien. Eso sí, viste como siempre —aunque más limpio— y conserva todavía restos de su chifladura.

Hemos comido juntos en el restaurante del Casino, y se ha empeñado en invitarme. Dice que yo le ayudé a encontrar el «tono» que andaba buscando en sus artículos. Es un cumplido que no se corresponde con ninguna realidad, pero es evidente que ha querido ser amable conmigo, y se lo agradezco.

Durante la comida, hemos estado hablando del panorama político de los últimos meses. Con su habitual desenfado me ha referido algunos aspectos que, por estar ausente, desconocía.

Así, después de marcharme de Manila, la situación continuó siendo tensa. La muerte de Abelardo Cabuyán provocó la reacción de las fuerzas independentistas, que vieron una ocasión única para acusar a las autoridades españolas de criminales. Ensalzaron y exaltaron a Cabuyán como si de un héroe se tratase, y el nombre de Kalipulako corrió pronto cual reguero de pólvora entre los indios, como un acicate para la lucha en pro de la emancipación. Cabuyán se había convertido, de la noche a la mañana, en un mártir de la causa. Paradojas del destino.

Mientras, y en vista de que las protestas ciudadanas arreciaban y el alud de críticas contra la gestión de las autoridades gubernativas amenazaba con enterrar sus esperanzas de mantenerse en el cargo, estas se vieron obligadas a realizar algunos cambios. El jefe de los servicios de información fue cesado, y en su lugar se nombró —¿a quién si no?— a don Demetrio Garcés. Los favores —o el chantaje— acaban por pagarse.

Con la llegada de Garcés no disminuyeron las medidas represivas, antes bien, el número de detenciones a indios y mestizos sospechosos aumentó considerablemente. En medio de un ambiente cada vez más crispado, Eufemio Tolentino fue detenido cuando intentaba entrar clandestinamente en Manila, procedente de Hong Kong. En su maleta se encontró abundante propaganda filibustera. Se le hizo un juicio sumarísimo y se le desterró a Tagbilan, en isla Bohol.

Tolentino era un abogado muy conocido y su condena enardeció aún más los ánimos. De su detención se hizo responsable al nuevo jefe Garcés. Este, que era un perfecto desconocido para la inmensa mayoría de las personas al llegar a su cargo, se convirtió enseguida en uno de los individuos más odiados por la población indígena. De modo que, cuando le llegó su violento final, nadie se extrañó de lo sucedido.

Lógicamente no le he dicho a Forns que conocía a Garcés, y menos aún que había trabajado para él; así que cuando le animé a que me contase detalles de la muerte de Garcés pareció sorprenderle un tanto mi repentino interés por el escabroso asunto.

Según el relato de Forns, la información oficial fue muy parca y se limitó a dar la noticia escueta del «desgraciado accidente», atribuyéndolo a un atentado por parte de algún grupo extremista. Se dijo que su cadáver había sido hallado en un descampado de Bagumbayán, pero no era cierto. En realidad —y esto acabó sabiéndolo todo el mundo— Garcés fue hallado muerto en el reservado de uno de los más conocidos lupanares de Manila. Su cuerpo yacía sin vida, sobre la cama, desnudo, en medio de un gran charco de sangre. Tenía en la garganta un hondo tajo hecho con algún bolo o puñal similar, y en el pecho, marcada, una única y grande letra: una

K.

Se dijo en un principio que se abriría una investigación para esclarecer los hechos, y que los culpables no quedarían sin castigo. Se habló de la siniestra sociedad secreta del
KKK
(Katipunan), como perpetradora del asesinato, pero lo cierto es que esta siniestra secta se había disuelto hacía poco, no sin antes amenazar con volver en un futuro con mayor fuerza.

Pronto, sin embargo, las autoridades optaron por echar tierra sobre el turbio asunto. Además, Terreros, el capitán general, esperaba como agua de mayo que terminase el plazo reglamentario de su mandato, para volverse a la Península, cosa que hizo al cabo de poco tiempo, a primeros de mayo. También Quiroga abandonó el cargo y volvió a la Península. A él no se le echó mucho en falta, pero sí a su esposa, doña Julia Espín, dicho sea de paso, la que fuera musa de nuestro gran poeta romántico Bécquer y una de las mujeres más elegantes de Manila. En mayo llegó el nuevo capitán general de Filipinas, el general Valeriano Weyler, y las cosas empezaron a cambiar radicalmente.

Pero un burdel no es un lugar idóneo para guardar secretos, y al poco comenzó la gente a enterarse de algunas cosas y los rumores se desataron y se propalaron con rapidez.

Al parecer, el día de autos, por la noche, a Garcés se le había visto subir al reservado con una pupila nueva que había entrado hacía poco y que respondía al nombre de batalla de Cháring. Los que llegaron a conocerla la describen como una india amestizada, de bellas facciones, larga cabellera negra y ojos rasgados, grandes y penetrantes. Xangoy que, cómo no, conocía el local, le había dicho a Forns que Cháring era una chica muy introvertida, que hablaba muy poco y se relacionaba lo imprescindible con el resto de sus compañeras, pero que tenía mucho éxito porque era megandá (guapa) y, sobre todo, porque no parecía una prostituta.

Aquella noche, Cháring salió del reservado a la media hora de haber entrado en él. Le dijo a la madame que su cliente, que había pagado por toda la noche, no quería que se le despertase hasta por la mañana. Luego Cháring aduciendo que tenía un poco de dolor de cabeza pidió permiso para salir afuera a tomar un poco el aire y no volvió a aparecer más por la casa. Se esfumó y nadie sabe a estas alturas dónde está y quién pueda ser la tal Cháring. Nadie se atreve,

tampoco, a asegurar que fuese ella la que matase a Garcés.
No sé si habrá notado Forns que, a medida que me iba contando los detalles del asesinato de Garcés, mi semblante adquiría tintes cada vez más graves. No era para menos. Me hablaba de Cháring, pero yo no podía apartar de mi mente la imagen de Lóleng. Mi imaginación me hacía ver a Cháring con el rostro de Lóleng; una irreconocible Lóleng, haciéndose pasar por prostituta, empuñando un bolo, presta a sajar sin contemplaciones la garganta de quien había sido mi jefe.

Si en verdad se trataba de ella, ¿en nombre de qué o de quién pudo Lóleng matar a Garcés? ¿Cuál había sido el verdadero móvil? ¿Una venganza personal por haber detenido Garcés a su compañero Eufemio Tolentino? No me parece razonable; al fin y al cabo es del todo desproporcionado responder a un destierro con un asesinato. Puestos a especular, ¿por qué no pensar que lo hiciera para facilitar mi vuelta a Filipinas?

Pienso en la K que el asesino dejó marcada en el pecho de Garcés, y me viene a la mente el nombre fatídico: Kalipulako. El nombre que Garcés se había empeñado en desenmascarar sin conseguirlo. Qué cosas tiene el destino, al final cuando Garcés se debió encontrar con Kalipulako, frente a frente, cara a cara, no lo reconoció. Tenía razón Lóleng cuando me aseguró que Cabuyán no era Kalipulako. Lo sabía muy bien. Me dijo entonces la verdad, pero no toda la verdad: ¿Quién iba a imaginar que el temible, el peligroso, el misterioso Kalipulako podía ser una mujer?

Pero esto no son más que especulaciones y tal vez me equivoque.
El recuerdo me lleva de nuevo a Pagsanhan, a los días en que conocí a Lóleng. Qué diferente era todo entonces. Yo no veía en ella más que una mujer hermosa, diferente a las otras mujeres. Y lo era de verdad. Me sedujo. No sé por qué lo hizo, ni quiero saberlo. El caso es que yo me dejé seducir. La tuve entre mis brazos, gocé su cuerpo, sentí con ella un placer como nunca antes lo había sentido. Me hizo ver las cosas de otra manera, me dio ánimos, me ayudó. Esto había sido Lóleng para mí, a pesar del poco tiempo que estuve con ella, y esto Continúa siendo para mí, por encima de cualquier otro pensamiento o sospecha.

Nadie podrá arrebatarme la memoria de la Lóleng que conocí,

sea quien sea, haya hecho lo que haya hecho. Yo no soy quién para juzgarla. Prefiero que su recuerdo vaya siempre unido a los días más felices de mi vida en Filipinas. Con ellos me quedo. Lo demás no me pertenece.

Mi relato va tocando a su fin.

Pienso que ya nada me retiene en Manila. Podría quedarme a vivir aquí, otra vez, pero ya no me interesa. Todo me resulta distinto ahora. La ciudad se me ha vuelto ajena, la gente no parece la misma. Tampoco yo soy el mismo.

Necesito replantearme la vida, iniciar una nueva etapa, pero no aquí. Manila me trae demasiados recuerdos de un pasado que no me gusta. En cambio, vuelvo a sentir ganas de hacerme a la mar. Esta mañana he ido a la Comandancia de Marina a poner en orden los papeles para volver a ejercer de piloto. Tengo la impresión de que es lo único que sé hacer un poco bien.

El capitán Bozzo me ha ofrecido un puesto de segundo piloto en su buque. Tengo que darle una respuesta antes de que parta pasado mañana. Es, en cierta manera, como empezar de cero y de una forma nueva, pero me atrae la idea. Los grandes proyectos pueden esperar.

Esta noche, víspera de mi partida de Manila, he tenido un sueño. No es la primera vez que lo tengo.

El comienzo del sueño es siempre el mismo. Lentamente se me aparece Manila, al amanecer, entre calimas, mientras yo, sentado a la popa de una banca, me deslizo por las mansas aguas del río Pásig. Poco a poco, insensiblemente, voy dejándome llevar por la corriente, aguas abajo, hasta las mismas puertas de la ciudad. Pasada la isla de la Convalecencia, las brumas tienden a disiparse, entreviéndose, majestuosa, la enorme mole de la Fábrica de Tabacos. Es la hora de la entrada de las cigarreras: miles de indias y mestizas luciendo sus multicolores trajes, y todas ellas tienen algún rasgo de Lóleng. Pasan las cigarreras por mi lado mirándome de reojo, entre risitas.

Dan las diez en el reloj de la real Audiencia y Chancillería, y yo me encuentro a la altura del Puente Grande. Traspaso en un instante la puerta del Párian y ya estoy Intramuros. Sin rumbo fijo deambulo por las silenciosas calles del centro urbano, en medio de iglesias, conventos y cuarteles. Un perro amarillo cruza la calle del

Palacio. Todo tiene un aire triste, desangelado, casi fantasmal. Crece selvática la hierba en la calle y el mangle se come a los edificios. En la calle de Magallanes me detengo frente a la central de Correos: justo acaba de atracar el buque-correo de la Compañía Trasatlántica. Los pasillos bullen de animación. Pregunto en la ventanilla si hay carta a mi nombre, y el empleado me responde con una sonora carcajada.

Continuó vagando en medio de un gran silencio —solo roto ocasionalmente por la escasa circulación de algunos carruajes que van vacíos de pasajeros— mientras contemplo la vieja fábrica de la catedral y, junto a ella, la noble Universidad y Colegio de Santo Tomás. (Sí, ya sé, la Universidad no está en la calle del cabildo, sino en la de su nombre; y a su lado no se encuentra la catedral sino la iglesia de Santo Domingo, pero esto es un sueño y los sueños tienen sus propias geografías). Más tarde, desde el espaldón de Arroceros, contemplo la bahía donde se hallan fondeados infinidad de navíos con sus enhiestos mástiles que echan humo.

De repente estoy paseando por la calle de la Escolta. Me dirijo hacia el quiosco de La Catalana. Curiosamente no está en el número 17, sino en el 21. Me doy cuenta de que los números de las casas están todos cambiados: las tiendas son las mismas de siempre, pero se ubican en otros sitios, lo que me desconcierta bastante. Todo es aparentemente igual, pero distinto a la vez. Compro un ejemplar de *El Avisador*. El director es el señor Suárez Calvo, y el artículo de fondo viene firmado por Kalipulako. Paso a continuación por delante de la botica de don Pablo Sartorius —«botiquines para buques y para provincias»— y me detengo frente al Martillo y Casa de Comisión de Mestres Hnos., donde se está celebrando una subasta de efectos navales.

Entro en la sala, y allí está el señor Casabó, subido al estrado, exponiendo al mejor postor una campana de puesto de mando, «fundida en bronce en los talleres de Comamala, de Arenys de Mar, y perteneciente a la fragata Perla del Oriente». Veo, entre los asistentes a la almoneda, a viejas caras conocidas: el capitán Xumetra, a Carvajal, a don Pompilio Cabuyán… «A la una… a las dos…». Pese a salir a precio de saldo nadie parece interesado en pujar. «A las…». Un hombre gordo en el fondo de la sala ha hecho un gesto con la mano. «Adjudicado al señor Garcés». El señor Garcés

me mira y me saca una lengua larga, pegajosa y retráctil como la de un
tic-tic.

Salgo, enfilo la calle del Rosario, cruzo la plaza de Binondo y entro en la calle de San Fernando, hasta llegar a mi casa. Ahora estoy en la habitación. Me quito la chaqueta, el chaleco, me descalzo, me pongo las chinelas y me voy a la caída.

Allí está ella, la bella Lóleng, tumbada indolentemente en una perezosa de bejuco, completamente desnuda y con el abrazador puesto entre las piernas. A estas horas meridianas (el tiempo pasa deprisa en los sueños), el sol cae a plomo sobre las desiertas calles de Manila y hace un calor bochornoso… Me quito la camisa y me acerco a la perezosa. Ella me recibe con los brazos abiertos y la mirada ansiosa… Empiezo a acariciarle los senos redondos y duros, me inclino hacia ellos dispuesto a lamer sus negros pezones… Hace calor, mucho calor… Siento que el fuego del deseo arde en mi interior… Entonces ella se levanta y se va y yo la llamo y le digo «vuelve», pero de pronto ella se desvanece ante mi vista convertida en un repugnante asuang, burlón y escurridizo que se aleja y se aleja… Y yo le persigo más allá de la ciudad, hasta que entra en un río de sangre y, blandiendo un bolo, me llama y me dice que me meta en él…

Y es entonces, con el cuerpo empapado de sudor y la ropa pegada al cuerpo…, cuando me despierto y me doy cuenta de que todo ha sido un mal sueño, una pesadilla… y que me alegro de estar vivo y marcharme de Manila mañana por la mañana.

Al amanecer hemos comenzado los preparativos para hacernos a la mar. Luego han llegado las falúas de Capitanía del puerto y resguardo y han pasado la visita de rigor, dejándonos a libre plática. Poco más tarde, el New Orphan ha levado anclas.

La primera singladura ha transcurrido sin problemas. La concluimos demorando el islote de Punta Capones N
80°
E, con marcaciones de muy poca confianza, para desespero del capitán. Por la mañana miles de petreles han estado cruzando en grandes bandadas el cielo toldado, con celajes de chubasquería.

Todo se me hace bastante extraño. La vuelta a mi trabajo de piloto me trae inevitablemente recuerdos de mis primeras

experiencias marineras. Imagino que a los ojos de la tripulación de este vapor debo parecerles un novato. No andan del todo desencaminados.

Lejos quedan ahora los tiempos de la vela; lejos la inocencia y la ilusión. Todo viene a indicar que ya no volverán. A pesar de todo, fueron buenos tiempos aquellos. Se me hace difícil evocarlos si no es con un punto de nostalgia.

Echo de menos, sí, el silencio de la vela.

A bordo del New Orphan todo es más ruidoso… y más sucio.

El blanco de las velas en el azul del mar.

Atrás dejo Manila y con ella un jirón de mi pasado. Ahora es preciso mirar hacia adelante, mantener firme el rumbo y los ojos bien abiertos. Esto es lo importante, por el momento.

Y esperar que la mar nos sea propicia.